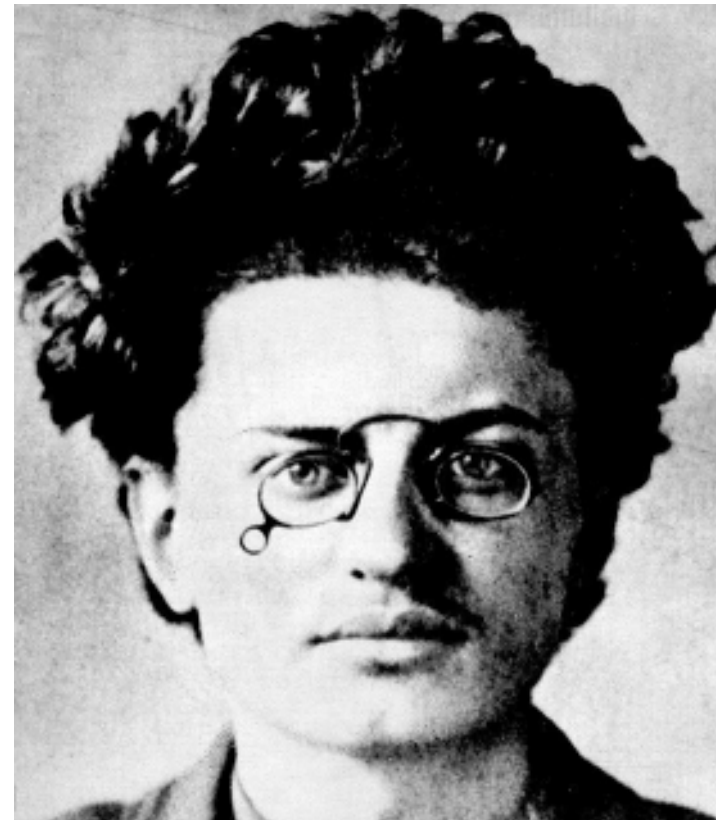


León
Trotsky
socialista revolucionario

Duncan Hallas



ediciones *El Mundo al revés*

SERIE ACTIVISTAS

30 pesos

publica libros y folletos sobre temas teóricos y políticos, con el fin de promover la crítica del capitalismo y las ideas socialistas entre trabajadores y estudiantes.

NOSOTROS

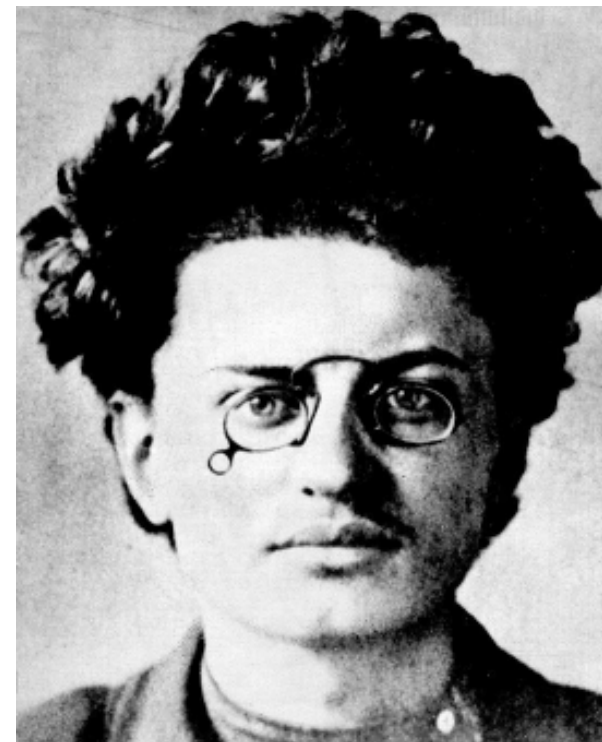
Socialismo Internacional

es una red que nuclea a periódicos y organizaciones de diversas partes del planeta, basados todas ellas en los principios del socialismo desde abajo. La misma se extiende por los siguientes países y está integrada por estos grupos:

- Alemania**
Linksruck. www.linksruck.de
- Australia**
International Socialist Organisation
www.iso.org.au
- Austria**
Linkswende. www.linkswende.org
- Brasil**
Revolutas. www.revolutas.org
- Canadá**
International Socialists
www.socialist.ca
- Chipre**
Ergatiki Dimokratia
www.workersdemocracy.net
- Dinamarca**
Internationale Socialister
www.socialister.dk
- Estado español**
En Lucha
www.enlucha.org
- Finlandia**
Sosialistiliitto
www.sosialistiliitto.org
- Francia**
Socialisme par en bas
www.socialismeparenbas.org
- Ghana**
International Socialist Organisation
- Gran Bretaña**
Socialist Workers Party
www.swp.org.uk
- Grecia**
Sosialistiko Ergatiko Komma
www.sek-ist.gr
- Holanda**
Internationale Socialisten
www.internationalesocialisten.org
- Indonesia**
Suara Sosialis
www.arts.anu.edu.au/suarsos
- Irlanda**
Socialist Workers Party
www.swp.ie
- Italia**
Comunismo dal basso
www.comunismodalbasso.com
- Malasia**
Suara Sosialisme Malaysia
www.arts.anu.edu.au/suara
- Noruega**
Internasjonale Sosialister
www.intsos.no
- Nueva Zelanda**
Socialist Workers Organization
www.socialist-worker.org
- Polonia**
Pracownicza Demokracja
www.pd.w.pl
- República checa**
Socialistická Solidarita.
www.socsol.cz
- Sudáfrica**
Keep Left
- Suecia**
Internationella Socialister
- Tailandia**
Klum Prachatipatai Rangarn
- Turquía**
Antikapitalist. www.antikapitalist.net
- Uruguay**
Socialismo Internacional
www.elmundoalreves.org
- Zimbabwe**
International Socialist Organisation
www.voiceoftheturtle.org/iso

El Mundo al revés

Noticias y análisis de la realidad nacional y mundial en clave anticapitalista.



León Trotsky

socialista revolucionario

Duncan Hallas

- *Duncan Hallas* nació en Gran Bretaña. Se convirtió en socialista revolucionario durante la Segunda Guerra Mundial. Durante la misma fue uno de los líderes del movimiento de base surgido en las tropas británicas destacadas en Egipto. Luego de la guerra regresó a su nativa Manchester a trabajar como obrero fabril. Ayudó a formar el grupo Socialist Review, dando inicio a nuestra Tendencia Socialista Internacional (IST). Tuvo un destacado activismo en el sindicato nacional de maestros y luego en el liderazgo del Socialist Workers Party (SWP). Fue editor de la revista *International Socialist Journal*, autor de dos libros (*El Comintern* y *El Marxismo de Trotsky*, que presentamos a continuación), y de numerosos folletos y artículos. También fue un brillante orador, jugando un papel muy importante entre los años 70s y 80s en la extensión a muchos países de la IST. Falleciendo el 19 de Septiembre de 2002.

- La primera edición de este folleto, fue realizada en Mayo de 2004.

Introducción	4
Revolución permanente	7
Análisis del estalinismo	19
Estrategia y táctica	33
Partido y clase	49
El legado	62
Notas	75

León Trotsky

socialista revolucionario

Agradecimientos

Este pequeño trabajo debe su existencia al estímulo, los consejos y la ayuda práctica de Tony Cliff. El tratamiento del pensamiento de Trotsky está fuertemente influenciado por las opiniones y las críticas realizadas por el propio Cliff a partir de 1947. Claro está, Cliff no es responsable por todas las opiniones aparecidas aquí. Quisiera realizar además tres reconocimientos específicos. Para Nigel Harris, cuyos escritos y charlas modificaron ampliamente mis primeras opiniones sobre Trotsky. Para John Molyneux, cuyo libro *Marxismo y partido* influyó en mí, más de lo que puede parecer si se realiza una mirada superficial de nuestros respectivos escritos sobre el tema. Y para Chanie Rosenberg, quien dactilografizó mi manuscrito durante los intervalos de su intensa actividad política, sin cuyo esfuerzo este trabajo jamás habría visto la luz del día.

Junio de 1979

Introducción

León Trotsky nació en 1879 y llegó a la adultez en un mundo que ya no existe: el mundo del marxismo socialdemócrata de la Segunda Internacional.

En toda generación existen varios mundos intelectuales posibles, arraigados en circunstancias, organizaciones e ideologías sociales claramente diferenciadas, que coexisten en la misma época. El mundo de la socialdemocracia era el que más se aproximaba entre todos, al de una visión científica y materialista de la realidad.

Es destacable que Lev Davidovitch Bronstein (el nombre de Trotsky lo tomó de un carcelero), hijo de una familia campesina judía ucraniana, adoptara esa perspectiva. El viejo Bronstein era un próspero campesino, un *kulak* –en caso contrario, Trotsky hubiera recibido una educación formal deficiente. Era judío y vivía en un país donde el antisemitismo era respaldado oficialmente y las persecuciones no eran raras. No obstante, el joven Trotsky se transformó, luego de un período inicial de “revolucionarismo” romántico, en marxista. Poco tiempo después, bajo las condiciones de la autocracia zarista, se convirtió en revolucionario profesional y en preso político. Su primera detención ocurrió cuando tenía 19 años de edad. Fue condenado a cuatro años de deportación en Siberia, después de pasar 18 meses en prisión. Se escapó en 1902 y desde allí hasta su muerte, la revolución fue su profesión.

Este pequeño trabajo concierne más a ideas que a hechos. Es cualquier cosa, menos un intento de biografía. Los tres volúmenes de Isaac Deutscher, cualquiera que sea la visión que tengamos sobre las conclusiones políticas del autor, permanecerán como un estudio biográfico autorizado durante largo tiempo.

Ahora bien, cualquier tentativa de presentar un resumen de las ideas de Trotsky se enfrenta con una dificultad inmediata. Mucho más que la mayoría de los grandes

pensadores marxistas (Lenin es una destacada excepción), Trotsky se preocupó a lo largo de su vida de los problemas inmediatos que se presentaban a los revolucionarios en el movimiento obrero. Casi todo lo que Trotsky decía o escribía se relacionaba con alguna cuestión del momento, con alguna lucha concreta. El contraste con lo que ha sido el llamado “marxismo occidental” no podía ser más marcado. Un comentarista, simpatizante de esta tendencia, escribió: “La primera y más importante de las características de este marxismo, ha sido el divorcio estructural con la práctica política”.¹ Esto es lo último que podría llegar a decirse del marxismo de Trotsky.

De esto que sea necesario presentar aunque en forma resumida algunos elementos del entorno en el cual Trotsky formó sus ideas.

Rusia era atrasada, Europa era avanzada. Esta idea era básica para todos los marxistas rusos (y por supuesto, no solo para los marxistas). Europa era avanzada fruto de su desarrollada industrialización y de su socialdemocracia, la cual en la forma de grandes partidos obreros que profesaban adhesión al programa marxista, estaba creciendo rápidamente. Para los rusos (y, en cierta forma, en general) los partidos de los países de lengua alemana eran considerados los más importantes. Los partidos socialdemócratas de los imperios alemán y austríaco eran partidos obreros en expansión, que habían adoptado plenamente programas marxistas (el programa alemán de Erfurt de 1891, el programa austríaco de Heinfeld de 1888). Su influencia entre los marxistas rusos era muy grande. El hecho de que Polonia, cuya clase trabajadora ya se estaba moviendo, fuera dividida entre los imperios de los Zares y de los Kaisers fortaleció la conexión. Rosa Luxemburg, como recordarán, nació en la Polonia ocupada por los rusos, pero se volvió importante en el movimiento alemán. No había nada de extraño en esto. Los socialdemócratas consideraban las “fronteras nacionales” como algo secundario.

En cuanto a las ideas, este creciente movimiento (ilegal en Alemania entre 1878 y 1890, pero que consiguió un millón y medio de votos en la elección restringida del último de estos años) se sustentaba en la síntesis del primer marxismo y en los desarrollos realizados por Federico Engels a fines del siglo XIX. Su *Anti-During* (1878), un intento de concepción global del mundo, científicamente fundamentada, fue la base para las popularizaciones (o vulgarizaciones) de Karl Kautsky, el “Papa del marxismo”, y las exposiciones más profundas del ruso G.V. Plejanov.

En este excitante mundo intelectual y práctico –para Engels y sus discípulos e imitadores se había establecido un vínculo entre la teoría y la práctica en el partido obrero– el joven Trotsky creció intelectualmente y luego se volvió más que un simple aprendiz de los veteranos. Su respeto por Engels era inmenso.

Pero Trotsky iría más lejos, algunos años después de su primera asimilación del marxismo, desafiando a la ortodoxia de entonces en la cuestión de los países atrasados. Primero conocería a los líderes emigrados del marxismo ruso y desempeñaría un papel destacado en el congreso de 1903 del Partido Obrero Social Demócrata Ruso (POS DR) –su verdadera conferencia fundacional.

Trotsky escapó de Verkholensk en Siberia, escondido debajo de una carga de heno, en el verano boreal de 1902. En Octubre había llegado al centro dirigente de la

socialdemocracia rusa, situado en este tiempo cerca de la estación de Kings Cross en Londres. Lenin, Krupskaya, Martov y Vera Zasulich vivían en el área, y allí era producido, y luego despachado clandestinamente para Rusia, el periódico *Iskra*, órgano de los defensores de un partido centralizado y disciplinado. Trotsky estuvo envuelto en las disputas dentro de la redacción de *Iskra* –Lenin quiso sumarlo al equipo editorial del periódico, Plejanov se opuso absolutamente– y de esta forma conoció a los futuros dirigentes del menchevismo (Plejanov y Martov) y también a Lenin. La división del grupo *Iskra* ya se estaba gestando.

Las diferencias se hicieron evidentes en el congreso de 1903. Los iskristas estuvieron unidos en la resistencia a las demandas del *Bund* –organización judía socialista– de autonomía en lo referente al trabajo entre los judíos, y en la resistencia a la tendencia reformista de los *economicistas*. Pero, al mismo tiempo, el propio grupo *Iskra* se dividió entre una mayoría *bolchevique* y una minoría *menchevique*.

Al principio esta no era una división clara –los propios motivos no estaban nada claros. Plejanov apoyó inicialmente a Lenin, pero Trotsky apoyó al líder menchevique Martov.

Dos años más tarde, Trotsky regreso a Rusia. La revolución de 1905 estaba en camino. En el curso de la misma, Trotsky se elevaría a su máxima estatura. Con apenas 26 años, se volvió el líder revolucionario más destacado y una figura internacionalmente conocida. Emergió del entorno de pequeños grupos de emigrados políticos para transformarse en un magnífico orador y dirigente de masas. Como Presidente del Soviet de Petrogrado demostró un grado considerable de liderazgo táctico y demostró el accionar seguro y los nervios de acero que lo caracterizarían en los grandes levantamientos de 1917.

La revolución fue derrotada. El ejército zarista fue sacudido, pero no quebrado. Luego de esta experiencia –el “ensayo general” como Lenin lo llamó– las tendencias divergentes de la socialdemocracia rusa se separarían más todavía. Trotsky, aún formalmente un menchevique, desarrolló su propia síntesis, la teoría de la revolución permanente.

La siguiente década sería nuevamente vivida en los pequeños círculos de emigrados y en tentativas frustradas para unir las que ahora eran tendencias incompatibles. Vino la guerra, la actividad antiguerra y, en Febrero de 1917, el derrocamiento del Zar. Trotsky se unió al partido bolchevique en el mes de Julio, a esta altura un verdadero partido obrero de masas, y tal era la fuerza de su personalidad, capacidades y reputación que algunas semanas después se hallaba apenas debajo de Lenin, ante los ojos de los afiliados del partido. Le confiaron la organización de la insurrección de Octubre y, a los 38 años, se volvió una de las dos o tres figuras más importantes en el partido y en el Estado. Y un poco después, también en uno de los líderes más importantes del movimiento comunista mundial, en la Internacional Comunista. Fue el principal creador y dirigente del Ejército Rojo y tuvo influencia en todos los campos de la política.

Desde estos altos lugares, Trotsky caería bien abajo. Su caída no fue solamente una tragedia personal. Trotsky ascendió con la revolución, y cayó cuando la revolución comenzó a declinar. Su historia personal está fusionada con la historia de la Revolución rusa y el Socialismo internacional. A partir de 1923, Trotsky dirigió la oposición a la

creciente reacción en Rusia –el estalinismo. Fue expulsado del partido en 1927 y de la URSS en 1929, sus últimos once años se fueron en su lucha heroica contra los tremendos obstáculos que existían para mantener viva la auténtica tradición comunista y encarnarla en una organización revolucionaria. Denigrado y aislado, fue finalmente asesinado por orden de Stalin en 1940. Dejó tras de sí una organización internacional frágil y un cuerpo de escritos que es una de las fuentes más ricas existentes del marxismo aplicado.

Este trabajo se concentra en cuatro temas. Ellos no agotan la contribución de Trotsky al pensamiento marxista, lo cual sería imposible, porque fue un escritor excepcionalmente prolífico con intereses extremadamente amplios. No obstante, la obra de su vida estuvo concentrada en esos cuatro temas, y el grueso de sus inmensos escritos está relacionado de una forma o de otra con ellos. Estos temas son:

Primero, la teoría de la revolución permanente, y su relevancia para las revoluciones rusas del siglo veinte y para los desarrollos posteriores en los países coloniales y semicoloniales –los que hoy son llamados del “Tercer Mundo”. Segundo, el resultado de la Revolución rusa y la cuestión del estalinismo. Trotsky realizó el primer intento continuo y sistemático de un análisis materialista e histórico del estalinismo. Y sus análisis, cualquiera sean las críticas que puedan hacerse a ellos, fueron el punto de partida para todos los análisis serios que fueron emprendidos posteriormente desde un punto de vista marxista. Tercero, la estrategia y la táctica de los partidos revolucionarios de masas en una amplia variedad de situaciones, un campo en el cual la contribución de Trotsky no fue inferior a la de Marx y Lenin. Cuarto, el problema de la relación entre partido y clase, y el desarrollo histórico que llevó al movimiento revolucionario a una situación marginal respecto de las organizaciones obreras de masas.

Isaac Deutscher describió a Trotsky, en sus últimos años, como el “heredero residual del marxismo clásico”. Fue realmente esto, y mucho más. Es eso lo que brinda a su pensamiento una importancia enorme y actual.

Capítulo 1

Revolución permanente

Durante el último tercio del siglo XVIII la revolución industrial –el cambio más profundo en la historia de la especie humana desde el desarrollo de la agricultura– ganó impulso en un pequeño rincón del mundo, Gran Bretaña. Pero los capitalistas británicos luego tuvieron imitadores en otros países en donde la burguesía había conquistado el poder o estaba por conquistarlo.

A comienzos del siglo XX el capitalismo industrial dominaba completamente el mundo. Los imperios coloniales de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Rusia, Estados Unidos, Bélgica, Holanda, Italia y Japón cubrían sin duda, la mayor parte de la superficie del planeta. La sociedades esencialmente precapitalistas, que aun preserva-

ban una independencia formal (China, Irán, Turquía, Etiopía, etc.), estaban, de hecho, dominadas por unas u otras de las grandes potencias imperialistas, e informalmente divididas entre ellas –el término “esferas de influencia” expresa exactamente eso. Esta “independencia” simbólica se mantenía únicamente debido a las rivalidades entre los imperialismos en competencia (Gran Bretaña contra Rusia en Irán, Gran Bretaña contra Francia en Tailandia, Gran Bretaña contra Alemania –y también contra Rusia– en Turquía, y Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Rusia, Francia, Japón y varios contendientes secundarios, estaban unos contra otros en China.

Pero los países conquistados o dominados por las potencias capitalistas industriales no eran, hablando en términos generales, transformados en réplicas de las varias “madres patrias”. Por el contrario, permanecerían esencialmente como sociedades preindustriales. Su desarrollo socioeconómico era profundamente influenciado –y de hecho, profundamente distorsionado– fruto de su conquista y dominio, pero no eran, típicamente, transformadas en otro tipo de sociedad.

La famosa descripción de Marx sobre la ruina de la industria textil india (basada en productos de elevada calidad hechos por artesanos independientes) debido a los productos de algodón baratos, fabricados por máquinas en Lancashire, sigue siendo todavía un buen esbozo del impacto inicial del capitalismo occidental en lo que hoy es llamado el “Tercer Mundo”: pobreza y retroceso social.

Este proceso de “desarrollo desigual y combinado”, para usar la expresión de Trotsky, condujo a una situación (todavía presente en sus trazos esenciales) en la cual la mayor parte de la población del planeta no solo no había avanzado económica y socialmente, sino que había retrocedido. ¿Cuál era entonces (y, aún hoy, es) la salida para la población de estos países?

Trotsky, siendo un joven de 26 años, propuso una solución profundamente original al problema. Era una solución arraigada tanto en la realidad del desarrollo desigual del capitalismo a escala mundial, como en el análisis marxista del verdadero significado del desarrollo industrial –la creación, de una sola vez y al mismo tiempo, de la base material para una sociedad avanzada y sin clases, y de una clase explotada, la clase trabajadora, capaz de elevarse al nivel de clase dominante y, a través de su dominio, abolir las clases, la lucha de clases y todas las formas de alienación y opresión.

Naturalmente, Trotsky desarrolló sus ideas primero en relación con Rusia. Y aquí es necesario volver sobre el trasfondo ideológico de las disputas entre los revolucionarios rusos de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, para comprender plenamente la importancia de su contribución. Pero no solamente de los revolucionarios rusos. Después de todo, había un auténtico movimiento internacional en aquella época.

Una vez que Europa y América del Norte sean reorganizadas, proporcionarán un poder colosal y un ejemplo que los países semicivilizados seguirán por iniciativa propia. Solamente las necesidades económicas serán responsables por esto. Pero sobre cuáles serán las fases sociales y políticas que estos países atravesarán antes de llegar a una organización socialista, pienso que solo podemos avanzar hipótesis. Solo una cosa es clara: el

proletariado victorioso no puede forzar ningún cambio en ninguna nación extranjera, sin minar su propia victoria actuando de esta forma.¹

Así Engels escribía a Kautsky en 1882. El no estaba pensando en Rusia. Los países mencionados en esta carta eran India, Argelia, Egipto y las “posesiones holandesas, portuguesas y españolas”. Pero, su abordaje general representaba el pensamiento de la futura Segunda Internacional (de 1889 en adelante). El curso del desarrollo político seguiría el curso del desarrollo económico. El movimiento socialista revolucionario, que destruiría al capitalismo y llevaría finalmente, a la disolución de la clase trabajadora y de todas las clases (después de un período de dominio de la clase trabajadora), se desarrollaría dentro del capitalismo, no bien su inseparable acompañante, la clase trabajadora, se desarrollase.

Los marxistas rusos, cuyo grupo pionero “La Emancipación del Trabajo” fue fundado un año después de la carta de Engels, tuvieron que ubicar a Rusia en este esquema histórico. Plejanov, el teórico principal del grupo, no tenía duda alguna. En los años 80s y 90s del siglo XIX, argumentaba que el Imperio ruso era básicamente una sociedad precapitalista y, por tanto, estaba destinada a pasar por el proceso de desarrollo capitalista antes de que la cuestión del socialismo pudiese estar planteada. Rechazó firmemente la idea que Marx había sostenido vagamente, de que Rusia, dependiendo de cual fuera el desarrollo de Europa, podía evitar la fase de desarrollo capitalista y conseguir una transición al socialismo basada en el derrocamiento de la autocracia por un movimiento campesino, si se preservaban los elementos de la tradicional propiedad comunal de la tierra (*Mir*) que todavía existían en los años 1880.

Las ideas de Plejanov, desarrolladas en polémicas contra el “camino campesino al socialismo” (los *Narodniks*), se volvieron el punto de partida para todo el marxismo ruso posterior. El capitalismo se estaba desarrollando de hecho en Rusia, el *Mir* estaba condenado, y un especial “camino ruso al socialismo” era una ilusión reaccionaria –estas ideas fueron básicas para la próxima generación de marxistas rusos, para Lenin y, algunos años después, para Trotsky y todos sus colegas. Gran parte de los primeros tres volúmenes de las *Obras Completas* de Lenin, contienen críticas a los *Narodniks* y demostraciones de la inevitabilidad –y el carácter progresivo– del capitalismo en Rusia. El grupo *Iskra*, fundado en 1900 con el fin de crear una organización nacional unificada a partir de los grupos y círculos socialdemócratas desperdigados por todo el país, se apoyaba firmemente en la visión de que la clase obrera industrial era la base para esta organización.

Surgieron tres preguntas: ¿cuál era la relación entre los papeles políticos de la clase trabajadora (en aquel momento una pequeña minoría), de la burguesía y del campesinado (la mayoría de la población)? De esto, ¿cuál era el carácter de clase de la próxima revolución en Rusia? Y finalmente, ¿cuál era la relación entre esta revolución y los movimientos obreros de los países avanzados?

Las diferentes respuestas dadas a estas preguntas, junto a las diferentes maneras de concebir la naturaleza del partido revolucionario, acabaron por definir tendencias fundamentalmente divergentes al interior de la socialdemocracia rusa. Para entender

la teoría de la revolución permanente de Trotsky es necesario que volvamos nuestra mirada brevemente sobre esas respuestas, las cuales aparecerán en forma más desarrollada luego de la revolución de 1905.

El menchevismo

La visión menchevique puede ser resumida de este modo: el estado de desarrollo de las fuerzas productivas (esto es, el atraso general de Rusia combinado con una industria moderna pequeña, pero significativa y creciente) define qué es posible —una revolución burguesa, como la de 1789-1794 en Francia. Por lo tanto, la burguesía debe llegar al poder, establecer una república democrático-burguesa que barra los restos de las relaciones sociales precapitalistas y abrir el camino para un crecimiento rápido de las fuerzas productivas (y también de la clase trabajadora) sobre una base capitalista. Luego de esto, la lucha por la revolución socialista entraría, eventualmente, en la agenda.

El papel político de la clase trabajadora era, entre tanto, empujar a la burguesía a lanzarse contra el zarismo. Ella tenía que reservar su independencia política —lo que, centralmente, significaba que los socialdemócratas no podrían participar de un gobierno revolucionario al lado de fuerzas no obreras.

En cuanto al campesinado, este no podía desempeñar un papel político independiente. Podía desempeñar un papel revolucionario secundario en defensa de una revolución burguesa esencialmente urbana y, después de la revolución, sufriría una diferenciación económica más o menos rápida en un estrato de estancieros capitalistas (que será conservador), un estrato de pequeños propietarios y un estrato de trabajadores agrícolas sin propiedad.

Para los mencheviques no había ninguna conexión orgánica entre la revolución burguesa rusa y los movimientos obreros europeos, aunque admitían que la revolución rusa (en caso de ocurrir antes de la revolución socialista en Occidente) impulsaría al movimiento socialdemócrata en Europa.

En realidad, el menchevismo era una tendencia bastante matizada. Diferentes mencheviques ponían énfasis en diferentes partes del anterior esquema (el cual, tal como fue presentado, representa esencialmente la posición de Plejanov), pero todos aceptaban sus líneas generales.

La revolución de 1905 mostró los errores fundamentales del esquema. La burguesía no cumpliría la parte que los mencheviques le asignaban. Es claro que Plejanov, un estudioso profundo de la Revolución francesa, nunca esperó que la burguesía rusa realizase una lucha implacable contra el zarismo sin una enorme presión venida desde abajo. De la misma manera que la dictadura jacobina de 1793-1794 —la culminación decisiva de la Revolución francesa— había llegado al poder bajo la presión de las masas pobres de París (los *sans-culottes*), así también en Rusia la clase trabajadora podría ser la fuerza motriz que obligara a los representantes políticos de la burguesía (o alguna sección de estos) a tomar el poder. Pero la revolución de 1905 y su resultado, demostraron la inexistencia de cualquier tendencia “robepieriana” en la burguesía rusa. Durante el levantamiento revolucionario la burguesía estuvo junto al Zar.

Ya en 1898 el *Manifiesto* esbozado para el abortado Primer Congreso de los Socialdemócratas de Rusia, declaraba:

Cuanto más se va hacia Oriente en Europa, más la burguesía se torna débil en el aspecto político, más cobarde y más mezquina, y mayores son las tareas culturales y políticas que recaen sobre la clase trabajadora”.²

No era una cuestión de geografía, sino de historia. El desarrollo del capitalismo industrial y del proletariado moderno había transformado a la burguesía, en todos los lugares, incluso en los países en donde la industrialización era embrionaria, en una clase conservadora. De hecho, el fracaso de la revolución en Alemania en 1848-1849 había demostrado esto mucho antes.

El bolchevismo

La visión de los bolcheviques partía de iguales premisas que la de los mencheviques. La revolución venidera sería, y solo podía ser, una revolución burguesa en términos de su naturaleza de clase. Pero los bolcheviques rechazaban completamente cualquier expectativa en la burguesía, y proponían una alternativa.

La transformación de la situación económica y política en Rusia, en sentido democrático-burgués es inevitable e ineluctable —escribía Lenin en su famoso folleto *Dos Tácticas de la Socialdemocracia en la Revolución Democrática* (Julio de 1905).

No hay fuerza en el mundo capaz de impedir esta transformación, Pero de la acción combinada de las fuerzas existentes, pueden surgir dos resultados o dos formas de esta transformación. Esto es: 1) las cosas terminan con la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo, o 2) no habrá fuerzas suficientes para una victoria decisiva y las cosas terminan en un acuerdo entre el zarismo y los elementos más “inconsecuentes” y “calculadores” de la burguesía [...] Debemos conocer de manera exacta cuales fuerzas sociales reales se oponen al zarismo [...] y si ellas son capaces de una “victoria decisiva” sobre el mismo. Esta fuerza no puede ser la gran burguesía [...] Vemos que ellos ni si quiera desean una victoria decisiva. Sabemos que debido a su posición de clase, son incapaces de una lucha decisiva contra el zarismo: para dar una lucha decisiva, la propiedad privada, el capital y la tierra son un lastre demasiado pesado. Tienen demasiada necesidad del zarismo, de sus fuerzas burocráticas, policiales y militares, para usarlas en contra de los trabajadores y los campesinos, como para desear la destrucción del zarismo [...] No, hay una sola fuerza capaz de obtener la “victoria decisiva sobre el zarismo” y esta es la gente, los trabajadores y los campesinos. La “victoria decisiva sobre el zarismo” significa el establecimiento de una dictadura democrática revolucionaria de los trabajadores y los campesinos [...]

Solo puede ser una dictadura porque la realización de las transformaciones inmediatas y absolutamente necesarias para los trabajadores y los campesinos provocarán una resistencia desesperada tanto por parte de los terratenientes como de la gran burguesía y el zarismo [...] Pero no será, naturalmente, una dictadura socialista, sino una dictadura democrática [...] Podrá, en el mejor de los casos, efectuar una redistribución radical de la propiedad de la tierra en favor de los campesinos, implantar una democracia completa y consecuente, incluyendo la formación de una república, erradicará no solo en el campo sino también en las fábricas todos los restos de formas asiáticas, serviles, comenzando una mejora seria en la situación

de los obreros, elevando su nivel de vida y, –finalmente, aunque no menos importante– llevará la conflagración revolucionaria a Europa. Semejante victoria no convertirá todavía, de forma alguna, a nuestra revolución burguesa en socialista [...].³

La línea menchevique no era simplemente un engaño. Según Lenin, era la expresión de la ausencia de voluntad de llevar a cabo la revolución. La determinación menchevique de acercarse a los burgueses liberales los conduciría a la parálisis. Por otro lado, el campesinado tenía un interés genuino en la destrucción del zarismo y de los restos del feudalismo en el campo. Por lo tanto, una “dictadura democrática” –un gobierno revolucionario provisional, con representantes del campesinado y la socialdemocracia– era un “régimen jacobino” apropiado para destruir a la reacción y establecer una “república democrática (con completa equivalencia y autodeterminación para todas las naciones), la confiscación de las propiedades feudales, y una jornada de trabajo de ocho horas diarias”.⁴

La solución de Trotsky

Trotsky rechazaba la esperanza en una “burguesía revolucionaria” tan firmemente como Lenin. Ridiculizó el esquema menchevique como una:

categorización extrahistórica creada por analogía y deducción [...] como, en Francia, la Revolución fue llevada a cabo por revolucionarios democráticos –los jacobinos– la revolución rusa solo podía transferir el poder a las manos de una democracia burguesa revolucionaria. Habiendo erguido una inevitable fórmula algebraica de la revolución, los mencheviques intentaban insertar en ella valores aritméticos que de hecho no existían.⁵

En todos los demás aspectos de la teoría de la revolución permanente de Trotsky, la cual tiene gran influencia del marxista ruso alemán Parvus, difería de la posición bolchevique. En primer lugar, difería en un punto crucial, al negar la posibilidad de que el campesinado pudiese desempeñar un papel político independiente:

El campesinado no puede cumplir un papel revolucionario principal. La historia no puede confiar al *muzhik* la tarea de liberar una nación burguesa de sus cadenas. A causa de su dispersión, atraso político, y especialmente de sus profundas contradicciones internas, que no pueden ser solucionadas dentro del marco del sistema capitalista, el campesinado solo puede jugar el papel de realizar algunos poderosos golpes en la retaguardia, a través de levantamientos espontáneos en las zonas rurales, por un lado, y creando descontento dentro del ejército, por otro.⁶

Esta perspectiva era idéntica a la línea menchevique y seguía las consideraciones hechas por Marx en relación al campesinado francés en cuanto clase.

Porque “la ciudad dirige la sociedad moderna”, solo una clase urbana puede cumplir un papel dirigente, y porque la burguesía no es revolucionaria (y la pequeña burguesía urbana es, en todo caso, incapaz de cumplir el papel de los *sans-culottes*),

la conclusión es que solo los trabajadores en su lucha de clase, con las masas campesinas bajo su dirección revolucionaria, pueden “llevar la revolución hasta el final”.⁷

Esto debía conducir a un gobierno obrero. La “dictadura democrática” de Lenin era una simple ilusión:

La dominación política de la clase trabajadora es incompatible con su esclavitud económica. No importa bajo qué bandera política la clase trabajadora llegue al poder, está obligada a tomar el camino de la política socialista. Es la mayor de las utopías pensar que la clase trabajadora, habiendo alcanzado la dominación política por el mecanismo interno de una revolución burguesa pueda, incluso si lo quisiera, limitar su misión a la creación de condiciones republicano-democráticas para el dominio social de la burguesía.⁸

Pero esto conduce a una contradicción inmediata. El punto de partida común de todos los marxistas rusos era justamente que en Rusia faltaban tanto la base material como humana para el socialismo –una industria altamente desarrollada y un proletariado moderno que constituyera gran parte de la población, y que hubiese adquirido organización y conciencia en tanto clase “para sí”, como Marx había dicho. Lenin lo había denunciado fuertemente (en *Dos Tácticas*):

Es absurda y semianarquista la idea de efectivizar de inmediato el programa máximo y la conquista del poder por una revolución socialista. El gran desarrollo económico (una condición objetiva), y el desarrollo de la conciencia y la organización de clase de amplias masas del proletariado (una condición subjetiva inseparablemente ligada a la condición objetiva), vuelven la emancipación completa e inmediata de la clase trabajadora imposible. Solo las personas más ignorantes pueden cerrar sus ojos a la naturaleza burguesa de la revolución democrática que está en curso actualmente [1905].⁹

Desde un punto de vista marxista, el argumento de Lenin era incontestable, en cuanto se aplicase solamente a Rusia. Tal vez sea necesario, debido a desarrollos posteriores, remarcar este punto elemental. El socialismo, para Marx y para todos los que se consideraban sus seguidores en aquella época, significaba la autoemancipación de la clase obrera. Esto suponía una amplia industria moderna y una clase trabajadora conciente, capaz de autoemanciparse.

Trotsky, por su parte, estaba convencido que solamente la clase trabajadora era capaz de desempeñar el papel dirigente en la revolución rusa y, si consiguiese cumplir ese papel, podría tomar el poder en sus propias manos. ¿Cómo cerraba esto?

Las autoridades revolucionarias estarían confrontadas con los problemas objetivos del socialismo, pero la solución de estos problemas sería, en un cierto estadio, impedida por el atraso económico del país. No hay salida de esta contradicción dentro del marco de una revolución nacional. El gobierno de los trabajadores, desde el comienzo, enfrentará la tarea de unir sus fuerzas con las del proletariado socialista de Europa occidental. Solo de este modo su hegemonía revolucionaria provisoria se volverá el prólogo de una dictadura

socialista. De este modo, la revolución permanente se volverá para la clase trabajadora rusa, un asunto de autopreservación en cuanto clase”.¹⁰

La hipótesis original de Engels está puesta cabeza abajo. El desarrollo desigual del capitalismo lleva a un desarrollo combinado en el cual la Rusia atrasada se vuelve, temporalmente, la vanguardia de la revolución socialista internacional.

La teoría de la revolución permanente siguió siendo un aspecto central del marxismo de Trotsky hasta el fin de su vida. Solo en un aspecto importante sus ideas posteriores a 1917 diferirán de las que acabamos de esbozar. La versión anterior a 1917 dependía fuertemente de la acción espontánea de la clase obrera. Como veremos, Trotsky, en ese período, se opuso de manera muy fuerte al “centralismo bolchevique” y rechazaba, en la práctica, la concepción del papel dirigente del partido. En 1917 cambió su posición en lo referente a este tema. Sus aplicaciones posteriores de la teoría de la revolución permanente fueron estructuradas en torno del papel del partido revolucionario.

El resultado

Toda teoría, al menos toda teoría que tenga alguna pretensión científica, tiene su última prueba en la práctica. Pero esta prueba práctica decisiva puede estar alejada un largo tiempo, incluso tan alejada que ocurra mucho tiempo después de la muerte del teórico, sus seguidores y sus oponentes. Al contrario de las ciencias físicas –en donde siempre es posible, en principio, realizar pruebas experimentales (aunque los medios técnicos para realizarlas puedan no estar disponibles inmediatamente)– el marxismo en cuanto ciencia del desarrollo de la sociedad (y, en realidad, sus competidores burgueses, como las pseudociencias económicas, sociológicas y demás) no puede ser evaluado de acuerdo a alguna escala arbitraria de tiempo, sino solo en el curso del desarrollo histórico e, incluso en este marco, solo provisoriamente.

La razón es bastante simple, aunque las consecuencias sean inmensamente complicadas. “Los hombres hacen su propia historia –dice Marx– pero no la hacen bajo condiciones escogidas por ellos”. Los actos “voluntarios” de millones y decenas de millones de personas que están ellas mismas condicionadas históricamente, luchando contra las limitaciones impuestas por todo el curso anterior del desarrollo histórico (el cual ellas, normalmente, ignoran), produce efectos más complejos de lo que el teórico más previsor puede anticipar. El grado en que *on s’engage, et puis... on voit* (avanzamos y después... vemos), que era la descripción aforística de Napoleón de su ciencia militar, siempre debe ser considerado por los revolucionarios ocupados en el intento conciente de modificar el curso de los eventos.

Los revolucionarios rusos de inicios del siglo XX fueron más afortunados que la mayoría. Para ellos la prueba decisiva llegó bastante deprisa. El año 1917 mostró a los mencheviques, opuestos en principio a participar en un gobierno no obrero, entrando en un gobierno formado por enemigos del socialismo, que continuó la guerra imperialista y trató de contener la marea revolucionaria. Se verificó en la práctica la previsión de Lenin hecha en 1905, de que ellos eran la “gironda” de la revolución rusa.

Mostró a los bolcheviques –defensores de una dictadura democrática y un gobierno revolucionario provisional de coalición– después de un período inicial de “apoyo crítico” a lo que Lenin en su retorno a Rusia llamó un “gobierno de capitalistas”, virar decisivamente hacia la toma del poder por parte de la clase trabajadora, bajo el impacto de las *Tesis de Abril* de Lenin, y la presión de los obreros revolucionarios que integraban sus filas.

Mostró a Trotsky brillantemente reivindicado cuando Lenin, en hechos, aunque no en palabras, adoptó la perspectiva de la revolución permanente y abandonó, sin ceremonia, la dictadura democrática.

Y también mostró a Trotsky, quien en la práctica se hallaba aislado e impotente para influir en el curso de los acontecimientos de la gran crisis revolucionaria de 1917, conduciendo en el mes de julio a su pequeño grupo de seguidores, hacia el partido de masas de los bolcheviques. Fue también el brillante reconocimiento de la larga y dura lucha de Lenin (que Trotsky había denunciado por más de una década como “sectario”) en favor de un partido obrero, libre de la influencia ideológica de “marxistas” pequeño-burgueses (en tanto tal independencia fue alcanzada con medidas organizativas).¹¹

Trotsky probó estar en lo correcto en la cuestión estratégica central de la Revolución rusa. Pero como Tony Cliff afirma, con razón, era un “general brillante sin ejército”.¹² Trotsky nunca más olvidó este hecho. Más tarde llegó a afirmar que su ruptura con Lenin durante el período 1903-1904, sobre la cuestión de la necesidad de un partido obrero disciplinado, había sido “el mayor error de mi vida”.

La Revolución de Octubre llevó a la clase trabajadora rusa al poder. Lo hizo en el contexto de la marea ascendente de revueltas revolucionarias contra los antiguos regímenes de Europa central y, en menor grado, occidental.

La perspectiva de Trotsky, y la de Lenin luego de Abril de 1917, dependía crucialmente del éxito de la revolución proletaria en por lo menos “uno o dos” países avanzados (como Lenin, siempre cauteloso, decía).

En los hechos, el poder de los partidos socialdemócratas establecidos (los cuales mostraron, en la práctica, haberse vuelto sumamente conservadores y nacionalistas a partir de Agosto de 1914) y las vacilaciones y evasivas de los líderes de los grupos “centristas” entre las masas, provenientes de “rupturas” de la socialdemocracia ocurridas entre 1916 y 1921, contribuyeron a abortar los movimientos revolucionarios en Alemania, Austria, Hungría, Italia y en otros países antes de que los trabajadores pudiesen conquistar el poder, o donde este fue conquistado temporalmente, antes de que pudiera ser consolidado.

El análisis de Trotsky de las consecuencias de estos hechos será examinado más adelante. Pero, antes, es de utilidad considerar la segunda Revolución china de 1925-1927, y sus resultados en los términos de la teoría de Trotsky.

La Revolución china de 1925-1927

El Partido Comunista Chino (PCCh) fue fundado en Julio de 1921 en un cuadro marcado por crecientes sentimientos antiimperialistas y una elevada combatividad

obrero en las ciudades costeras, en donde una recién creada pero numerosa clase trabajadora, estaba luchando para organizarse.

Minúsculo, e inicialmente compuesto totalmente por intelectuales, el Partido Comunista Chino fue capaz de volverse, en algunos años, la dirección efectiva del recién nacido movimiento obrero.

China era una semicolonias, dividida informalmente entre los imperialismos británico, francés, americano y japonés. Los imperialismos alemán y ruso habían sido eliminados por la guerra y por la revolución antes de 1919.

Cada poder imperialista mantenía su propia “esfera de influencia” y apoyaba a su “propio” noble local, señor de la guerra, o “gobierno nacional”. De esta forma, el imperio británico, que era el poder imperialista dominante, proveyó armas, dinero y “asesores” a Wu P’ei-fu, el señor de la guerra que dominaba China central y controlaba los distritos a lo largo del Río Yangtse. Los japoneses prestaban los mismos servicios a Chang Tso-lin, en Manchuria. Parecidos a *gangsters* militares, todos ellos se vinculaban con unas u otras potencias imperialistas, y controlaban gran parte del país.

Una excepción, muy parcial, era la ciudad Cantón y su región aledaña. Allí Sun Yat-sen, el padre del nacionalismo chino, había establecido una cierta base con un programa de independencia nacional, modernización y reformas sociales, con un vago tono de “izquierda”. El partido de Sun, el Kuomintang (KMT), bastante disforme e ineficaz antes de 1922, dependía de la tolerancia de los señores “progresistas” de la región.

Por esto, después de los movimientos preliminares posteriores a 1922, los líderes del Kuomintang hicieron un acuerdo con el gobierno de la URSS, el cual envió en 1924, asesores políticos y militares a Cantón y comenzó a proveerle armas. El Kuomintang se volvió un partido centralizado con un ejército relativamente eficiente. Además de esto, a partir del final de 1922 los miembros del Partido Comunista Chino fueron enviados a integrarse al Kuomintang en forma “individual”. Tres de ellos llegaron incluso a participar como miembros del Comité Ejecutivo del Kuomintang. Esta política, que encontró alguna resistencia en el Partido Comunista Chino, fue impuesta por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. El Partido Comunista Chino estaba efectivamente atado al Kuomintang.

A inicios del verano boreal de 1925 un movimiento de huelgas de masas –que en su origen eran parcialmente económicas, pero rápidamente adquirieron un carácter político después del intento de represión por las tropas extranjeras y la policía– explotó en Shangai y se expandió por las principales ciudades del centro y del sur de China, inclusive a Cantón y Hong Kong. Con muchos altos y bajos, hubieron enormes revueltas en las ciudades hasta inicios de 1927. En varios momentos existió una situación de doble poder, con comités de huelga dirigidos por el Partido Comunista Chino, constituyendo un “Gobierno Número Dos”. En esos mismos años ocurrieron revueltas campesinas en varias provincias importantes. El régimen de los señores de la guerra fue sacudido hasta sus cimientos. El Kuomintang procuró cabalgar en la tempestad con ayuda del Partido Comunista Chino, para utilizar el movimiento con el fin de conquistar el poder nacional sin cambios sociales. A inicios de 1926 ¡el Kuomintang fue admitido en la Internacional Comunista en condición de partido simpatizante!

Trotsky, aunque era miembro del buró político del partido ruso, estaba en la práctica excluido de cualquier influencia política directa para 1925. Según Deutscher,¹³ exigió la salida del Partido Comunista Chino del Kuomintang en Abril de 1926. Sus primeras críticas significativas fueron escritas en Septiembre:

La lucha revolucionaria en China entró en una nueva fase a partir de 1925, una fase que es caracterizada sobre todo por la intervención activa de amplios sectores de la clase trabajadora. Al mismo tiempo, la burguesía comercial y los elementos de la intelectualidad ligados a ella, están yendo hacia la derecha, asumiendo una actitud hostil en relación con las huelgas, los comunistas y la URSS. Queda bastante claro, a la luz de estos hechos fundamentales, que la cuestión de la revisión de las relaciones entre el Partido Comunista y el Kuomintang debe ser necesariamente considerado [...]

El movimiento hacia la izquierda de las masas obreras chinas es un hecho tan cierto como el movimiento hacia la derecha de la burguesía china. En la medida en que el Kuomintang está basado en la unidad política y organizativa entre los trabajadores y la burguesía, este será destrozado por las tendencias centrífugas de la lucha de clases.

La participación del Partido Comunista Chino en el Kuomintang era perfectamente correcta en el período en que el PCCh era una organización de propaganda que estaba apenas preparándose para una futura actividad política independiente, pero que al mismo tiempo procuraba tomar parte en la lucha por la liberación nacional en curso [...] Pero el despertar del poderoso proletariado chino, su espíritu combativo y de organización independiente de clase, es absolutamente innegable. Su tarea política inmediata [en referencia al PCCh] debe ser ahora luchar por la dirección directa e independiente de la clase trabajadora que se levanta –no para cambiar el curso de la clase obrera en la lucha nacional-revolucionaria, sino para asegurarle el papel no solo de combatiente más resuelto, sino también de dirigente político con hegemonía en la lucha de las masas chinas [...]

Pensar que la pequeña burguesía puede ser ganada a través de maniobras inteligentes o buenos consejos dentro del Kuomintang es simple utopía. El Partido Comunista será tanto más capaz de ejercer influencia directa e indirecta sobre la pequeña burguesía de la ciudad y del campo, cuanto más fuerte sea el partido, esto es, cuanto más haya ganado a la clase obrera china. Pero eso solo es posible sobre la base de un partido de clase y una política de clase independientes.¹⁴

Esto era totalmente inaceptable para Stalin y sus socios. Su política era aferrarse al Kuomintang y forzar al Partido Comunista Chino a subordinarse, no importa a qué. De este modo ellos esperaban mantener un aliado cercano de la URSS en el sur de China, el cual podría, posteriormente, hasta incluso tomar el poder a nivel nacional.

Esta política era justificada teóricamente con la resurrección de la tesis de la “dictadura democrática”. La Revolución china sería una revolución burguesa, y por tanto, según el argumento, la meta a conquistar debería ser una dictadura democrática de los trabajadores y los campesinos. Para preservar el bloque proletario-campesino, el movimiento tendría que limitarse a “reivindicaciones democráticas”. La revolución socialista no estaba en el orden del día. La dificultad que significaba el hecho de que el Kuomintang no era un partido campesino fue respondida con el argumento de que, en verdad, se trataba de un partido pluriclasista, un “bloque de cuatro clases” (burguesía, pequeña burguesía urbana, trabajadores y campesinos).

¿Qué significa esto del bloque de cuatro clases? ¿Alguna vez apareció esta expresión en la literatura marxista? Si la burguesía conduce a las masas oprimidas del pueblo bajo la bandera burguesa y se toma el poder bajo su dirección, entonces esto no es ningún bloque, sino la explotación política de las masas oprimidas por la burguesía.¹⁵

El punto central era que la burguesía capitularía frente al imperialismo. Por tanto, el Kuomintang inevitablemente representaría un papel contrarrevolucionario.

La burguesía china es suficientemente realista y está bastante familiarizada con la naturaleza del imperialismo mundial, para entender que una lucha realmente sería contra este último requiere una revuelta tal de las masas que al mismo tiempo se volvería una amenaza, principalmente, para la propia burguesía [...] Y si le enseñamos a los trabajadores de Rusia, desde el comienzo, a no creer en la buena voluntad del liberalismo ni en la capacidad de la democracia pequeño-burguesa para eliminar al zarismo y destruir el feudalismo, de manera no menos enérgica debemos inculcar en los trabajadores chinos, desde el inicio, el mismo espíritu de desconfianza. La nueva y absolutamente falsa teoría promulgada por Stalin y Bujarin acerca del espíritu revolucionario “inmanente” de la burguesía colonial es, en su sustancia, una traducción del menchevismo en el lenguaje de la política china.¹⁶

El resultado es bien conocido. Chiang Kai-Shek, jefe militar del Kuomintang, lanzó el primer golpe contra la izquierda en Cantón en Marzo de 1926. El Partido Comunista Chino, bajo presión rusa, se sometió. Cuando el ejército de Chiang lanzó la “Expedición al norte” una oleada de revueltas de trabajadores y campesinos destruyeron las fuerzas señoriales, pero el Partido Comunista Chino, fiel al “bloque”, hizo todo lo posible para impedir los “excesos”. Antes que Chiang entrara en Shangai en Marzo de 1927, las fuerzas de los señores de la guerra habían sido derrotadas por dos huelgas generales y una insurrección conducida por el Partido Comunista Chino. Chiang ordenó que los trabajadores fuesen desarmados. El Partido Comunista Chino no se resistió. En Abril, ellos fueron masacrados y el movimiento obrero fue decapitado. Luego siguió la división del Kuomintang. Los líderes civiles, temiendo (correctamente) que Chiang se volvería un dictador militar, establecieron su gobierno en Wuhan (Hankow).

Ahora la Internacional Comunista exigía del Partido Comunista Chino el apoyo al régimen de “izquierda” del Kuomintang, y que proveyera sus ministros de trabajo y de agricultura. Su líder, Wang Ching-Wei, los usó en cuanto le servían y entonces, luego de algunos meses, realizó su propio golpe. Posteriormente, llegó incluso a encabezar el gobierno fantoche de China bajo ocupación japonesa. El Partido Comunista Chino fue llevado a la clandestinidad, y rápidamente perdió su base de masas en las ciudades. Ante cada confrontación crucial el partido usaría su influencia, conquistada a duras penas, para persuadir a los trabajadores de que no resistieran al Kuomintang.

Entre tanto, debido a la fase crítica a que había llegado la lucha interna en el partido ruso, el grupo dominante de Stalin y Bujarin en el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) dio un giro de 180 grados. Luego de las consecutivas capitulaciones frente al Kuomintang, el Partido Comunista Chino fue forzado a realizar un golpe. Stalin y Bujarin precisaban de una victoria en China para acallar las críticas de la

oposición (a la cual ya planeaban expulsar) en el XV Congreso del partido de Diciembre de 1927. El nuevo emisario de la Internacional Comunista, Heinz Neumann, fue enviado a Cantón donde intentó organizar el Golpe de Estado a inicios de diciembre. El Partido Comunista Chino todavía poseía alguna fuerza seria en la ciudad. Cinco mil comunistas, en su mayor parte trabajadores locales, tomaron parte en el levantamiento. Pero no había tenido ninguna preparación política, ninguna agitación previa, ningún involucramiento masivo de la clase trabajadora. Los comunistas estaban aislados. La “Comuna de Cantón” fue barrida en aproximadamente el mismo tiempo que fue necesario para barrer la insurrección de Blanqui en París en 1839 –dos días– y por las mismas razones. Fue un golpe llevado adelante sin tomar en cuenta el nivel de la lucha de clases y la conciencia de la clase obrera. El resultado fue una masacre mayor todavía que la de Shangai. El Partido Comunista Chino dejó de existir en Cantón.

La teoría de la revolución permanente había sido nuevamente confirmada –en sentido negativo. La dominación imperialista de China consiguió un tiempo de vida extra.

Supongamos que el Partido Comunista Chino hubiese seguido el mismo curso que los bolcheviques habían seguido luego de Abril de 1917. ¿El poder de los trabajadores hubiera sido posible en un país tan atrasado como la China de los años 20s?

La cuestión del “camino no capitalista” del desarrollo de China fue planteado de manera condicional por Lenin, para quien, así como para nosotros, era y es el ABC que la Revolución china, dejada a sus propias fuerzas, esto es, sin el apoyo directo de la clase obrera victoriosa de la URSS y de la clase obrera de todos los países, solo podía terminar en mayores posibilidades para un desarrollo capitalista del país, en condiciones más favorables para el movimiento obrero [...] Pero, en primer lugar, la inevitabilidad del camino capitalista no estaba, de ningún modo, demostrado, y segundo, –el argumento es incomparablemente más oportuno para nosotros– las tareas burguesas pueden ser resueltas de varias maneras.¹⁷

Será necesario retomar este último punto. En la segunda mitad del siglo XX tuvieron lugar una serie de revoluciones, de Cuba a Angola, de Vietnam a Zanzibar, las cuales no fueron ciertamente revoluciones obreras, ni tampoco fueron revoluciones burguesas en el sentido clásico. Trotsky no previó tal desarrollo, ni ninguna otra persona de su tiempo. La teoría de la revolución permanente, confirmada decisivamente en la primera mitad del siglo XX, debe ser reconsiderada obviamente a la luz de los últimos desarrollos históricos. La cuestión será retomada más adelante, en el último capítulo.

Capítulo 2

Análisis del estalinismo

Los anhelos y esperanzas de una sociedad sin clases y verdaderamente libre son muy antiguos. En Europa ellos están bien documentados a partir del siglo XIV en los

fragmentos sobrevivientes de las ideas de muchos rebeldes y herejes. “¿Adán cavaba y Eva medía, quién era entonces el caballero?” decía una rima popular durante la gran revuelta campesina inglesa de 1831. Y, claro está, también se pueden hallar sentimientos semejantes (aunque arraigados en la ideología de la clase dominante) en el cristianismo e islamismo primitivos, y en grados distintos, en sociedades más antiguas.

Marx introdujo una idea fundamentalmente nueva. Ella puede ser resumida de la siguiente forma: las aspiraciones de los pensadores y activistas más avanzados de las generaciones pasadas (preindustriales), por más admirables e inspiradoras que hubiesen sido para el futuro, eran utópicas en su tiempo, fruto del simple hecho de que eran irrealizables. La sociedad de clases, la explotación y la opresión, son inevitables en tanto el desarrollo de las fuerzas productivas y la productividad del trabajo (conceptos relacionados, aunque no idénticos) son relativamente bajos. Con el desarrollo del capitalismo industrial tal estado ya no es inevitable, siempre y cuando el capitalismo sea derribado. Una sociedad sin clases, basada en una relativa abundancia, se ha vuelto ya posible. Y el instrumento para alcanzar tal sociedad –la clase trabajadora industrial– fue creado por el propio desarrollo del capitalismo.

Estas ideas eran naturalmente moneda corriente en el marxismo anterior a 1914. Todos los revolucionarios de la tradición marxista las tenían como ciertas. Pero la sociedad que surgió de la Revolución rusa no fue una sociedad sin clases y con liberad. Incluso al inicio difería mucho de la visión que tenía Marx de un Estado obrero (explicitada en *La Guerra Civil en Francia*) y del desarrollo de las ideas de Marx por Lenin (expuestas en *El Estado y la Revolución*). Más tarde, acabó por transformarse, en un monstruoso despotismo.

Sería difícil exagerar la importancia de estos hechos. La existencia, primero de un Estado y después de toda una serie de Estados que afirmaban ser “socialistas”, pero que en realidad eran únicamente caricaturas del socialismo, debe ser considerado como uno de los factores más importantes en la sobrevivencia del “capitalismo occidental”.

Los políticos de derecha argumentan que el estalinismo fue el resultado inevitable de la expropiación de la clase capitalista. Por otro lado, los dirigentes socialdemócratas argumentan que el estalinismo fue la consecuencia inevitable del “centralismo bolchevique”, y que Stalin fue el “heredero natural de Lenin”.

Trotsky fue responsable por el primer intento constante de un análisis materialista e histórico del estalinismo –esto es, del resultado de la Revolución rusa. Sean cuales sean las críticas a realizar –y algunas serán realizadas aquí– dicha tentativa fue el punto de partida para todos los análisis serios hechos posteriormente desde una perspectiva marxista.

¿Cuál era la realidad social de Rusia en 1921, cuando Lenin era el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y Trotsky el Comisario de Guerra? Hablando en defensa de la Nueva Política Económica (NEP) de la URSS a finales de 1921, Lenin argumentaba que:

Si el capitalismo obtiene ganancias con la NEP, la producción industrial crecerá y la clase trabajadora también. Los capitalistas ganarán con nuestra política y crearán una clase trabajadora industrial que en nuestro país, debido a la guerra, la pobreza y la ruina desesperantes, se

volvió “desclasada”, esto es, fue arrancada de su lugar de clase, y dejó de existir en cuanto proletariado. El proletariado es la clase que está implicada en la producción de valores materiales en la industria capitalista de gran escala. Visto que la industria capitalista de gran escala fue destruida, y que las fábricas están paradas, la clase trabajadora desapareció”.¹

¡El proletariado “dejó de existir en cuanto proletariado”! ¿Y que ocurrió entonces con la dictadura del proletariado, o la clase trabajadora como clase dominante?

La Primera Guerra Mundial y la guerra civil destruyeron la industria rusa –ya bien frágil para los estándares europeos occidentales. De la Revolución de Octubre hasta Marzo de 1918, en que fue firmado el tratado de Brest-Litovsk con Alemania, la Rusia revolucionaria permaneció en guerra contra este país y el Imperio Austro-Húngaro. En el mes siguiente, el primero de los ejércitos “aliados” de intervención –el japonés– atacó Vladivostok y comenzó su avance en dirección a Siberia. Este no se retiraría hasta Noviembre de 1922. En esos años, tropas de catorce ejércitos extranjeros (incluidos los de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia) invadieron el territorio de la República revolucionaria. Los generales “blancos” fueron armados, abastecidos y apoyados. En el auge de la intervención, en el verano boreal de 1919, la República soviética estaba reducida a una parte de la Rusia europea central alrededor de Moscú, con algunos baluartes remotos sostenidos precariamente. Incluso en el verano siguiente, cuando los ejércitos “blancos” habían sido decisivamente derrotados, un cuarto de todo el stock disponible de granos de la República soviética tuvo que ser enviado al grupo de ejército que estaba en lucha contra los invasores polacos.

Esto ocurría al tiempo que las ciudades estaban despobladas y hambrientas. Más de la mitad de la población total de Pretrogrado (San Petersburgo) y casi la mitad de la de Moscú habían huido al campo. Las industrias que consiguieron mantenerse funcionando estaban dedicadas casi enteramente a la guerra –y esto solo fue posible a través de la “canibalización”, el ininterrumpido sacrificio de la base productiva como un todo para mantener en funcionamiento una fracción de la misma. Estas eran las circunstancias en las cuales la clase trabajadora rusa se desintegró.

Los hechos son bien conocidos y están presentados con algún detalle, por ejemplo, en el segundo volumen de *Historia de la Revolución Bolchevique* de E.H. Carr.² En 1921 el total de la producción industrial no alcanzaba a la octava parte de la producción de 1913, la cual ya era miserablemente baja para el estándar alemán, británico o americano.

La revolución sobrevivió por medio de esfuerzos y sacrificios enormes, dirigida por una dictadura revolucionaria, la cual pasó de largo a la dictadura jacobina de 1793 en su capacidad de movilización. Pero sobrevivió al precio de una economía arruinada y aislada. Y para 1921 el movimiento revolucionario europeo estaba claramente en retroceso.

Lo que nos interesa aquí son las consecuencias sociales de estos hechos. El llamado “comunismo de guerra” de 1918-1921 había establecido, en realidad, una economía de estado de sitio sumamente brutal y brutalizante. En esencia ella consistió en la requisación forzada de granos de los campesinos, la canibalización de la industria, el servicio militar obligatorio y la coerción masiva para vencer en la guerra por sobrevivir.

Antes de la revolución una parte significativa de la producción de granos era enviada a las ciudades (para consumo o para exportar) en la forma de rentas, pagos de impuestos, etc, para las antiguas clases dominantes. La Rusia zarista había sido una gran exportadora de granos. Ahora, con la destrucción del antiguo régimen, ese vínculo había sido cortado. Los campesinos producían para el consumo o para el comercio. Pero la ruina de la industria significaba que no había nada, o casi nada, para comerciar. Fruto de esto se volvió necesaria la requisación forzada.

La revolución había sobrevivido en un país marcadamente campesino, a causa del apoyo –normalmente pasivo, pero a veces activo– de las masas campesinas que habían logrado beneficiarse de ella. Con el fin de la guerra civil ya no tenían nada más que ganar, y las revueltas de 1921, en Kronstadt y Tambov, mostraron que sectores del campesinado y secciones remanentes de la clase trabajadora se estaban volviendo en contra del régimen.

La Nueva Política Económica (NEP) establecida a partir de 1921, era por sobre todo, un reconocimiento de este hecho e introducía un impuesto fijo (recaudado en granos, una vez que el dinero había perdido todo su valor bajo el comunismo de guerra) en sustitución de la requisación arbitraria de la época anterior. En segundo lugar, permitió el renacimiento del comercio privado y de la producción privada en pequeña escala (manteniendo “instancias de dirección” estatales). En tercer lugar, abrió las puertas (aunque sin suceso) para el capital extranjero que deseara explotar “concesiones”. Y en cuarto lugar, y esto tuvo una importancia vital, la NEP introdujo la aplicación rigurosa del principio de rentabilidad en la mayoría de las industrias nacionalizadas, combinando una severa ortodoxia financiera basada en el patrón oro, para crear una moneda corriente estable e imponer la disciplina de mercado tanto para las empresas públicas como privadas.

Estas medidas, introducidas entre 1921 y 1928, realmente produjeron un renacimiento económico. Inicialmente este ocurrió de forma más lenta, pero posteriormente tuvo un ritmo más rápido, hasta que en 1926-1927 el nivel de la producción industrial alcanzó nuevamente –y, en algunos sectores, sobrepasó– el nivel de 1913. En el caso de los productos alimenticios disponibles (en su mayor parte granos) el crecimiento fue mucho más lento. La producción creció, pero los campesinos, si bien no eran más explotados que en 1913, consumían mucho más de su producción en comparación con el período anterior a la revolución, y las ciudades debieron continuar recibiendo raciones pequeñas.

Esta recuperación económica conseguida con medidas capitalistas o parcialmente capitalistas tuvieron consecuencias sociales análogas.

Ahora las ciudades que dirigiáramos asumían un aspecto extranjero. Nosotros nos sentíamos nadando en un lodazal –paralizados, corrompidos [...] El dinero lubricaba toda la maquinaria exactamente como en el capitalismo. Un millón y medio de desempleados recibían ayuda –insuficiente– en las grandes ciudades [...] Las clases renacían delante de nuestros propios ojos. En la base de la escala el desempleado recibía 24 rublos por mes, en la cúspide un ingeniero (esto es, un técnico especializado) recibía 800, y entre los dos estaba el funcio-

nario del partido que recibía 222 rublos, pero obtenía muchas cosas en forma gratuita. Se creaba un abismo creciente entre la prosperidad de algunos y la miseria de muchos.³

Como resultado de la NEP la clase trabajadora realmente se recuperó numéricamente del punto crítico de 1921, pero no renació en lo político, o por lo menos no en escala suficiente para sacudirse el poder de los burócratas, de los *nepmen* y de los *kulaks*. Una de las razones principales era la sombra del desempleo masivo.

Un Estado obrero deformado

La disgregación de la clase trabajadora había alcanzado un estado avanzado cuando, hacia el final de 1920, se desencadenó en el Partido Comunista Ruso el llamado “debate sindical”. Superficialmente, la cuestión en debate era si los trabajadores necesitaban o no de la organización sindical para protegerse de su “propio” Estado. A un nivel más profundo, el conflicto giraba en torno a cuestiones mucho más fundamentales.

¿Existía todavía un Estado obrero en 1918? La democracia soviética, en la práctica, había sido destruida en la guerra civil. El Partido Comunista se había “emancipado” de la necesidad del apoyo mayoritario de la clase trabajadora. Los soviets se habían vuelto simples sellos para las decisiones del partido. Y, por las mismas razones, el proceso de “militarización” y “verticalismo” dentro del Partido Comunista había crecido rápidamente.

Contra estos hechos, se levantó dentro del partido la “Oposición Trabajadora”. Esta Oposición exigía “autonomía” para los sindicatos, denunciando el control del partido y apelando a la tradición de “control obrero de la producción” (una bandera del propio partido en el período anterior). Así adoptadas, estas medidas hubieran significado el fin del régimen –puesto que las demás masas de la clase trabajadora eran decididamente indiferentes, si no antibolcheviques. Por otro lado, la masa de campesinos constituía la mayor parte de la población. “Democracia” bajo estas condiciones, solo podía significar contrarrevolución –y una dictadura del ala derecha.

El partido había sido llevado al papel de sustituto de la clase trabajadora en disgregación, y al interior del partido los organismos dirigentes habían afirmado fuertemente su autoridad, sobre una militancia creciente pero de problemática composición (el Partido Comunista Ruso tenía, en números redondos, 115.000 miembros a inicios de 1918, 313.000 a inicios de 1919, 650.000 para el verano de 1921 –de los cuales una parte cada vez menor eran trabajadores).

El partido se había vuelto el tutor de una clase trabajadora que, temporalmente –así se esperaba– se había vuelto incapaz de administrar sus propios asuntos. Pero el propio partido no estaba inmune a las fuerzas sociales inmensamente poderosas generadas fruto del derrumbe industrial, la reducida y decreciente productividad del trabajo, el atraso cultural y la barbarie. En verdad para que el partido pudiese actuar como “tutor”, era necesario privar a la masa de sus miembros de cualquier influencia en la dirección de su accionar –porque también ellos reflejaban el atraso de Rusia y el deterioro de la clase trabajadora. La solución de Trotsky para este dilema fue, en principio, persistir resueltamente en el camino sustitucionista.

Es necesario crear entre nosotros la conciencia del derecho que resulta del nacimiento histórico revolucionario del partido. El mismo está obligado a mantener su dictadura, indiferente a las oscilaciones temporales en el ánimo espontáneo de las masas, y de las vacilaciones temporales que ocurren en la clase trabajadora. Esta conciencia es para nosotros un elemento de unificación indispensable”.⁴

Esta actitud lo llevó a argumentar que los sindicatos deberían ser absorbidos en el aparato estatal (como después aconteció bajo Stalin, en los hechos aunque no en la forma). No había ninguna necesidad que justificara ni siquiera una relativa autonomía sindical. Ella servía más como instrumento de descontento que como instrumento de influencia para el partido.

Los argumentos expresados por Lenin contra esta posición, entre Diciembre de 1920 y Enero de 1921, fueron importantes para el desarrollo futuro del análisis de Trotsky sobre la URSS. Ellos se volvieron, tardíamente, en la base de su análisis.

El camarada Trotsky habla de un “Estado obrero”. Permítaseme decir que eso es una abstracción. Es natural que nosotros hubiéramos escrito en 1917 sobre un “Estado obrero”. Pero ahora es un error patente afirmar que “¿Si este es un Estado obrero sin burguesía alguna, entonces de quién y con qué objetivo debe ser defendida la clase trabajadora?”. La cuestión es que no se trata enteramente un Estado obrero. Es en este punto en que el camarada Trotsky comete uno de sus mayores errores...”.⁵

Y un mes después Lenin escribía:

Lo que yo debería haber dicho era: “El Estado obrero es una abstracción. Lo que nosotros tenemos de hecho es un Estado obrero con la particularidad, primero, de que no es la clase trabajadora sino la población campesina la que predomina en el país, y segundo, que es un Estado obrero con deformaciones burocráticas”.⁶

Un Estado obrero con deformaciones burocráticas en un país mayormente campesino. En la próxima etapa de la NEP, Trotsky sería quien adoptaría este punto de vista y ahondaría en su contenido. No es necesario aquí describir el destino de la Oposición de Izquierda (1923) y de la Oposición Unificada (1926-1927) en detalles,⁷ en las cuales Trotsky desempeñó un papel central. Es suficiente para nuestros propósitos presentar algunas de sus opiniones principales.

La Oposición de Izquierda y la Oposición Unificada habían hecho presión para la democratización del partido, la limitación del poder de su aparato y por un programa de industrialización planificada cuyo financiamiento surgiera de exprimir a los kulaks y los nepmen, para combatir el desempleo y provocar el renacimiento económico y político de la clase trabajadora, con el fin de recrear la base de la democracia soviética.

La posición material de la clase trabajadora dentro del país debe ser fortalecida absolutamente y relativamente (crecimiento del número de trabajadores empleados, reducción en el número de desempleados, mejoras en el nivel de vida de la clase trabajadora) –decla-

ra la plataforma de la Oposición. El atraso crónico de la industria y también del transporte, la electrificación y la construcción, en relación a las demandas y necesidades de la población, de la económica pública y del sistema social como un todo, encorsetaba el funcionamiento de toda la economía del país.⁸

La contradicción interna de esta posición era que, por un lado, la democratización del partido permitiría al descontento de campesinos y trabajadores, encontrar una expresión organizada. Por otro lado, aumentar la presión estatal sobre los nuevos ricos (especialmente sobre los campesinos más adinerados) reproduciría algunas de las tensiones extremas del comunismo de guerra que habían llevado al partido, primero a suprimir toda oposición legal extra partidaria y después a eliminar la oposición partidaria interna, estableciendo la dictadura del aparato.

En la práctica, nada de esto fue puesto en práctica. No solamente la economía estaba encorsetada. También lo estaba la oposición. Su programa desafiaba los intereses materiales de todas las clases que obtenían beneficios de la NEP: burócratas, nepmen y kulaks. La oposición no podía vencer sin que renaciera la actividad de la clase trabajadora, la cual constituía su única base de apoyo posible. Pero al mismo tiempo, eso era muy difícil por las condiciones económicas y sociales de la NEP, en tanto la revolución permaneciese aislada.

Stalin, jefe y portavoz del sector conservador del partido, y los funcionarios estatales que en los hechos gobernaban el país, resistieron vigorosamente las demandas de industrialización planificada y democratización (como también lo hicieron sus aliados de la derecha del partido, notablemente Bujarin y sus partidarios). Este era el contenido del “socialismo en un solo país” defendido por el grupo dominante a partir de 1925. Era la defensa del *status quo* contra cualquier tipo de “motín”, contra las expectativas revolucionarias y contra una política exterior activa. Lo que Stalin había resumido un año antes, en Abril de 1924, ahora era una visión común:

Para derrotar a la burguesía, los esfuerzos de un país son suficientes –la victoria de nuestra revolución es testimonio de esto. Para la victoria final del socialismo, para la organización de la producción socialista, los esfuerzos de un país, especialmente de un país campesino como el nuestro, son insuficientes –para esto precisamos del esfuerzo de los trabajadores de los países avanzados”.⁹

Estaba parafraseando a Lenin, no haciendo más que exponer la realidad socioeconómica actual. Pero esta visión ortodoxa, una vez convertida en propiedad común de los marxistas rusos de todas las tendencias, tuvo la desventaja de enfatizar el carácter provisional del régimen y su dependencia, para un desarrollo socialista, de las revoluciones en los países avanzados. Pero esto era ahora profundamente inaceptable para los sectores dominantes y por ello el “socialismo en un solo país” fue su declaración de independencia en relación al movimiento obrero.

Después de la derrota final de la Oposición y su exilio de Rusia, Trotsky resumió la experiencia en un artículo escrito en Febrero de 1929:

Después de la conquista del poder, una burocracia independiente se diferenció del ambiente de la clase trabajadora y esta diferenciación [que] en principio era apenas funcional, se volvió después social. Naturalmente, los procesos dentro de la burocracia se desarrollaron en conexión con los profundos procesos que ocurrían en el país. Sobre la base de la Nueva Política Económica un amplio estrato de la pequeña burguesía reapareció o fue de nuevo creado en las ciudades. Las profesiones liberales revivieron. En la zona rural, el campesino adinerado, el kulak, levantó cabeza. Amplias secciones de la burocracia, justamente por haberse elevado sobre las masas, se aproximaron a estratos burgueses y establecieron lazos de familia. De manera creciente, cualquier iniciativa o crítica por parte de las masas eran vistas como interferencias [...] La mayoría de esta burocracia que se elevó sobre las masas era profundamente conservadora [...] Esa capa conservadora, que constituyó el apoyo más poderoso de Stalin en su lucha contra la Oposición, estaba más inclinada a seguir un rumbo de derecha, en dirección a los nuevos sectores propietarios, que el propio Stalin y el núcleo central de su fracción.¹⁰

La conclusión política que dejaba este análisis era el creciente peligro de un Termidor soviético. El día 9 de Termidor (27 de Julio de 1794) la dictadura jacobina fue derrotada por la Convención y sustituida por un régimen de derecha, el Directorio (desde 1795), el cual gobernó sobre la base de la reacción política y social que preparó el camino para la dictadura de Bonaparte (desde 1799). El Termidor significó el fin de la Revolución francesa. Ahora parecía estar dándose un Termidor ruso.

Elementos de un proceso termidoriano, aunque con certeza uno totalmente distinto, pueden ser encontrados en la tierra de los soviets. Ellos se han vuelto sumamente claros en los años recientes. Quienes están en el poder hoy desempeñaron un papel secundario en los eventos decisivos del primer período de la revolución, o se oponían directamente a la revolución y solo se sumaron a ella después de la victoria. Sirven ahora en su mayor parte como camuflaje para esas capas y grupos que, aunque hostiles al socialismo, son muy frágiles para llevar a cabo un viraje contrarrevolucionario y, por esto, buscan una transferencia termidoriana pacífica que conduzca de nuevo hacia la sociedad burguesa. Procuran “descender de la montaña frenando”, como lo formuló uno de sus ideólogos.¹¹

Esto, todavía, no había ocurrido, y tampoco era inevitable. El Estado obrero aún estaba allí, aunque corroído. El resultado de esto, según Trotsky

será decidido por el curso de la propia lucha entre las fuerzas vivas de la sociedad. Habrán adelantos y retrocesos, cuya duración dependerá en gran parte de la situación en Europa y en el resto del mundo.¹²

En síntesis, habían tres fuerzas básicas actuando en la URSS: las fuerzas de derecha –los elementos neo capitalistas, nepmen, kulaks, etc., para los cuales una gran sección del aparato de poder servía “en su mayor parte como camuflaje”; la clase trabajadora, representada políticamente por la que ahora era una prohibida Oposición; y la “burocracia centrista”, la fracción de Stalin en control del aparato, que en sí no era termidoriana, pero que se apoyaba en los termidorianos y zigzagueaba de izquierda a derecha en el intento de mantener el poder.

La burocracia había hecho un movimiento a la derecha entre 1923 y 1928, y después a la izquierda. Trotsky escribía en 1931 al respecto:

si dejamos de lado las inevitables oscilaciones y recaídas, representa una tentativa de la burocracia para adaptarse al proletariado, pero sin abandonar los principios básicos de su política o, lo que es muy importante, de su omnipotencia. Los zigzagueos del estalinismo muestran que la burocracia no es una clase, ni un factor histórico independiente, sino un instrumento, un órgano ejecutivo de las clases. El zigzagueo a la izquierda es la prueba de que no importa cuán largo haya sido el rumbo anterior hacia la derecha, todavía se desarrolla con base en la dictadura del proletariado”.¹³

Por lo tanto, la clase trabajadora, en algún sentido, todavía tenía el poder, o al menos tenía la posibilidad de recuperar el poder sin una revuelta general.

El reconocimiento del Estado soviético actual como un Estado obrero no solo significa que la burguesía solo puede conquistar el poder por medio de la insurrección armada, sino también que el proletariado de la URSS no perdió la posibilidad de subordinar a la burocracia, reavivar al partido nuevamente y regenerar el régimen de dictadura –sin una nueva revolución, con los métodos y por el camino de la reforma.¹⁴

En el momento en que esto fue escrito, de hecho ya no poseía el menor fundamento. El análisis de las fuerzas que actuaban en la URSS estaba anticuado. En los años 1920s hubiera sido un intento realista (aunque provisorio) de un análisis marxista del curso que había adoptado el desarrollo de la URSS. Las nuevas clases capitalistas y su influencia en el ala derecha y dominante del partido, eran suficientemente reales en 1924-1927. El papel vacilante de Stalin era, en aquella época, tal como fue descrito. Pero entre 1928 y 1929 hubo un cambio fundamental.

Para 1928 la NEP estaba entrando en su crisis final. Nepmen y kulaks tenían un interés vital en mantenerla, ampliando todavía más las concesiones para los pequeños capitalistas, en las ciudades y el campo. Los miembros principales de la burocracia, y su vasta clientela en los niveles más bajos de la jerarquía burocrática, no tenían ese mismo interés vital. Ellos solo tenían el interés vital de resistir la democratización del partido y del Estado. Se habían aliado con las fuerzas de la pequeña burguesía (y con la derecha del partido liderada por Bujarin) contra la Oposición, es decir, contra el peligro que significaba el renacimiento de la clase trabajadora.

Pero cuando la Oposición fue desarticulada, la burocracia debió enfrentar la ofensiva de los kulaks, la “huelga de granos” de 1927-1928, que les demostró que sus bases esenciales eran la propiedad y la maquinaria estatal, ninguna de las cuales tenían conexión orgánica alguna con la NEP. La burocracia defendió sus intereses vigorosamente en contra de sus aliados anteriores.

Los kulaks controlaban prácticamente todo el grano comerciable, el excedente sobre el consumo de los campesinos (una estimación generalmente aceptada era que una quinta parte de los campesinos producían cuatro quintas partes de los granos vendidos en el mercado). Su intento de forzar un aumento de precios, privando al

mercado del stock de granos, forzó a la burocracia a recurrir a la requisación. Una vez iniciado este camino, que minaba las bases de la NEP, estuvieron obligados a adoptar el programa de industrialización que proponía la Oposición, haciéndolo de manera extravagantemente exagerada. Empezaron la colectivización forzada de la agricultura, esto es: la “liquidación de los kulaks en cuanto clase”. Fue lanzado el primer “plan quinquenal”.

Trotsky interpretó esto como un movimiento (temporal) hacia la izquierda por parte de la burocracia estalinista, como un intento de “adaptarse al proletariado”. El se encontraba profundamente equivocado. Estos fueron justamente los años en que la clase trabajadora en la URSS estuvo más atomizada y sometida a un despotismo totalitario. Los salarios reales cayeron en forma brusca. Aunque los salarios nominales subieron considerablemente, los precios subieron de manera mucho más rápida. En general, las estadísticas de importancia dejaron de publicarse después de 1929 (esto es en sí un hecho significativo), pero un cálculo publicado en la URSS mucho tiempo después (1966), mostraba el índice de salarios reales de 1932 en 88,6 (1928 = 100). “El índice efectivo de los salarios reales, seguramente, estaría [...] muy por debajo del 88,6”, comenta Alex Nove, la fuente de esta información.¹⁵

El plan quinquenal dio comienzo a un período en donde la economía fue dirigida según un plan global, de crecimiento industrial acelerado, de colectivización forzada de la agricultura, de destrucción de los derechos políticos y sindicales (restantes) de la clase trabajadora, de rápido crecimiento de la desigualdad social, de extrema tensión social y trabajo forzado en masa. También presagió la dictadura personal de Stalin y su régimen de terror policial y, poco más tarde, el asesinato por fusilamiento o la muerte lenta en los campos de trabajos forzados, de la gran mayoría de los cuadros originales del partido bolchevique y, en verdad, de la mayoría de la propia fracción de Stalin de los años 1920s, junto a un número incierto mucho más grande de otros habitantes de la URSS y de numerosos comunistas extranjeros. En síntesis, inició la gran marea del estalinismo.

El hecho de que Trotsky haya visto todo esto como un viraje hacia la izquierda (aunque no tenía en frente los hechos hasta unos años más tarde), indica que había recaído en el sustitucionismo, por lo menos en lo que respecta a la URSS. Fue una equivocación que nunca podría corregir completamente. El argumento de que la burocracia no era un factor histórico independiente sino un instrumento, un órgano ejecutivo de otras clases, había sido decisivamente refutado en cuanto esa misma burocracia al mismo tiempo aplastó a los kulaks y atomizó a los trabajadores.

A inicios de los años 1920s todavía era posible discutir sobre estos hechos. Además, el recién nacido régimen totalitario bloqueó todas las noticias independientes y las sustituyó por su propia maquinaria monolítica de propaganda. Trotsky fue de los que menos se dejó engañar por esto. Fueron sus conceptos y estructura teórica lo que lo llevó a defender una perspectiva de “reforma” para la URSS de aquel momento. La famosa y profundamente engañosa analogía, de la URSS como un sindicato burocratizado, surgió en esos días.

Estado obrero, termidor y bonapartismo

En Octubre de 1933, Trotsky cambió de posición abruptamente, pasando a argumentar que el régimen no podía ser reformado. Tenía que ser derrocado. El camino de la “reforma” ya no era más posible. Solo la revolución podría destruir a la burocracia:

Después de las experiencias de los últimos años sería infantil suponer que la burocracia estalinista puede ser removida por medio de un congreso del partido o de los soviets. De hecho, el último congreso del Partido Bolchevique ocurrió a inicios de 1923, fue el XII Congreso del Partido. Todos los congresos posteriores fueron simples paradas burocráticas. Hoy en día, incluso tales congresos fueron dejados de realizar. No queda ningún medio “constitucional” para remover al grupo gobernante. La burocracia solo puede ser obligada a pasar el poder a manos de la vanguardia proletaria por la fuerza.¹⁶

El “sindicato burocratizado” tenía que ser destruido, no reformado. Es verdad que este artículo también contenía la siguiente afirmación: “Hoy la ruptura del equilibrio burocrático en la URSS jugaría, casi seguramente, en favor de las fuerzas contrarrevolucionarias”, pero esa posición errada luego cedió lugar a una posición revolucionaria. Con su característica honestidad, Trotsky continuó criticando y revisando su propia perspectiva “reformista” anterior, escribiendo en 1935 que:

La cuestión del “Termidor” está íntimamente ligada a la historia de la Oposición de Izquierda en la URSS [...] De cualquier manera las posiciones respecto de este tema en 1926 eran aproximadamente las siguientes: el grupo “Centralismo Democrático” (V.M. Smirnov, Sapronov y otros que fueron perseguidos por Stalin hasta su muerte en el exilio) declaraban que “el Termidor es un hecho consumado”. Los partidarios de la plataforma de la Oposición de Izquierda [...] negaban categóricamente esta afirmación [...] ¿Quién se demostró que estaba en lo correcto? V.M. Smirnov –uno de los mejores representantes de la vieja escuela bolchevique– sustentaba que el atraso en la industrialización, el aumento del poderío de kulaks y nepmen (la nueva burguesía), la ligazón entre la burocracia y estos últimos y, finalmente, la degradación del partido, había ido tan lejos que se había vuelto imposible un retorno al camino socialista sin una nueva revolución. La clase trabajadora ya había perdido el poder [...] Las conquistas fundamentales de la Revolución de Octubre habían sido liquidadas”.¹⁷

La conclusión de Trotsky era que el

Termidor de la Revolución rusa no está en el futuro, sino bastante atrás. Los termidorianos pueden celebrar, aproximadamente, el décimo aniversario de su victoria [según esto, habría ocurrido hacia 1925].¹⁸

¿Siendo así, el grupo “Centralismo Democrático” estaba en lo correcto en 1926? Sí y no, afirma Trotsky ahora. Estaban en lo correcto respecto del Termidor, y errados en lo relativo a su significado. “El régimen político actual en la URSS es un “régimen bonapartista soviético” (o antisoviético), de un tipo más próximo al Imperio que al Consultado”. Pero, continúa, “en sus funciones sociales y tendencias económicas, la URSS sigue siendo un Estado obrero”.

En términos de analogías formales, todo esto era bastante plausible. Como el propio Trotsky apuntó, ambos, termidorianos y Bonaparte, representaban una reacción en la base de la revolución burguesa, y no un retorno al antiguo régimen. Pero persiste la cuestión que Trotsky, no menos que Smirnov, había considerado previamente al Termidor soviético con una óptica fundamentalmente diferente. “La clase trabajadora ya había perdido el poder” era la esencia de la tesis de Smirnov, la cual Trotsky rechazaba con vehemencia en su momento. Para este, el partido, aún burocratizado, representaba todavía a la clase obrera. Esta, al contrario de la burguesía, solo puede mantener el poder a través de sus organizaciones.

Camaradas –había dicho en 1924– ninguno de nosotros desea estar o puede estar en lo correcto en contra del partido. En última instancia, el partido siempre está en lo correcto, porque es el único instrumento histórico que posee la clase trabajadora para la solución de sus tareas fundamentales [...] Solo se puede estar en lo correcto con el partido y por el partido, porque la historia no produjo ningún otro camino para la realización de lo correcto [...] Los ingleses tienen un dicho que expresa: “¡Mi país, en el acierto o en el error!”. Con mucha mayor justificación podemos decir: ¡Mi partido, en el acierto o en el error! –siendo el error en ciertas cuestiones o en ciertos momentos específicos.¹⁹

Pero el partido ruso se había vuelto instrumento, primero del Termidor y a ahora del bonapartismo, siendo esta la posición de Trotsky a fines de 1933. Ya que el partido había dejado de ser un instrumento de la clase trabajadora (si el régimen debía ser derribado “usando la fuerza”, y puesto que admitidamente los trabajadores rusos no tenían ningún otro instrumento: ¿Cómo podría seguirse hablando de un Estado obrero?

No podía. Esta era la única conclusión posible, si es que las definiciones seguían teniendo el significado que todos ellos aceptaban hasta entonces. Una nueva revolución, una “insurrección revolucionaria victoriosa”, era necesaria para que la clase trabajadora recuperase el poder en la URSS. La clase trabajadora había perdido el poder y no había ningún camino pacífico, constitucional, para que pudiese recuperarlo nuevamente. Entonces el Estado obrero ya no existía. Una contrarrevolución había ocurrido.

Trotsky rechazó estas conclusiones firmemente. Estuvo forzado entonces a realizar un cambio fundamental en su definición del Estado obrero:

La dominación social de una clase (su dictadura) puede encontrar formas políticas extremadamente diversas. Esto tiene demostración en toda la historia de la burguesía desde la Edad Media hasta el día de hoy. La experiencia de la Unión Soviética es adecuada para extender esta legalidad sociológica –cambiando lo que se deba cambiar– a la dictadura del proletariado [...] De esto, que el dominio de Stalin en nada se parezca al dominio soviético durante los años iniciales de la revolución [...] Pero esta usurpación solo fue hecha posible porque el contenido social de la dictadura burocrática está determinado por las relaciones productivas creadas por la revolución proletaria. En este sentido nosotros podemos decir con toda justificación que la dictadura del proletariado encontró su expresión, distorsionada indudablemente, en la dictadura de la burocracia.²⁰

Trotsky mantuvo esta posición, en esencia, durante los últimos cinco años de su vida. En su libro *La revolución traicionada* (1937) la elabora con riqueza de detalles e ilustraciones vívidas. La naturaleza fundamental de la ruptura con sus propios análisis anteriores no puede ser más exagerada. Una cosa era discutir (como Lenin lo había hecho) que el Estado obrero se hallaba burocráticamente deformado, distorsionado, degenerado o como se quiera. Pero ahora lo que se afirmaba era que la dictadura del proletariado no poseía ninguna conexión necesaria con el poder efectivo de los trabajadores. Ahora la dictadura del proletariado pasaba a significar, antes que nada, propiedad estatal y planificación económica (aunque casi no había existido planificación bajo la NEP). La dictadura del proletariado podría seguir existiendo al mismo tiempo con una clase obrera atomizada y sujeta al despotismo más totalitario.

En favor de Trotsky debe ser dicho que estaba lidiando con un fenómeno absolutamente nuevo. El, como todos los opositores de los años 1920s, había visto el peligro de un colapso del régimen debido a la presión de las crecientes fuerzas de la pequeña burguesía. Esto es lo que Termidor había significado para todos ellos. El resultado efectivo fue bastante inesperado. La propiedad estatal no solamente había sobrevivido sino que tuvo una expansión acelerada. En realidad, la burocracia desempeñó un papel independiente, hecho este que Trotsky nunca admitiría en forma completa. El régimen resultante era único en aquella época.

No había ocurrido ninguna restauración burguesa. Incluso más, en un período de profunda depresión económica en los países avanzados, un rápido crecimiento económico tuvo lugar en la URSS, un punto que Trotsky enfatizó repetidas veces en defensa de su argumento de que el régimen no era capitalista.

Pronósticos

En su *Programa de Transición* de 1938, Trotsky escribió:

La Unión Soviética surgió de la Revolución de Octubre como un Estado obrero. La propiedad estatal de los medios de producción, condición necesaria del desarrollo socialista, abrió posibilidades para un rápido crecimiento de las fuerzas productivas. Pero al mismo tiempo, el aparato estatal soviético sufrió una degeneración completa, transformándose de un instrumento de la clase trabajadora en un instrumento de violencia burocrática contra la clase trabajadora, y cada vez más, en un instrumento para el sabotaje de la economía nacional. La burocratización de un Estado obrero atrasado y aislado, y la transformación de la burocracia en casta todopoderosa y privilegiada, es la refutación más convincente –no solamente teórica, sino también práctica– de la teoría del socialismo en un solo país.

De esta forma, el régimen de la URSS encarna contradicciones terribles. Pero permanece todavía como un Estado obrero degenerado. Tal es el diagnóstico social. El pronóstico político tiene un carácter alternativo: o la burocracia se vuelve cada vez más el instrumento de la burguesía internacional en el Estado obrero, destruyendo las nuevas formas de propiedad e impulsa al país de vuelta al capitalismo; o la clase trabajadora destruye a la burocracia, abriendo una salida en dirección al socialismo.²¹

¿Por qué debería ser así? Trotsky estaba convencido de que la burocracia era

altamente inestable y políticamente heterogénea. Todos los tipos de tendencias “del auténtico bolchevismo al fascismo completo” existían en su interior, según afirmó en 1938. Estas tendencias estaban relacionadas con fuerzas sociales, incluyendo

tendencias capitalistas concientes [...] principalmente el próspero sector de las haciendas colectivas [el cual] encuentra una base amplia en las tendencias pequeño-burguesas de acumulación privada, que nacen de la miseria general y que concientemente la burocracia respalda.²²

En el interior de la burocracia

los elementos fascistas contrarrevolucionarios, cuyo número aumenta sin cesar, expresan cada vez con mayor fuerza los intereses del imperialismo mundial. Estos candidatos a “compradores” piensan, no sin razón, que la nueva capa dirigente solo puede asegurar sus posiciones privilegiadas renunciando a la nacionalización, la colectivización y el monopolio del comercio extranjero, en nombre de la asimilación de la “civilización occidental”, esto es, del capitalismo [...] Sobre la base de este sistema de antagonismos crecientes, que destrazan cada vez más el equilibrio social, se mantiene por métodos de terror, una oligarquía terrorista que ahora se reduce sobre todo a la camarilla bonapartista de Stalin [...] El exterminio de la generación de los viejos bolcheviques y de los representantes revolucionarios de la generación intermedia y de la joven generación destruyó aún más el equilibrio político en favor del ala derecha, burguesa, de la burocracia y de sus aliados en el país. Y de esto, que de la derecha, podamos esperar en el próximo período, tentativas más resueltas de revisar el régimen social de la URSS, aproximándolo a la “civilización occidental” en su forma fascista.²³

Es interesante que Trotsky haya intentado llamar la atención sobre las semejanzas entre fascismo y estalinismo, cuando todavía los Frentes Populares estaban en su auge. “Estalinismo y fascismo, a pesar de una diferencia profunda de base social, son fenómenos simétricos. En muchas de sus características ellos muestran una semejanza mortal”, escribió en *La revolución traicionada*.²⁴ Lo que tenían en común –la destrucción de toda organización independiente de los trabajadores y la atomización de la clase obrera– es muy llamativa.²⁵ Pero más importante es la cuestión de las “tendencias restauradoras” de la burocracia. No hay ningún argumento significativo en los escritos de Trotsky de este período, además del referido al derecho de herencia.

Los privilegios solo valen la mitad si no pueden ser transmitidos a los propios hijos. Pero el derecho de herencia es inseparable del derecho de propiedad. No alcanza con ser director de una empresa, es necesario ser también accionista.²⁶

Esto demostraría según Trotsky la presión de la burocracia para abandonar el control de la URSS, en favor de volverse socia menor (compradora) de las potencias imperialistas. En la visión de Trotsky, la Unión Soviética, era ahora “una sociedad contradictoria, a medio camino entre el capitalismo y el socialismo [...] En última instancia, la cuestión [de avanzar hacia el socialismo o retroceder hacia el capitalismo] será decidida por la lucha de las fuerzas sociales en la arena nacional como en la arena mundial”.

Esta lucha ya se había desarrollado lo suficiente para tensionar el análisis de Trotsky hasta sus límites, unos años antes de su muerte.

Capítulo 3

Estrategia y táctica

El ideal de un movimiento obrero internacional es tan o más antiguo que el *Manifiesto Comunista* y su consigna “¡Proletarios de todo el mundo, uníos!”. En 1864 (Primera Internacional) y nuevamente en 1889 (Segunda Internacional) se realizaron intentos para brindar una expresión orgánica a este ideal. La Segunda Internacional colapsó en 1914 cuando sus grandes partidos rompieron con el internacionalismo y respaldaron a “sus” respectivos gobiernos burgueses, de los Kaisers en Alemania y en Austria, del Rey en Inglaterra y de la Tercera República en Francia, con motivo de la Primera Guerra Mundial.

No es que ellos hayan sido tomados por sorpresa. Antes de la guerra los Congresos ya habían puesto su atención repetidas veces en la amenaza que significaba el imperialismo y el militarismo, en la amenaza creciente de una guerra, y en la necesidad de que los partidos obreros se posicionaran firmemente contra sus propios gobiernos, con el fin de “utilizar la crisis generada debido al estallido de la guerra, para acelerar la caída del dominio de la clase capitalista”, según como el Congreso de Stuttgart de la Internacional había dicho en 1907.

Las subsiguientes capitulaciones de 1914 fueron una derrota terrible para el movimiento socialista, y llevaron a Lenin a declarar: “La Segunda Internacional está muerta [...] Viva la Tercera Internacional”. Cinco años después, en 1919, fue fundada la Tercera Internacional. Trotsky cumplió un papel central en la misma durante los primeros años.

Más tarde, con el ascenso del estalinismo en la URSS, la Internacional fue prostituida al servicio del Estado estalinista ruso. Trotsky luchó más que nadie en contra de esta degradación. Muchos de sus escritos más valiosos sobre estrategia y táctica de los partidos revolucionarios fueron escritos para la Tercera Internacional, el *Comintern*, en ambos períodos, el de ascenso y el de decadencia.

Dejando de lado el fracaso, las mentiras y la corrupción de los partidos socialistas oficiales sobrevivientes, nosotros los comunistas, unidos en la Tercera Internacional, consideramos ser los continuadores directos de los esfuerzos heroicos hasta el martirio de una larga línea de generaciones revolucionarias, desde Babeuf a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

Si la Primera Internacional presagió el curso futuro del desarrollo e indicó los caminos; si la Segunda Internacional congregó y organizó a millones de trabajadores; la Tercera Internacional es la Internacional de la acción abierta de masas, la Internacional de la realización revolucionaria, la Internacional de los hechos.¹

Trotsky tenía cuarenta años de edad y estaba en la plenitud de sus fuerzas cuando escribió el *Manifiesto de la Internacional Comunista*, del cual provienen las líneas recién citadas. Como Comisario del Pueblo para la Guerra de la República soviética, solo estaba luego de Lenin como portavoz reconocido del comunismo internacional.

Sus puntos de vista no eran, en aquel tiempo, particularmente individuales. Eran los puntos de vista de toda la dirección bolchevique; una perspectiva que no excluía agudas diferencias de opinión en unos u otros asuntos, pero que era esencialmente homogénea. Pero Trotsky se volvería al pasar el tiempo, uno de los defensores más notables de las ideas del período heroico de la Internacional Comunista. Eventos no previstos por ningún integrante del liderazgo revolucionario de 1919 –ni tampoco por sus oponentes– redujeron luego a un pequeño número los activistas que serían portadores de esta auténtica tradición comunista. Trotsky sobresalió entre ellos como un gigante entre bajitos.

En varias ocasiones Trotsky se refería en sus escritos de finales de los años 1920s y de los años 1930s, a las decisiones de los primeros cuatro congresos del Comintern, como un modelo de política revolucionaria. ¿Cuáles fueron estas decisiones y en qué contexto fueron adoptadas?

Era el 4 de Marzo de 1919. Treinta y cinco delegados reunidos en el Kremlin votaron, con una abstención, por la constitución de la Tercera Internacional. No era una reunión muy representativa. Solamente los cinco delegados del Partido Comunista Ruso (Bujarin, Chicherin, Lenin, Zinoviev y Trotsky) representaban un partido que era una organización de masas y genuinamente revolucionaria. Stange, del Partido Laborista Noruego (NAP), venía de otro partido de masas, pero como los hechos terminarían demostrando, el NAP estaba lejos de ser un partido revolucionario. Eberlein, del recién formado Partido Comunista Alemán (KPD), representaba una verdadera organización revolucionaria, pero solo contaba con unos pocos miles de miembros. Los demás delegados representaban muy poco.

La mayoría era de la opinión de que una “Internacional” que careciera de un efectivo apoyo de masas en varios países era algo sin sentido. Zinoviev, por los rusos, argumentó que ese apoyo de masas en realidad existía. La debilidad de muchas de las delegaciones era circunstancial. “Nosotros tenemos una revolución obrera victoriosa en un gran país... En Alemania ustedes tienen un partido que marcha hacia el poder y en algunos meses establecerá un gobierno proletario. Entonces ¿qué tenemos que esperar? Nadie entendería esto”.²

Ninguno de los delegados dudaba que la revolución socialista era una perspectiva inmediata en Europa central, sobre todo en Alemania. En palabras de Eberlein: “A menos que todas las señales fueran engañosas, los obreros alemanes están enfrentando una lucha decisiva. Por más difícil que pueda ser, las perspectivas para el comunismo son favorables”.³

Lenin, el más templado y calculador de los revolucionarios, había dicho en su discurso de apertura que: “no sólo en Rusia, sino en la mayoría de los países capitalistas avanzados de Europa, en Alemania por ejemplo, la guerra civil es un hecho [...] la revolución mundial está comenzando y está creciendo en intensidad en todos los sitios”.⁴

Eso no era ninguna fantasía. Para Noviembre de 1918 el Imperio alemán, hasta ese tiempo el Estado más poderoso de Europa, estaba desmoronándose. Seis comisarios del pueblo, tres socialdemócratas y tres socialdemócratas independientes, sustitúan el gobierno del Kaiser. Los consejos de trabajadores y soldados estaban surgiendo en todo el país y ejercían el poder en forma efectiva. También es verdad que los líderes socialdemócratas, que detentaban el gobierno hacían todos los esfuerzos por reconstruir el viejo poder estatal capitalista, esta vez bajo un disfraz “republicano”. Esta era una razón más crear una internacional revolucionaria con un liderazgo fuerte y centralizado que guiara y apoyara la lucha por una Alemania soviética. Y la lucha por ella estaba aparentemente avanzando, a pesar de la sangrienta represión del levantamiento espartaquista de Enero de 1919. “De Enero a Mayo de 1919, una sangrienta guerra civil comenzó en Alemania”.⁵ Un mes después de la reunión de Moscú fue proclamada la República Soviética de Babaria.

La otra gran potencia de Europa central, el Imperio Austro-Húngaro, había dejado de existir. Los Estados sucesores vivían distintos grados de agitación revolucionaria. En la Austria de lengua alemana, la única fuerza armada efectiva era la *Volkswehr* (Ejército del Pueblo). La República Soviética de Hungría fue proclamada el 21 de Marzo de 1919. Todos los Estados, los nuevos y los reconstruidos –Checoslovaquia, Yugoslavia, e incluso Polonia– vivían una situación altamente inestable.

El papel de las direcciones socialistas era crucial. La mayoría apoyó las contrarrevoluciones, ahora en nombre de la “democracia”. La mayoría de ellas se reivindicaba y en realidad habían sido antes, marxistas e internacionalistas. En 1914 capitularon en favor de “sus” respectivas clases dominantes. Se convirtieron, en aquellos momentos críticos, en el soporte principal del capitalismo, usando frases socialistas y el prestigio conquistado durante años de oposición a los antiguos regímenes en el período anterior a 1914, para impedir el establecimiento del poder de los trabajadores. Su intento de reconstruir la Segunda Internacional en una reunión realizada en Berna (Suiza) fue vista como una razón adicional y urgente para proclamar la Tercera Internacional. Ya en 1914 Lenin había escrito: “La Segunda Internacional está muerta, sometida al oportunismo [...] Viva la Tercera Internacional”.⁶ Dieciocho meses después de la Revolución de Octubre, ella se volvería realidad.

¿Cuáles eran sus bases políticas? Se apoyaba en dos plataformas fundamentales: el internacionalismo revolucionario y el sistema de soviets como medio usado por los trabajadores para gobernar la sociedad.

La resolución principal del Congreso de 1919 declaraba:

La democracia asumió formas diferentes y fue aplicada en diferentes grados en las antiguas repúblicas griegas, las ciudades medievales y en los países capitalistas avanzados. Carecería de sentido pensar que la más profunda revolución de la historia –en la cual por primera vez en el mundo el poder es transferido de la minoría explotadora a la mayoría explotada– podría realizarse dentro de los moldes desgastados de la democracia burguesa parlamentaria, sin cambios drásticos, sin la creación de formas nuevas de democracia, de nuevas instituciones que encarnan las nuevas condiciones de aplicación de la democracia”.⁷

¿Soviets o parlamento? Después de la Revolución de Octubre el Partido Comunista Ruso disolvió en favor de los soviets la Asamblea Constituyente recién elegida, en la cual el partido campesino (socialrevolucionario) había conquistado la mayoría. Después de la Revolución de Noviembre de 1918, el Partido Socialdemócrata Alemán había disuelto los consejos de trabajadores y de soldados, en los cuales tenía mayoría, en favor de una Asamblea Nacional en la cual tenía minoría.

En ambos casos la cuestión de las formas constitucionales era, en realidad, una cuestión de poder de unas u otras clases. El efecto de la acción del Partido Comunista Ruso fue la creación de un Estado obrero. El resultado de la acción del Partido Socialdemócrata Alemán fue la creación de un Estado burgués –la República de Weimar.

Marx, luego de la Comuna de París, escribió que en la transición del capitalismo al socialismo, la forma del Estado solo “puede ser la dictadura revolucionaria del proletariado”.

Los socialdemócratas rechazaban, en la práctica, la esencia de la teoría marxista del Estado, según la cual todos los Estados son Estados de unas u otras clases, y ningún Estado es “neutro”. Ellos rechazaban su propia posición anterior, sobre la inevitabilidad de la revolución, en favor de vías parlamentarias “pacíficas” hacia el socialismo. Entretanto, la República de Weimar fue, al igual que la República soviética rusa, un producto de la subversión violenta del Estado anterior. Soldados amotinados y trabajadores armados, y no electores, derribaron al Imperio alemán. Y lo mismo era verdad para los Estados que sucedieron al Imperio Austro-Húngaro. Pero según ellos, la transformación más importante, la destrucción del capitalismo, sería alcanzada utilizando los mecanismos ordinarios de la democracia burguesa. En realidad esto significaba el abandono del socialismo en cuanto objetivo.

La Tercera Internacional, en su “plataforma” de 1919, reafirmó su posición marxista: “La victoria de la clase obrera radica en la destrucción de la organización del poder enemigo y en la organización del poder de los trabajadores. Consiste en la destrucción del aparato estatal burgués y la construcción de un aparato estatal obrero”.⁸ Conquistar el socialismo a través del parlamento era una estrategia impensable. Lenin, en 1917, citaba en señal de aprobación, la afirmación de Engels de que el sufragio universal era “un indicador de la maduración de la clase trabajadora. No puede y nunca será más que eso en un Estado moderno”.⁹ “Ninguna república burguesa, por más democrática que sea –escribía Lenin luego de la Conferencia de Moscú– jamás fue o podría ser algo más que un aparato para la represión de los trabajadores por el capital, un instrumento de la dictadura de la burguesía, de la dominación política del capital”.¹⁰

Una república de los trabajadores, basada en consejos obreros, sería verdaderamente democrática.

La esencia del poder soviético reside en el control permanente y exclusivo de todo el poder estatal, de todo el aparato estatal. Está en la organización de las masas de esas mismas clases que eran oprimidas por los capitalistas, esto es, los trabajadores y semitrabajadores (campesinos que no explotan trabajo).¹¹

Esto era una idealización, incluso para Rusia de 1919, pero las “desviaciones” existentes eran explicadas fruto del atraso del país, la guerra civil y la intervención extranjera.

Trotsky, en la época, y hasta sus últimos días, apoyaba todas estas ideas sin ninguna reserva. Coincidió con Lenin en las cuestiones relacionadas a la democracia burguesa y al reformismo en 1919, y nunca cambió de opinión al respecto.

La reunión de los delegados en Moscú fundaría una nueva Internacional sobre la base de un internacionalismo incondicional, una ruptura clara y final con los traidores de 1914, la defensa del poder obrero, los consejos de trabajadores, la República soviética y la perspectiva de revolución para un futuro próximo en Europa central y occidental. El problema ahora era crear partidos de masas que pudiesen transformar todo esto en realidad.

Centrismo y ultraizquierdismo

Partidos y grupos que hasta hace poco estaban afiliados a la Segunda Internacional están, con cada vez más frecuencia, solicitando su participación en la Tercera Internacional, aunque en realidad todavía no se han vuelto comunistas [...] La Internacional Comunista está, de cierta forma, volviéndose de moda [...] En ciertas circunstancias, la Internacional Comunista incluso puede correr el riesgo de disolverse debido a la afluencia de grupos vacilantes e indecisos que todavía no rompen con la ideología de la Segunda Internacional.¹²

Esto lo escribía Lenin en Julio de 1920. La suposición del Congreso de 1919 del Comintern, de que un verdadero movimiento revolucionario de masas existía en Europa, probó estar en lo correcto al siguiente año.

En Septiembre de 1919 el Congreso de Bolognia del Partido Socialista Italiano votó, por abrumadora mayoría y bajo recomendación de su ejecutivo, por la afiliación a la Tercera Internacional. El Partido Laborista Noruego (NAP) confirmó su afiliación y los partidos búlgaro, yugoslavo (ex serbio) y rumano también se afiliaron. Los primeros tres eran organizaciones importantes. El NAP, que al igual que el Partido Laborista Británico, tenía su base en los sindicatos, dominaba completamente la izquierda noruega, y el Partido Comunista Búlgaro tenía desde el principio el apoyo de prácticamente toda la clase trabajadora de Bulgaria. El Partido Comunista Yugoslavo consiguió 54 diputados en la primera (y única) elección libre realizada en el nuevo Estado.

En Francia, el Partido Socialista (SFIO), que había doblado su número de miembros –de 90.000 a 200.000 entre 1918 y 1920– había realizado un viraje a la izquierda y estaba efectuando coqueteos con Moscú. Lo mismo ocurría con los dirigentes del Partido Socialdemócrata Independiente Alemán (USPD), una organización que estaba ganando terreno rápidamente a expensas del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Los socialdemócratas de izquierda de Suecia, la izquierda checa y partidos menores en otros países (incluyendo al británico Partido Laborista Independiente) tenían esencialmente la misma línea. La presión venía de sus bases, forzándolos a aceptar de palabra la defensa de la Revolución de Octubre y negociar su admisión en la Tercera Internacional.

El deseo de ciertos grupos de “centro” de adherirse a la Tercera Internacional –escribía Lenin– brinda una confirmación indirecta de que esta conquista la simpatía de gran parte de los trabajadores concientes de todo el mundo, y se está volviendo cada día una fuerza más poderosa.¹³

Pero esos partidos no eran organizaciones comunistas revolucionarias. Sus tradiciones eran las socialdemócratas de antes de la guerra –revolucionarios de palabra y pasivos en la práctica. Eran conducidos por hombres que intentarían cualquier maniobra para mantener el control, e impedir la adopción de una estrategia y tácticas genuinamente revolucionarias.

Sin el grueso de la militancia de estos partidos, la nueva Internacional no podría lograr ejercer una influencia decisiva en Europa a corto plazo. Sin una ruptura con las direcciones centristas no podría lograr ejercer una influencia revolucionaria. La situación no era muy diferente con los partidos de masas que estaban dentro de la Internacional. El Partido Socialista Italiano, por ejemplo, tenía centristas y algunos reformistas declarados en su dirección.

La lucha contra el centrismo era complicada por otro factor. Existían fuertes tendencias ultraizquierdistas en muchas de las organizaciones comunistas. Y fuera de ellas existían además algunas organizaciones sindicales importantes que se habían aproximado a la Tercera Internacional, pero todavía rechazaban la necesidad de un partido comunista. Ganar e integrar estas grandes fuerzas era una operación difícil y compleja. Exigía una lucha en varios frentes diferentes.

Las decisiones del Segundo Congreso de la Tercera Internacional fueron de importancia fundamental. En cierto sentido, este fue el verdadero congreso fundacional. Ocurrió durante el auge de la guerra con Polonia, cuando el Ejército Rojo se acercaba a Varsovia. En Alemania un intento para instalar una dictadura militar, el Golpe de Kapp, había sido hacía poco derrotada por la acción de la clase trabajadora. En Italia las ocupaciones de fábricas estaban a punto de comenzar. El clima de optimismo revolucionario nunca había sido tan grande. Zinoviev, Presidente de la Internacional, declaraba: “Estoy profundamente convencido que el Segundo Congreso Mundial de la Internacional Comunista será el precursor de otro congreso mundial, el Congreso Mundial de la Repúblicas Soviéticas”.¹⁴ Todo lo que se necesitaba eran verdaderos partidos comunistas de masas para dirigir el movimiento hacia la victoria. Una de las principales intervenciones de Trotsky en el congreso, se centró en la naturaleza de tales partidos.

[La raíz del problema para Trotsky era que los sindicalistas revolucionarios americanos, franceses y españoles, si bien rechazaban la idea del partido, estaban más cerca de construir un partido comunista que los centristas, quienes si bien aceptaban la idea del partido obrero, era con el fin de ponerlo al servicio de la burguesía].¹⁵ No obstante, la posición de los sindicalistas revolucionarios era incompleta –era necesario agregarle algo: “una memoria [...] que concentre toda la experiencia acumulada por la clase trabajadora. Es así como nosotros concebimos a nuestro partido. Es así como concebimos a nuestra internacional”.¹⁶

Pero no podía ser una organización meramente propagandística. Hablando en el Ejecutivo del Comintern contra el ultraizquierdista holandés Gorter, que había acusado al Comintern de “correr detrás de la masas”, Trotsky declaraba:

¿Qué propone el camarada Gorter? ¿Qué quiere? ¡Propaganda! Esta es la esencia de todo su método. La revolución, según el camarada Gorter, no depende ni de las privaciones ni de las condiciones económicas, sino de la conciencia de las masas. Una conciencia de masas, que al mismo tiempo, es moldeada por la propaganda. La propaganda es tomada aquí de una manera puramente idealista, muy semejante al concepto de la escuela iluminista y racionalista del siglo XVIII [...] Lo que usted quiere hacer es, esencialmente, sustituir el desarrollo dinámico de la Internacional por métodos de reclutamiento individual de trabajadores a través de la propaganda. Usted quiere una especie de Internacional “pura” de los electos y selectos [...]¹⁷

El ultraizquierdismo pasivo, de tipo propagandístico, no era la única variedad presente en los primeros años del Comintern. En 1921 una tendencia *golpista* se desarrolló en la dirección del partido alemán. En Marzo de ese año, en ausencia de una situación revolucionaria de escala nacional (en algunos lugares de Alemania central había algo próximo a una situación revolucionaria), la dirección del partido intentó forzar el paso, buscando usar a los militantes del partido como sustitutos de un auténtico movimiento de masas. El resultado de lo que fue conocida como la “Acción de Marzo”, fue una terrible derrota –el número de miembros del partido descendió de aproximadamente 350.000 a cerca de 150.000. Una “teoría de la ofensiva” surgió para justificar las tácticas del KPD.

¿Cuál es la esencia de esta teoría? Según ella hemos entrado en la época de la descomposición de la sociedad capitalista, o en otras palabras, la época en que la burguesía debe ser derribada. ¿Cómo? Por la ofensiva de la clase trabajadora. En esta forma puramente abstracta ella es incuestionablemente correcta. Pero ciertos individuos intentan transformar este capital teórico en moneda equivalente pero de menor denominación, declarando que esta ofensiva consiste en sucesivas ofensivas menores [...] –observaba Trotsky en un discurso realizado en el verano boreal de 1921. Y proseguía diciendo:

Camaradas, se ha abusado de las analogías entre la lucha de la clase trabajadora y las operaciones militares. Pero en un cierto punto podemos hablar aquí de semejanzas [...] En términos militares, nosotros también tuvimos nuestros días de Marzo [...] y nuestros días de Septiembre [en referencia al fracaso del Partido Socialista Italiano en explotar la crisis revolucionaria de Septiembre de 1920]. ¿Que ocurre después de una derrota parcial? Se produce cierto desplazamiento del aparato militar, surge la necesidad de un intervalo para volver a retomar fuerzas, la necesidad de una reorientación y de una estimación más precisa de las fuerzas en pugna [...] A veces esto es posible a través de una retirada estratégica [...]

Pero para entender esto correctamente, hay que discernir en un movimiento hacia atrás, en una retirada, el componente que integra el plan estratégico único –y para esto es necesaria cierta experiencia. Pero si alguien piensa de manera puramente abstracta e intenta avanzar siempre [...] en el supuesto de que todo puede ser sustituido por una ampliación adicional de la voluntad revolucionaria: ¿qué obtiene por resultado? Tomemos como ejemplo los acontecimientos de Septiembre en Italia o los de Marzo en Alemania. Se nos ha

dicho que la situación en estos países solo puede ser remediada por una nueva ofensiva [...] De esta forma sufriríamos una derrota todavía mayor y mucho más peligrosa [...] No, camaradas, después de una derrota tal debemos retroceder.¹⁸

Los frentes de unidad

De hecho, para el verano boreal de 1921, la dirección del Comintern había decidido que era necesaria una retirada estratégica general. Trotsky escribió en el *Pravda* durante Junio:

En el año más crítico para la burguesía, el año de 1919, la clase trabajadora europea habría podido conquistar el poder estatal con sacrificios mínimos, si hubiera tenido una auténtica organización revolucionaria que estableciese objetivos claros y fuera capaz de concretarlos, esto es, un fuerte Partido Comunista. Pero no había ninguno [...] Durante los últimos tres años los trabajadores lucharon mucho y debieron soportar muchos sacrificios. Pero no conquistaron el poder. Como resultado, las masas trabajadoras se han vuelto más cautelosas de lo que eran en 1919-1920.¹⁹

El mismo pensamiento fue expresado en las *Tesis sobre la situación mundial* de autoría de Trotsky, adoptadas en el Tercer Congreso del Comintern en Julio de 1921:

Durante el año transcurrido entre el segundo y el tercer congreso de la Internacional Comunista, una serie de levantamientos y luchas de la clase trabajadora terminaron en derrotas parciales (el avance del Ejército Rojo sobre Varsovia en Agosto de 1920, la movilización de los trabajadores italianos de Septiembre de 1920, el levantamiento de los obreros alemanes en Marzo de 1921). El primer período del movimiento revolucionario de posguerra, que se distinguió por el carácter espontáneo de sus acciones, por la imprecisión de sus objetivos y de sus métodos, y por el pánico extremo que despertó entre las clases dominantes, parece, en lo esencial, haber terminado. La autoconfianza de la burguesía, en cuanto clase, y la estabilidad externa de sus órganos estatales, se fortalecieron innegablemente [...] Los líderes de la burguesía están incluso jactándose del poder de sus aparatos estatales y lanzarán una ofensiva contra los trabajadores en todos los países, tanto en el frente político como en el económico.²⁰

Enseguida del congreso, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista comenzó a presionar sobre los partidos para cambiar el énfasis de sus tareas hacia los frentes de unidad. La esencia de la táctica fue formulada por Trotsky de forma muy clara en 1922:

La tarea del Partido Comunista es liderar la revolución de los trabajadores [...] para hacerlo el Partido Comunista debe apoyarse en la mayoría absoluta de la clase obrera [...] El partido solo puede alcanzar esto siendo una organización absolutamente independiente con un programa claro y una estricta disciplina interna. Es por esto que el partido tiene que romper ideológicamente con los reformistas y los centristas [...] Después de asegurar una completa independencia y homogeneidad ideológica en sus filas, el Partido Comunista debe luchar por ganar a la mayoría de la clase trabajadora. Pero es obvio que la vida de la clase obrera no queda suspendida durante el período preparatorio de la revolución. Choques con los industriales, con la burguesía, con el poder estatal, por iniciativa de un lado o de otro, siguen su curso habitual.

En estos choques –tanto en los casos en que implican los intereses vitales de toda la

clase trabajadora, de su mayoría, o de tales o cuales secciones– las masas trabajadoras sienten la necesidad de la unidad de acción, de la unidad para resistir los ataques del capitalismo o de la unidad para tomar la ofensiva contra el capitalismo. Cualquier partido que se contraponga mecánicamente a esta necesidad de unidad de acción de la clase obrera, resultará condenado por los trabajadores.

Por consiguiente, la cuestión de los frentes de unidad no es de manera alguna, ni en su génesis ni en su contenido, una cuestión de relaciones recíprocas entre las fracciones parlamentarias de los comunistas y los socialistas, o entre los Comités Centrales de los dos partidos [...] El problema de los frentes de unidad –a pesar del hecho de que, en esta época, una división entre las varias organizaciones políticas que se basan en la clase trabajadora es inevitable– emerge de la necesidad urgente de asegurar a la clase trabajadora la posibilidad de un frente unido en su lucha contra el capitalismo.

Para los que no entienden esta tarea, el partido es solo una organización de propaganda y no una organización para la acción de masas [...] La unidad de frente presupone, consecuentemente, nuestra buena voluntad para, dentro de ciertos límites y en asuntos específicos, relacionar en la práctica nuestras acciones con las de las organizaciones reformistas, en la medida en que ellas aún hoy expresan la voluntad de importantes sectores de la clase obrera en lucha.

Pero, al final de todo ¿romperemos con los reformistas? Sí, porque nosotros discrepamos con ellos en cuestiones fundamentales del movimiento obrero. ¿Y aún así buscamos acuerdos con ellos? Sí, en todos los casos en que las masas que los siguen estén prontas a implicarse en luchas junto con las masas que nos siguen, y cuando los reformistas se ven obligados en mayor o menor grado a volverse un instrumento de esta lucha.

Una política dirigida a asegurar los frentes de unidad no implica, como es obvio, garantías automáticas de que realmente se consiga la unidad de acción en todos los niveles. Por el contrario, en muchos casos y tal vez hasta incluso en la mayoría, los acuerdos entre organizaciones solo serán cumplidos a medias o tal vez ni sean cumplidos. Pero es necesario que las masas en lucha siempre tengan la oportunidad de convencerse de que el fracaso de la unidad de acción no se debe a nuestras irreconciliables diferencias, sino a la falta de una verdadera voluntad de lucha por parte de los reformistas.²¹

El Cuarto Congreso del Comintern (1922), que se centró en gran medida en la cuestión de los frentes de unidad, fue el último en el cual tomó parte Lenin, y el último cuyas decisiones fueron consideradas esencialmente correctas por parte de Trotsky. Una década después, en una declaración de principios fundamentales, Trotsky resumió su actitud para con la experiencia del Comintern en su fase inicial.

La Oposición de Izquierda se basa en los primeros cuatro congresos del Comintern. Esto no significa que ella siga al pie de la letra sus decisiones, muchas de las cuales tuvieron un carácter puramente conjetural y fueron contradecidas por los eventos posteriores. Pero todos los principios esenciales (en relación al imperialismo, el Estado burgués, la democracia y el reformismo; los problemas de la insurrección; la dictadura del proletariado; sobre las relaciones con los campesinos y las naciones oprimidas; el trabajo en los sindicatos; el parlamentarismo; la política de los frentes de unidad) permanecen, aún hoy, como la expresión más elevada de la estrategia proletaria en la época de la crisis de general del capitalismo. La Oposición de Izquierda rechaza las decisiones revisionistas del quinto y sexto Congresos Mundiales [de 1924 y 1928].²²

El año 1923 presencié el surgimiento del triunvirato formado por Stalin, Zinoviev y Kamenev por un lado, y de la Oposición de Izquierda por otro. En Europa se produjeron dos derrotas devastadoras para el Comintern. En Junio el Partido Comunista Búlgaro, un partido de masas que disfrutaba del apoyo de prácticamente toda la clase trabajadora, adoptó una posición de “neutralidad”, o mejor de pasividad absoluta, frente al Golpe de Estado de la derecha contra el gobierno del Partido Campesino. Y después de que el régimen democrático burgués había sido destruido, una dictadura militar se había instalado y la masa de la población había sido intimidada, lanzó el 22 de Septiembre una insurrección sorpresiva, sin ninguna seria preparación política. El levantamiento insurreccional fue aplastado y como resultado se estableció en el país un feroz Terror Blanco. En Alemania estalló una crisis económica, social y política profunda, precipitada por la ocupación francesa del Ruhr y una inflación astronómica que, literalmente, quitó todo valor al dinero. “En el otoño de 1923 la situación alemana era más desesperada que en cualquier momento posterior a 1919, la miseria era mayor y el futuro más sombrío”.²³ Fue planificado un levantamiento para Octubre. Después el Partido Comunista Alemán formó un gobierno de coalición con los socialdemócratas en Sajonia, y el levantamiento fue cancelado a último momento. (En Hamburgo el comunicado de cancelación no llegó a tiempo, produciéndose una insurrección aislada que fue aplastada después de solo dos días).

Trotsky pensaba que una oportunidad histórica se había perdido. A partir de esta época la política del Comintern quedó cada vez más determinada, primero, por las exigencias de la fracción de Stalin en lucha dentro del partido ruso, y luego por las exigencias de la política externa del gobierno de Stalin. Después de una breve oscilación a la “izquierda” en 1924, el Comintern fue empujado hacia la derecha hasta 1928, luego hacia el ultraizquierdismo entre 1928 y 1934, y finalmente, bien hacia la derecha durante el período del “Frente Popular” (1935-1939). Cada una de estas fases fue analizada y criticada por Trotsky. Considero adecuado presentar su crítica usando tres ejemplos.

El Comité Sindical Anglo Soviético

Por fuera de la Revolución china de 1925-1927, la cual ya vimos, la política del Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB) hasta y durante la huelga general de 1926, fue la acusación más importante que Trotsky hizo al Comintern en su primera fase derechista.

La huelga general de Mayo de 1926 fue un punto decisivo de la historia británica –y fue una derrota absoluta para la clase trabajadora. Significó el final de un largo –aunque irregular– período de combatividad de la clase obrera británica. Inició un período extenso donde dominaron los sindicatos abiertamente conciliadores y derechistas. Y condujo al masivo fortalecimiento del reformismo del Partido Laborista a expensas del Partido Comunista.

En 1924 y 1925 la marea dentro del movimiento sindical estaba avanzando hacia la izquierda. El “Movimiento Minoritario”, inspirado por el Partido Comunista y

surgido en 1924 en torno a dos consignas: “Parar la retirada” y “Volver a los sindicatos”, estaba ganando una influencia considerable. Al mismo tiempo, el movimiento sindical oficial estaba empezando a recibir la influencia de un grupo de dirigentes de izquierda. Y, a partir de la primavera de 1925, la TUC (central sindical británica) comenzó a colaborar con la Federación Soviética de Sindicatos a través del “Comité Consultivo Sindical Conjunto Anglo Soviético”, un hecho que dio a los Consejeros Generales británicos una cierta imagen “revolucionaria” y una cobertura contra las críticas de izquierda.

La esencia de la crítica de Trotsky era que el Partido Comunista de Gran Bretaña, por insistencia de Moscú, estaba creando ilusiones en los mencionados burócratas de izquierda (la consigna central del PCGB era “¡Todo el poder al Consejo General!”), quienes ciertamente llevarían al movimiento a una fase crítica –como de hecho hicieron. [...] Trotsky escribió luego:

Zinoviev dio a entender que contaba con que la revolución hiciese su entrada, no a través de la puerta pequeña del Partido Comunista británico, sino por los grandes portones de los sindicatos. La lucha del Partido Comunista para ganar a las grandes masas organizadas en los sindicatos, fue sustituida por la esperanza de utilizar de la forma más rápida posible los aparatos sindicales ya existentes para los propósitos de la revolución. De esta falsa oposición nació la reciente política del Comité Anglo Ruso que golpeó a la Unión Soviética, así como también a la clase trabajadora británica; un golpe solo sobrepasado por la derrota en China [...] Como resultado del mayor movimiento revolucionario ocurrido en Gran Bretaña desde los días del cartismo, el Partido Comunista británico no creció casi nada, en tanto que el Consejo General siguió tan firme como antes de la huelga general. Estos son los resultados de una “maniobra estratégica” sin igual”.²⁴

Trotsky no afirmaba que una política comunista independiente necesariamente hubiera llevado la huelga hacia la victoria.

Ningún revolucionario que mida sus palabras afirmarí que una victoria estaría asegurada a través de esta política. Pero una victoria solo era posible a través de este camino. Una derrota en este marco sería una derrota en un camino que podría conducir a la victoria más tarde.²⁵

No obstante, este camino

parecía muy extenso e incierto para los burócratas de la Internacional Comunista. Ellos consideraban que por medio de la influencia personal sobre Purcell, Hicks, Cook y los demás [...] irían arrastrándolos en forma progresiva e imperceptible [...] hacia la Internacional Comunista. Para garantizar tal objetivo [...] los queridos amigos (Purcell, Hicks y Cook) no deberían ser rechazados o molestados [...] recurriéndose a una medida extrema [...] subordinar en realidad el Partido Comunista al Movimiento Minoritario [...] Las masas solo conocerían a Purcell, Hicks y Cook como los líderes del movimiento, los cuales tenían el respaldo de Moscú. Estos amigos de “izquierda”, juzgándolos seriamente, traicionarían vergonzosamente al proletariado. Los trabajadores revolucionarios fueron sumi-

dos en la confusión, hundidos en la apatía y naturalmente extendieron su decepción al propio Partido Comunista, el cual había sido apenas una parte pasiva de todo este mecanismo de traición y perfidia. El Movimiento Minoritario fue reducido a cero; el Partido Comunista volvió a ser una secta despreciable.²⁶

La confianza en los “burócratas de izquierda” continúa siendo una de las características que distinguen a los reformistas de los revolucionarios. La crítica de Trotsky es altamente pertinente todavía hoy.

Alemania en el Tercer Período

El Sexto Congreso Mundial del Comintern (1928) inició un proceso de reacción violenta contra la línea de derecha del período 1924-1928. Una línea ultraizquierdista de carácter particularmente burocrático se impuso a los Partidos Comunistas de todo el mundo, sin tomar en consideración las circunstancias locales. Como reflejo del lanzamiento del primer Plan Quinquenal y de la colectivización forzada en la URSS, esta nueva línea proclamó un “Tercer Período”, un período de “crecientes luchas revolucionarias”. En la práctica esto significaba en un tiempo en que el fascismo ya era un peligro efectivo y creciente —especialmente en Alemania— que los socialdemócratas eran considerados el enemigo principal.

En esta situación de contradicciones imperialistas crecientes y luchas de clase agudas —en 1929 declaraba el Décimo Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista— el fascismo se vuelve cada vez más el método dominante de dominio burgués. En países donde hay partidos socialdemócratas fuertes, el fascismo asume la forma particular de fascismo social, el cual sirve de manera creciente a la burguesía como instrumento para paralizar la actividad de las masas en lucha contra el régimen de dictadura fascista.²⁷

De esto que la política de frentes de unidad, tal como era entendida hasta entonces, tenía que ser abandonada. No había posibilidad alguna de forzar a los partidos socialdemócratas de masas y a los sindicatos controlados por ellos a participar de frentes de unidad contra los fascistas. Ellos eran social-fascistas. De hecho, el Décimo Primer Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (1931) agregó, que la socialdemocracia “es el factor más activo y el que marca el paso en la evolución del Estado capitalista hacia el fascismo.”²⁸

Esta visión grotescamente falsa de la naturaleza del fascismo y de la socialdemocracia, condujo a la suposición de que “partidos socialdemócratas fuertes” y “régimenes fascistas dictatoriales” podrían coexistir, y de hecho habrían coexistido en Alemania bien antes de que Hitler llegara al poder. “En Alemania el gobierno de Von Papen-Schleicher, con ayuda del Reichswehr [ejército], la Stahlhelm [organización de derecha, nacionalista y militarista] y los nazis, establecieron una forma de dictadura fascista [...]”,²⁹ proclamaba el Décimo Segundo Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (1932).

Trotsky escribió con urgencia y desespero contra esta estupidez, desde 1929 hasta la catástrofe de 1933. El brillo y la fuerza lógica de sus trabajos sobre la crisis

alemana, pocas veces fueron igualadas y nunca superadas por ningún otro marxista.

El tema central de todos estos escritos era la necesidad de “Un frente único de los trabajadores contra el fascismo”, por citar el título de uno de sus escritos más famosos. Pero Trotsky hizo más. Se esforzó por seguir los tortuosos argumentos que los seguidores alemanes de Stalin usaban en defensa de lo indefendible. Sus escritos del período abordan y refutan una gama extraordinaria de argumentos pseudo-marxistas y, al mismo tiempo, exponen con claridad excepcional la “expresión más elevada de la estrategia proletaria”. Solo podemos referirnos a una pequeña parte de los mismos.

La prensa oficial del Comintern ha descrito los resultados de las elecciones alemanas [de Septiembre de 1930] como una victoria prodigiosa del comunismo, que coloca en el orden del día la consigna de una Alemania soviética. Los optimistas burocráticos no quieren profundizar sobre el significado de la relación de fuerzas revelada por las estadísticas de la elección. Ellos examinan los votos de los comunistas independientemente de las tareas revolucionarias generadas por la situación y los obstáculos que esta levanta.

El Partido Comunista recibió cerca de 4.600.000 votos, contra 3.300.000 en 1928. Desde el punto de vista de la maquinaria parlamentaria tradicional, haber ganado 1.300.000 votos era importante, incluso si tomamos en cuenta el número total de electores. Pero el crecimiento del partido empalidece completamente al lado del salto dado por el fascismo de 800.000 a 6.400.000 votos. De significado no menos importante es el hecho de que la socialdemocracia, a pesar de retrocesos importantes, mantuvo su afiliación y todavía recibió un número de votos obreros considerablemente mayor que el Partido Comunista.

Entretanto, si nos preguntamos qué combinación de circunstancias internacionales y domésticas serían capaces de hacer que la clase obrera se pasase al comunismo con mayor velocidad, no podríamos encontrar un ejemplo de circunstancias más favorables que las que Alemania presenta en la actualidad: [...] crisis económica, desintegración de la clase dominante, crisis del parlamentarismo, tremenda autoexposición de la socialdemocracia en el poder. Desde el punto de vista de estas circunstancias históricas concretas, el peso específico del Partido Comunista Alemán en la vida social del país, a pesar de haber ganado 1.300.000 votos, sigue siendo proporcionalmente pequeño [...].

Al mismo tiempo, la primer característica de un verdadero partido revolucionario es ser capaz de mirar la realidad a la cara [...] Para que la crisis social traiga una revolución de los trabajadores es necesario, además de otras condiciones, que la pequeño-burguesía vire decisivamente en dirección al proletariado. Esto dará una oportunidad al proletariado para colocarse como líder al frente de la nación. La última elección reveló —y este es su significado sintomático más importante— un viraje en dirección opuesta. Bajo el impacto de la crisis, la pequeña burguesía se movió, no en la dirección de la revolución de los trabajadores, sino en la dirección de la reacción imperialista más extrema, arrastrando consigo a sectores considerables del proletariado.

El crecimiento gigantesco del nazismo es la expresión de dos factores: una crisis social profunda que hace perder el equilibrio a las masas pequeño-burguesas, y la falta de un partido revolucionario que sea visto por las masas populares como un liderazgo revolucionario reconocido. Si el Partido Comunista es el partido de la esperanza revolucionaria, entonces el fascismo, como movimiento de masas, es el partido de la desesperanza contrarrevolucionaria. Cuando la esperanza revolucionaria tiene en su favor a las masas de la clase trabajadora, atrae inevitablemente a considerables y crecientes sectores de la pequeña burguesía. Justamente en esta esfera, la elección reveló un cuadro opuesto: la desespe-

ranza contrarrevolucionaria puso en su favor a la masa pequeño-burguesa con tal fuerza que arrastró detrás de sí muchos sectores de la clase trabajadora.

En Alemania, el fascismo se volvió un peligro efectivo, siendo aguda expresión de la posición impotente del régimen burgués, del papel conservador de la socialdemocracia en el régimen, y de la falta de poder del Partido Comunista para abolirlo.³⁰

Para corregir esta situación, Trotsky argumentaba que era necesario, en primer lugar, sacudir al Partido Comunista y librarlo de su ultraradicalismo estéril. La política de “maximalismo burocrático” (“una tentativa de forzar a la clase obrera, habiendo fracasado en convencerla”) debía ser sustituida por una maniobra activa basada en la política de frente único.

Es una tarea difícil despertar de una vez a la mayoría de la clase trabajadora alemana para una ofensiva. Como consecuencia de las derrotas de 1919, 1921 y 1923 y de las aventuras del “Tercer Período”, los trabajadores alemanes, que están atados a poderosas organizaciones conservadoras, desarrollaron fuertes centros de inhibición. Pero, por otro lado, la solidaridad organizativa de los trabajadores alemanes, que hasta hoy han conseguido impedir casi cualquier penetración del fascismo en sus filas, abre mayores posibilidades para luchas defensivas. Se debe tener en mente que la política de frente de unidad es, en general, mucho más efectiva para la defensa que para la ofensiva. Los estratos más cautelosos y atrasados son los más fácilmente arrastrables para luchar por lo que tienen que para lograr nuevas conquistas.³¹

Toda clase de sofismas fueron empleados por los estalinistas para oscurecer la cuestión y calificar como “trotskismo contrarrevolucionario” a la política que otrora había sido la política del Comintern. Los frentes de unidad, argumentaban, solo podrían surgir “desde abajo”. Con esto quedaba excluido cualquier acuerdo con los socialdemócratas, aunque socialdemócratas individuales podrían formar parte en un “frente de unidad” –¡siempre y cuando aceptasen la dirección del Partido Comunista!

De modo creciente se alimentaba la ilusión trágica resumida en la consigna “Después de Hitler en nuestro turno”. Una perspectiva de pasividad e impotencia maquiellada con retórica radical, como Trotsky marcó en innumerables ocasiones. Repetidas veces él retornó al tema central de los frentes de unidad, exponiendo los sofismas, ignorando calumnias y llevando la discusión de vuelta al punto esencial [...].³²

El Partido Comunista permaneció firme en su curso fatal. Hitler tomó el poder y el movimiento obrero fue destruido.

El Frente Popular y la Revolución española

La victoria de Hitler llevó a quienes tenían el poder en la URSS a buscar “seguridad”, a través de alianzas militares con las potencias occidentales dominantes, francesa y británica. Como un instrumento de la diplomacia de Stalin –en esto se había vuelto ahora– el Comintern fue fuertemente empujado hacia la derecha. El Séptimo (y último) Congreso fue convocado en 1935 como una demostración pública de que la revolución definitivamente no estaba ya en el orden del día. El congreso resolvió promover “Frentes de Unidad del pueblo en lucha por la paz y contra los instigadores de la guerra. Todos los

interesados en la preservación de la paz deberían ser atraídos a estos frentes”.³³

Entre los interesados en la preservación de la paz se incluían a los vencidos de 1918 –las clases dominantes francesa y británica– quienes eran los verdaderos objetivos de la nueva línea.

“Hoy la situación no es la misma de 1914”, declaraba el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional en Mayo de 1936:

Ahora no es solo la clase obrera, el campesinado y todos los trabajadores quienes están decididos a mantener la paz, sino también los países oprimidos y las naciones jóvenes cuya independencia es amenazada por la guerra [...] En la fase presente existen varios Estados capitalistas que también están interesados en mantener la paz. Y de esto que exista la posibilidad de crear un amplio frente de la clase obrera, de todos los trabajadores y de naciones enteras contra el peligro de una guerra imperialista.³⁴

Tal “frente” era, necesariamente, una defensa del *status quo* imperialista. Una nueva retórica reformista tuvo que ser empleada para esconder este hecho, y tuvo gran éxito –durante algún tiempo. En su primera etapa, el entusiasmo popular por la unidad generó beneficios enormes para los Partidos Comunistas –el Partido francés creció de 30.000 miembros en 1934 a 150.000 al final de 1936, más 100.000 en la Juventud Comunista; el Partido español creció de menos de mil miembros al final del “Tercer Período” (1934) a 35.000 en Febrero de 1936 y 117.000 en Julio de 1937. Los reclutas eran “vacunados” contra las críticas de izquierda acusando a los trotskistas como agentes del fascismo.

En Mayo de 1935 fue firmado el pacto franco-soviético. En Julio el Partido Comunista y el Partido Socialista franceses hicieron un acuerdo con el Partido Radical, la columna vertebral de la democracia burguesa francesa, y en Abril de 1936 el Frente Popular que reunía a estos tres partidos ganó las elecciones generales, con una plataforma de seguridad colectiva y reforma. El Partido Comunista Francés conquistó 72 bancas haciendo campaña “Por una Francia fuerte, libre y feliz” y se volvió parte esencial de la mayoría parlamentaria de León Blum, el líder del Partido Socialista y primer ministro del gobierno del Frente Popular. Maurice Thorez, secretario general del Partido Comunista Francés, pudo decir: “Nosotros privamos valientemente a nuestros enemigos de aquello que nos fue robado y pisoteado. Nosotros retomamos la Marsellesa y la Tricolor”.³⁵

Cuando la victoria electoral de la izquierda fue seguida por una ofensiva de huelgas y marchas –en las cuales seis millones de trabajadores estuvieron involucrados en Junio de 1936– los antiguamente campeones de las “luchas revolucionarias en ascenso” se esforzaron por mantener al movimiento dentro de límites estrechos. El movimiento terminó con las concesiones del “Acuerdo de Matignon” (jornada de 40 horas semanales y vacaciones pagas). Al final del año el Partido Comunista, ahora a la derecha de sus aliados socialdemócratas, propuso una extensión del Frente Popular, transformándolo en un “Frente Francés”, con la incorporación de algunos conservadores de derecha que eran, por motivaciones nacionalistas, antialemanes.

El Partido francés fue pionero en esta política, porque la alianza con Francia era central en la política exterior de Stalin. Pero esa política fue rápidamente adoptada por

todo el Comintern. Cuando la Revolución española estalló en Julio de 1936, en respuesta a la tentativa de Franco de tomar el poder, el Partido Comunista, el cual era parte del Frente Popular español que había ganado las elecciones de Febrero, hizo lo máximo que podía para mantener al movimiento dentro de los límites de la “democracia”. Con la ayuda de la diplomacia soviética, y claro está, de los socialdemócratas, tuvo éxito.

Es absolutamente falso –declaró Jesús Hernández, editor del diario del partido– que la presente movilización de los trabajadores tenga por objetivo el establecimiento de la dictadura del proletariado después de terminada la guerra [...] Nosotros los comunistas somos los primeros en repudiar esta suposición. Estamos motivados exclusivamente por el deseo de defender la república democrática.³⁶

En el marco de esta línea el Partido Comunista Español y sus aliados empujaron cada vez más la política del gobierno republicano hacia la derecha. En el curso de la prolongada guerra civil, primero eliminó del gobierno al POUM [Partido Obrero de Unificación Marxista], un partido a la izquierda de los comunistas, criticado duramente por Trotsky por haber entrado en el Frente Popular y haberse desarmado políticamente, proveyendo una “cobertura de izquierda” para el Partido Comunista. Y después del POUM hizo lo mismo con los líderes de la izquierda del Partido Socialista.

“La defensa del orden republicano y la simultánea defensa de la propiedad”³⁷ condujo a un reinado de terror en la España republicana contra los sectores de izquierda. Y esto, como señaló Trotsky, pavimentó el camino para la victoria de Franco.

La clase trabajadora española manifestó excelentes cualidades militares –escribía Trotsky en Diciembre de 1937. En su peso específico en la vida económica del país, no en su nivel político y cultural, el proletariado español se situaba, desde el primer día de la revolución, no abajo, sino encima del proletariado ruso a inicios de 1917. En su camino para vencer, sus principales obstáculos fueron sus propias organizaciones. La camarilla estalinista dirigente, conforme a su función contrarrevolucionaria, consistía de mercenarios, carreristas, elementos desclasados y, en general, todos tipo de basura social. Los representantes de las otras organizaciones de trabajadores –reformistas incurables, anarquistas charlatanes, centristas impotentes del POUM– murmuraron, gimieron, vacilaron, maniobraron, pero al final se adaptaron a los estalinistas. Como resultado de su actividad conjunta, el campo de la revolución social –los trabajadores y los campesinos– probó estar subordinado a la burguesía, o más correctamente, a su sombra. Fue desangrado hasta su última gota y su carácter fue destruido.

No hubo falta de heroísmo por parte de las masas o de valentía por parte de los revolucionarios individuales. Pero las masas fueron abandonadas a sus propia suerte, en tanto los revolucionarios permanecieron divididos, sin un programa, sin un plan de acción. Los mandos militares “republicanos” se preocuparon más por aplastar la revolución social que por alcanzar victorias militares. Los soldados perdieron la confianza en sus comandantes, y las masas en el gobierno. Los campesinos abandonaron la batalla, los trabajadores quedaron exhaustos. Derrota tras derrota, la desmoralización creció rápidamente. Todo esto no era difícil de prever desde el principio de la guerra civil. Poniéndose la tarea de salvar el régimen capitalista, el Frente Popular se condenó a la derrota militar. Poniendo al bolchevismo cabeza abajo, Stalin cumplió con total éxito el papel de sepulturero de la revolución.³⁸

Casi nadie hoy en día (con excepción de un puñado de sectas maoístas) defiende la línea estalinista del “Tercer Período”. En relación al Frente Popular, el asunto es completamente diferente. Dejando de lado todas las distancias espaciales y temporales, ¿que era si no el “eurocomunismo” y el llamado “compromiso histórico”? Más allá de esto, algunos de aquellos que están bien a la izquierda –en términos políticos formales– de la tendencia eurocomunista, reproducen en su substancia los mismos errores que Trotsky combatió bajo el título de “Comité Sindical Anglo Soviético”.

Estas cuestiones, por lo tanto, no son de interés meramente histórico, sino también de interés práctico. Los escritos de Trotsky sobre estrategia y táctica, en relación con estas grandes cuestiones, constituyen un verdadero tesoro. Puede decirse, sin ninguna exageración, que nadie desde 1923 produjo un trabajo que se le aproxime en su profundidad y brillo. Ellos son, literalmente, indispensables para los revolucionarios de estos días.

Capítulo 4

Partido y clase

Marx consideraba que la emancipación de la clase trabajadora sería fruto de la acción de la propia clase trabajadora. Pero también consideraba que la clase dominante controla los “medios de producción intelectual” y que las “ideas dominantes en cualquier época, son las ideas de la clase dominante”.

De esta contradicción surge la necesidad de un partido socialista revolucionario. La naturaleza del partido y, sobre todo, la naturaleza de su relación con la clase trabajadora fue central, desde el principio, en los movimientos socialistas. Nunca fue solamente una cuestión “técnica” de organización. En cada fase, las disputas sobre la relación entre el partido y la clase –y por tanto sobre la naturaleza del partido– también fueron disputas sobre los objetivos del movimiento. Los debates sobre los medios siempre fueron, en parte, debates sobre los fines, y no podía ser de otra forma. Así, los propios conflictos de Marx con Proudhon, Schapper, Blanqui, Bakunin y muchos otros sobre este tema, estaban indisolublemente entrelazados con las diferencias sobre la naturaleza del socialismo y de los medios a través de los cuales sería alcanzado.

Después de la muerte de Marx en 1883, y de la muerte de Engels doce años después, hubo un crecimiento masivo de los partidos socialistas. Luego, en Rusia, emergió un conflicto que se volvería fundamental, sobre el tipo de partido a construirse.

La primera visión de Trotsky sobre la naturaleza del partido revolucionario, era –esencialmente– la que se hizo conocida como “leninista”. De acuerdo con Isaac Deutscher,¹ Trotsky desarrolló este punto de vista con independencia de Lenin, cuando estaba exiliado en Siberia en 1901. En cualquier caso, se volvió partidario de *Iskra*, y en el Congreso del Partido Obrero Social Demócrata de Rusia (POS DR) de 1903 argumentó fuertemen-

te por una organización altamente centralizada: “Nuestras reglas [...] representan la desconfianza organizada del Partido en relación a todas sus secciones, lo que quiere decir, el control sobre todas las organizaciones locales, distritales, nacionales y otras”.²

Trotsky abandonó violentamente esta posición luego de ubicarse con los mencheviques en la división ocurrida en *Iskra* durante el Congreso. En el período de un año se convirtió en el crítico por excelencia del centralismo bolchevique. Los métodos de Lenin, escribió en 1904, “conducen a esto: el partido es sustituido por la organización del partido, la organización del partido es sustituida por el Comité Central, y finalmente, el Comité Central es sustituido por un ‘dictador’ [...]”.³

Como Rosa Luxemburg, Trotsky sospechaba del conservadurismo del partido en general y depositaba gran confianza en la acción espontánea de la clase trabajadora:

Los partidos socialistas europeos –y, en primer lugar, el más poderoso de ellos, el alemán– desarrollaron un conservadurismo que crece en proporción al tamaño de las masas implicadas, la eficiencia de la organización y la disciplina partidaria. Por tanto, es posible que la socialdemocracia pueda volverse un obstáculo en el camino de cualquier choque abierto entre los trabajadores y la burguesía.⁴

Para superar este conservadurismo, Trotsky se apoyaba en la influencia de la acción espontánea de la revolución, la cual tal como escribió bajo el impacto de la Revolución de 1905, “mata la rutina del partido, destruye el conservadurismo del partido”.⁵ De esta forma, el papel del partido es esencialmente reducido a la propaganda. No es la vanguardia de la clase trabajadora.

Había, es claro, motivos considerables que justificaban sus temores. En Rusia, incluso el partido bolchevique demostró ser conservador entre 1905 y 1907, y nuevamente en 1917.⁶ En Occidente, donde el conservadurismo tenía una base material incomparablemente mayor en los privilegios de las burocracias sindicales, los partidos socialdemócratas desempeñaron un papel contrarrevolucionario decisivo en 1918-1919.

La experiencia de 1905, en la cual Trotsky tuvo un papel individual extraordinario, sin importantes vinculaciones con partido alguno (en ese tiempo era formalmente menchevique, pero esencialmente actuó por cuenta propia), sin duda fortaleció su convicción de la autosuficiencia de la acción espontánea de las masas.

En el período de reacción después de 1906, y hasta incluso el ascenso del movimiento obrero a partir de 1912, Trotsky continuó criticando el “sustitucionismo” bolchevique, bregando por la “unidad” de todas las tendencias posicionadas contra los bolcheviques. Nuevamente, esto puede haber contribuido en su lentitud para reconocer los peligros del verdadero sustitucionismo posterior a 1920.

La posición de Trotsky en el período entre 1904 y 1917 se demostró claramente insostenible por el curso de los acontecimientos. Sin Lenin, escribió Trotsky después, no hubiera habido ninguna Revolución de Octubre. Aunque esto no tenía que ver solo con la llegada de Lenin a la Estación Finlandia en Abril de 1917. Tenía que ver con el partido que Lenin y sus colaboradores habían construido durante los años anteriores. El conservadurismo de muchos dirigentes de aquel partido (reforzado, esto debe ser dicho, por el

esquema teórico de la “dictadura democrática” que Lenin había defendido por tanto tiempo) habría muy probablemente impedido la toma del poder, si no fuese por la autoridad de Lenin y su determinación. Pero sin el partido, con todos sus defectos, la cuestión no podría siquiera haber estado planteada. Acciones de masas “espontáneas” pueden derribar un régimen autoritario. Ocurrió así en Rusia en Febrero de 1917, en Alemania y en Austro-Hungría en 1918, y en muchas ocasiones desde entonces.

En 1917 Trotsky adoptó la visión de que para que los trabajadores consiguieran y mantuvieran el poder, un partido de tipo leninista era indispensable. Desde entonces nunca más abandonó esta posición. De hecho, la defendió de una manera particularmente aguda. En 1932, criticando el argumento de que “los intereses de clase vienen antes que los intereses del partido”, escribió:

La clase, por si misma, es apenas material para la explotación. La clase trabajadora solo asume un papel independiente en el momento en que de una clase social *en sí* se vuelve una clase política *para sí*. Esto no puede ocurrir a no ser por intermedio de un partido. El partido es el órgano histórico por medio del cual la clase se vuelve una clase conciente. Decir que “la clase está por encima del partido” es afirmar que la clase en estado bruto está encima de la clase en camino a la conciencia de clase. Esto no solo es incorrecto: es reaccionario.⁷

Esta concepción presenta algunas dificultades muy obvias. En particular, la experiencia había demostrado que el “órgano” histórico por el cual una clase trabajadora particular alcanza la conciencia podía degenerar. Entonces, ¿cómo podía ser defendida la organización del partido?

Un instrumento históricamente condicionado

Trotsky era conciente de este problema. Había presenciado la desintegración de la Segunda Internacional en 1914, el papel realmente contrarrevolucionario que adoptó la socialdemocracia en 1918-1919 y, claro está, la ascensión del estalinismo. El pasaje citado arriba continúa diciendo:

El avance de una clase hacia la conciencia de clase, implica la construcción de un partido revolucionario que dirija al proletariado, siendo este un proceso complejo y contradictorio. La propia clase no es homogénea. Sus diferentes secciones llegan a la conciencia de clase a través de caminos diferentes y en momentos diferentes. La burguesía participa activamente en este proceso. Crea sus propias instituciones al interior de la clase trabajadora, o utiliza las ya existentes para oponer a ciertos estratos de trabajadores contra otros. En el proletariado varios partidos están activos al mismo tiempo. Por tanto, durante la mayor parte de su avance político, permanece dividido políticamente. El problema de los frentes de unidad –que aparece de forma más aguda en determinados períodos– surge de este hecho. Los intereses históricos del proletariado encuentran su expresión en el Partido Comunista –cuando su política es correcta. La tarea del Partido Comunista consiste en ganar la mayoría de la clase trabajadora, y solo así la revolución socialista se vuelve posible. El Partido Comunista no puede cumplir su misión si no es preservando, completa e incondicionalmente, su independencia política y organizativa en relación a todos los demás partidos y organizaciones, dentro y

fuera de la clase trabajadora. Transgredir este principio básico de la política marxista, implica cometer el más odioso crimen contra los intereses del proletariado en cuanto clase [...] Pero el proletariado se mueve hacia la conciencia revolucionaria no como se pasa de grado en la escuela, sino a través de la lucha de clases, la cual detesta interrupciones. Para luchar, la clase trabajadora debe tener unidad en sus filas. Esto es verdadero tanto para los conflictos económicos parciales dentro de los límites de una fábrica, como para las batallas políticas “nacionales”, como la lucha por repeler al fascismo. Por consiguiente, la táctica de los frentes de unidad no es algo accidental y artificial —una maniobra inteligente. Se origina en su totalidad en las condiciones objetivas que gobiernan el desarrollo de la clase trabajadora.⁸

Este análisis es bastante claro, coherente y realista, no siendo una generalización sociológica atemporal. Estaba arraigado en el desarrollo histórico concreto. Los partidos de la Segunda Internacional habían, en su época, ayudado a crear esos:

baluartes de la democracia de los trabajadores [las organizaciones obreras, especialmente los sindicatos] dentro del Estado burgués [...] [los cuales] son absolutamente esenciales para tomar la senda revolucionaria. La obra de la Segunda Internacional consistió en crear tales baluartes durante la época en que todavía estaba cumpliendo su trabajo histórico progresivo.⁹

Los partidos de aquella Internacional fueron, con el tiempo, corrompidos desde dentro a través de la adaptación a las sociedades en las cuales ellos actuaban. Ese desarrollo tuvo, es claro, una base material y no solamente ideológica. Desde la prueba del 4 de Agosto de 1914, ellos capitularon frente a “sus propias burguesías” (con algunas excepciones: los bolcheviques, los búlgaros, los serbios), o adoptaron un posicionamiento “centrista” (los italianos, los escandinavos, los americanos y varios grupos minoritarios en otros lugares). La Internacional Comunista, “la continuación directa del esfuerzo heroico y el martirio de una larga lista de generaciones revolucionarias, de Babauf a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg”,¹⁰ surgió de aquella capitulación, de los consiguientes conflictos internos y las divisiones partidarias, de la ascendente oposición de los trabajadores a la guerra a partir de 1916, y de las revoluciones de 1917 y 1918.

Este era ahora el “órgano histórico por medio del cual la clase se vuelve conciente *de sí*”. Los partidos de la Internacional Comunista cometieron, especialmente a partir de 1923, una serie de errores (Trotsky no era, por supuesto, ciego a estos errores), y cada vez más seguirían políticas oportunistas y sectarias bajo la dirección de Stalin y del sector que dirigía la URSS. No obstante, con todos sus defectos era una realidad, no una hipótesis. Una realidad que conquistó el respaldo y la simpatía de millones de trabajadores alrededor del mundo. De hecho, paradójicamente, sus propios defectos mostrarían, de una forma distorsionada, que la Internacional Comunista era verdaderamente una organización de masas. Por esto Trotsky no aceptó la visión simplista de que los grandes partidos del Comintern eran simplemente instrumentos de la burocracia estalinista de Rusia. El problema era corregir su curso. “Todos los ojos en el Partido Comunista. Nosotros tenemos que explicarles. Nosotros tenemos que convencerlos”.¹¹

Como una cuestión de necesidad política, el régimen interno del partido debe ser democrático:

Las luchas internas educan al partido y desobstruyen su camino. En esta lucha todos los miembros del partido ganan una profunda confianza en la justeza política del partido y en la seriedad revolucionaria de su dirección. Solamente tal convicción en la militancia bolchevique, conquistada por la experiencia y la lucha ideológica, brinda a la dirección la oportunidad para llevar a todo el partido a la batalla en el momento necesario. Y solamente la profunda confianza del propio partido en la justeza de su política, inspira a las masas trabajadoras a confiar en el partido. Divisiones artificiales forzadas desde afuera, la ausencia de una lucha ideológica libre y honesta [...] es lo que paraliza ahora al Partido Comunista Español [...]¹²

Trotsky escribió estas líneas en 1931. El argumento se aplicaba generalizadamente. No obstante, no era tan simple. Enseguida de su expulsión de la URSS en 1929, Trotsky esbozó lo que él consideraba eran las cuestiones básicas para los partidarios de la Oposición de Izquierda en Europa (posiciones respecto el Comité Sindical Anglo Soviético, la Revolución china y el “socialismo en un solo país”).

Algunos camaradas pueden estar asombrados por la omisión de la cuestión del régimen partidario [...] Y no lo omito por descuido, sino deliberadamente. El régimen partidario carece de significado independiente, autosuficiente. En relación a la política del partido es una magnitud derivada. Los elementos más heterogéneos simpatizan con la lucha contra la burocracia estalinista [...] Para un marxista, la democracia dentro de un partido o dentro de un país, no es una abstracción. La democracia está siempre condicionada por la lucha entre las fuerzas en pugna. Por burocratismo, los elementos oportunistas [...] entienden el centralismo revolucionario. Obviamente, ellos no piensan como nosotros.¹³

Si repasamos los escritos de Trotsky después de 1917, e incluso sus escritos posteriores a 1929 o 1934, encontramos una serie de declaraciones, algunas exaltando las virtudes de la democracia interna del partido y condenado medidas “administrativas” contra los críticos, y otras que discuten la necesidad de expulsiones. En ningún caso estos planteos están dislocados de su contexto. Para Trotsky, la relación entre centralismo y democracia al interior del partido era variable. Dependía del contenido político de las específicas y cambiantes circunstancias políticas. Trotsky escribía hacia el final de 1932:

El principio de la democracia partidaria no es de ninguna manera idéntico al principio de puertas abiertas. La Oposición de Izquierda nunca exigió que los estalinistas transformasen al partido en suma mecánica de facciones, grupos, sectas e individuos. Nosotros acusamos a la burocracia centrista de continuar una política esencialmente falsa, que a cada paso la coloca en contradicción con el proletariado, y de procurar una salida para estas contradicciones estrangulando la democracia partidaria.¹⁴

Esto puede parecer un equívoco. Realmente, solo en términos formales es equívoco. La solución para la contradicción se encuentra en la dinámica de desarrollo

del partido. Trotsky pensaba que el partido no podía crecer, en términos de verdadera influencia de masas y no simplemente en número, excepto en el marco de una relación recíproca, de un proceso de interacción con sectores cada vez más amplios de trabajadores. Para esto la democracia interna del partido es indispensable. Provee los medios de un retorno de la experiencia de la clase hacia dentro del partido. Tal desarrollo no siempre es posible. Frecuentemente, las circunstancias objetivas impiden tal crecimiento. Pero el partido debe estar siempre atento a esta posibilidad. En caso contrario no podrá aprovechar las oportunidades que aparecen de tiempo en tiempo.

Por esto, el régimen partidario debe ser en todo momento tan abierto y flexible como sea posible, en consonancia con la preservación de la integridad revolucionaria del partido. Esta calificación es importante. Porque las circunstancias desfavorables debilitan los lazos entre el partido y los sectores de trabajadores avanzados, y así aumenta el problema de las “fracciones, grupos y sectas” que pueden volverse un obstáculo al crecimiento de la democracia interna del partido tal como Trotsky la entendía –esencialmente, como un mecanismo por el cual el partido se relaciona con los más vastos sectores de la clase trabajadora, aprende de la clase y, al mismo tiempo, conquista el derecho a dirigirla.

El argumento es, tal vez, muy abstracto. Para concretizarlo, consideremos un pasaje de *Historia de la Revolución rusa* de Trotsky, donde se discute el aislamiento de Lenin en la dirección del partido luego de la Revolución de Febrero.

Contra los viejos bolcheviques Lenin encontró apoyo [en Abril de 1917] en otro sector del partido, ya atemperado, pero más fresco y más unido a las masas. En la Revolución de Febrero, como sabemos, los trabajadores bolcheviques cumplieron un papel clave. Ellos pensaban que era evidente que la clase que había conquistado la victoria debería tomar el poder [...] En casi todos los lugares había bolcheviques de izquierda siendo acusados de maximalismo, e incluso de anarquismo. A estos obreros revolucionarios solo le faltaban los recursos teóricos necesarios para defender su posición. Pero ellos estaban prontos para responder al primer planteo claro. Era sobre este sector de trabajadores, los cuales se habían formado durante los años de ascenso de 1912-1914, que Lenin se estaba apoyando ahora.¹⁵

Este modelo aparece repetidas veces en los escritos de Trotsky. Un partido de masas, distinto de una secta, es necesariamente presionado por fuerzas inmensamente poderosas, especialmente en circunstancias revolucionarias. Estas fuerzas, inevitablemente, encontrarán expresión también dentro del partido. Para mantener al partido en curso (en la práctica, para corregir continuamente el curso en una situación cambiante), la compleja relación entre la dirección, y los varios sectores de activistas y trabajadores sobre los cuales ejerce influencia y por los cuales es influenciado, debe expresarse en la lucha política dentro del partido. Si esta lucha es sofocada artificialmente a través de medios administrativos, el partido se perderá.

Una función indispensable de la dirección –ella misma formada en medio de las luchas anteriores– es comprender cuándo debe cerrar las filas para preservar el núcleo de la organización del riesgo de disolución debido a presiones externas desfavorables

–enfatar el centralismo–, y cuándo debe abrir la organización y utilizar a los sectores de trabajadores avanzados de dentro y fuera del partido para superar el conservadurismo de los activistas y la dirección –enfatar la democracia– cambiando el curso rápidamente.

Todo esto implica una concepción bastante exagerada del papel de la dirección, la cual estaba ciertamente presente en Trotsky después de 1917. El afirmaría en 1938 que “La crisis histórica de la humanidad se reducía a una crisis de dirección revolucionaria”. No obstante, era una concepción del crecimiento organizativo de los cuadros dirigentes en relación con las experiencias del partido en la lucha de clases concreta. Es claro que un cuadro dirigente tenía que encarnar una tradición y la experiencia del pasado (de Bebauf a Karl Liebknecht), un conocimiento de las estrategias y tácticas que habían sido probadas en muchos países y en diferentes momentos durante muchos años. Este saber era necesariamente, en su mayor parte, teórico, y Trotsky, menos que nadie, estaba inclinado a subestimarlos. Era una condición necesaria para una dirección próspera, pero no suficiente. La experiencia del partido al actuar y la relación –en constante transformación– con las distintas secciones de la clase trabajadora, era el factor adicional, insustituible, que solo podía ser desarrollado en la práctica.

Una anomalía

En el tiempo de Trotsky, solamente el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), tenía el poder estatal en sus manos (sin contar las áreas controladas por el Partido Comunista Chino en los años 1930s).

Trotsky clasificaba a todos los Partidos Comunistas como organizaciones “burocráticas y centristas”, o sea, organizaciones que vacilaban entre una política revolucionaria y una política reformista. Después de 1935, con la línea de los “Frentes Populares”, Trotsky concluyó que los mismos se habían vuelto organizaciones social-patrióticas: “agencias amarillas del capitalismo en descomposición”.¹⁶

Pero estos términos se aplicaban a organizaciones de trabajadores, partidos que están obligados a disputar con otros el apoyo dentro del movimiento obrero. En este sentido el PCUS, por lo menos a partir de 1929, si no antes, ya no era más un partido. Era un aparato burocrático, o instrumento de un despotismo totalitario. Trotsky reconocía esto en parte: “El partido [se refiere al PCUS], en tanto partido, ya no existe más. El aparato centrista fue ahogado”,¹⁷ escribía en 1930. Pero concluye que el PCUS era un partido de un tipo fundamentalmente diferente de los partidos obreros existentes fuera de la URSS.

Incluso después de Trotsky haber perdido las esperanzas en una reforma política del régimen en la URSS (en Octubre de 1933), la confusión persistió. Ciertamente esta confusión estaba asociada con la convicción de que ahora una reforma era imposible, y la URSS permanecería siendo un Estado obrero deformado.

Esta cuestión se volvió relevante algunos años después de la muerte de Trotsky, cuando una serie de nuevos Estados estalinistas surgió, sin revoluciones obreras y con una serie de “Partidos Comunistas” que no eran, de modo alguno, los partidos

obreros concebidos por Trotsky. Esta contradicción ya formaba parte de su posición luego de 1933.

El hilo está cortado

Vimos que la concepción madura de Trotsky sobre la relación entre partido y clase no era ni abstracta ni arbitraria, sino que estaba enraizada en la experiencia del bolchevismo en Rusia y en el desarrollo histórico concreto que había posibilitado la formación de Partidos Comunistas en varios países importantes.

¿Y si todo este desarrollo quedaba estancado? ¿Y si el “instrumento históricamente condicionado” fallaba en la prueba? Trotsky contempló esta posibilidad, pero solo para rechazarla firmemente. En 1931 escribió:

Tomemos otro ejemplo, pero remoto, para la clarificación de nuestras ideas. Hugo Urbahns, quien se considera un “comunista de izquierda”, declara que el partido alemán está completamente acabado, y propone la creación de un nuevo partido. Si Urbahns estuviere en lo correcto, significaría que la victoria del fascismo es indefectible. Pues, para crear un partido nuevo son necesarios años (y no hay nada que pruebe que el partido de Urbahns sería, en algún sentido, mejor que el partido de Thaelmann: cuando Urbahns estaba al frente del partido, de modo alguno fueron cometidos menos errores). Si los fascistas realmente tomaran el poder, esto determinaría no solo la destrucción física del Partido Comunista, sino su verdadera bancarota política [...] La toma del poder por los fascistas significaría, probablemente, la necesidad de crear un nuevo partido revolucionario y, con toda probabilidad, también una nueva Internacional. Esto sería una terrible catástrofe histórica. Pero asumir hoy que todo eso es inevitable, solo puede ser obra de verdaderos liquidacionistas, de aquellos que, bajo el manto de frases vacías, solo están con prisa para capitular como cobardes antes de la lucha y sin lucha [...] Nosotros estamos firmemente convencidos de que la victoria sobre los fascistas es posible –no después de su subida al poder, no después de cinco, diez o veinte años de dominación, sino ahora, bajo las condiciones existentes, en los próximos meses y semanas.¹⁸

Pero Hitler subió al poder. A pesar del brillo y la fuerza lógica de los argumentos de Trotsky, el Partido Comunista Alemán, con su cuarto millón de miembros y sus seis millones de votos en 1932, prosiguió firme en su curso fatal. Fue barrido sin resistencia, juntos con los “social-fascistas”, los sindicatos y todas las otras organizaciones políticas, culturales y sociales creadas por la clase trabajadora alemana en los sesenta años anteriores.

En 1931 Trotsky había descrito a Alemania como “la llave para la situación internacional [...] Del desarrollo de la solución de la crisis alemana depende no solo el destino de la propia Alemania (esto ya es mucho), sino el destino de Europa, el destino del mundo entero, por muchos años”.¹⁹

Era una previsión precisa. La derrota de la clase trabajadora alemana transformó la política mundial. El fracaso del Partido Comunista, hasta incluso en intentar resistir, fue un golpe tan duro como la capitulación de la socialdemocracia en 1914. Fue el “4 de Agosto” de la Internacional Comunista.

¿Qué permanecía entonces del “órgano histórico a través del cual la clase se vuelve conciente de sí”? Desde 1933 hasta su muerte en Agosto de 1940, Trotsky luchó para solucionar un dilema que había demostrado ser insoluble en aquel momento, y por mucho tiempo después. En Junio de 1932 había escrito:

Los estalinistas, a través de la persecución, buscaron forzarnos a fundar un segundo partido y una Cuarta Internacional. Sabían que un error fatal de este tipo por parte de la Oposición frenaría su crecimiento por años, si es que no invalidaría completamente todas sus conquistas.²⁰

Pero menos de un año después, Trotsky era forzado a reconocer, primero, que el partido alemán estaba acabado. Y un poco después (luego que el Ejecutivo del Comintern había declarado en Abril de 1933 que su política en Alemania era “completamente correcta”) que todos los Partidos Comunistas estaban liquidados en cuanto organizaciones revolucionarias, y que eran necesarios “nuevos Partidos Comunistas y una nueva Internacional” (título de un artículo de Junio de 1933).

El hilo entre la teoría y la práctica había sido cortado. Antes de 1917, Trotsky había confiado en la acción espontánea de la clase trabajadora, como medio para superar el conservadurismo del partido. Después de 1917 reconoció al partido obrero revolucionario como el instrumento indispensable de la revolución socialista. La falta de tales partidos, enraizados en la clase trabajadora, con cuadros maduros y experimentados, había conducido a la tragedia de 1918-1919, cuando los movimientos revolucionarios de masas en Alemania, Austria y Hungría, y las luchas espontáneas de masas en otros lugares, fueron conducidas a la derrota.

Los medios para superar este problema –los partidos de la Internacional Comunista– habían degenerado a tal punto que ellos mismos se habían vuelto obstáculos para la solución revolucionaria de las nuevas y profundas crisis sociales.

Era necesario comenzar de nuevo. ¿Pero qué había quedado para un nuevo comienzo? Esencialmente, no había nada más que pequeños y frecuentemente minúsculos grupos, cuyas características comunes incluían el aislamiento en relación con el movimiento obrero y la falta de involucramiento directo en sus luchas. Las aparentes y parciales excepciones (aquellos grupos que contaban con cientos o miles de miembros) –los Archiomarxistas griegos, el RSAP holandés y, un poco después, el POUM español– mostraron ser problemáticos: más centralistas que revolucionarios, más obstáculos que aliados.

Contando con estas fuerzas es que Trotsky comenzó la reconstrucción. No tenía opción, a no ser que se retirase hacia una completa pasividad, o hacia una pasividad disfrazada, como aquella que más tarde sería llamada “marxismo occidental”. Pero medios y fines están intrínsecamente entrelazados. Sin vínculos con el movimiento obrero concreto, el “trotskismo”, incluso cuando Trotsky todavía vivía, comenzó a adaptarse al ambiente descrito (pequeños sectores radicalizados de los estratos intelectuales de la pequeña burguesía). Como veremos, el propio Trotsky luchó contra esta adaptación. Pero al mismo tiempo, la crueles necesidades de la situación lo

llevaron a adoptar posiciones que, a pesar de su voluntad y entender, acabaron por reforzar dicho proceso de adaptación.

La nueva Internacional

Incluso si la izquierda comunista en el mundo entero solo consistiese en cinco individuos, ellos habrían estado obligados a construir una organización internacional simultáneamente a la construcción de una o más organizaciones nacionales. Es errado ver una organización nacional como los cimientos y la Internacional como el tejado. La interrelación aquí es de un tipo completamente diferente. Marx y Engels comenzaron el movimiento comunista con un documento internacional en 1847 y con la creación de un movimiento internacional. Lo mismo se repitió en la creación de la Primera Internacional. El mismo camino siguió la Izquierda de Zimmerwald en preparación de la Tercera Internacional. Hoy este camino es mucho más imperioso que en los días de Marx. Claro que es posible, en la época del imperialismo, que una tendencia obrera revolucionaria surja en otro país, pero no puede prosperar y desarrollarse en un país aisladamente. El primer día después de su formación, deberá procurar establecer relaciones internacionales, una plataforma internacional, pues la garantía de la corrección de la política nacional solo puede encontrarse a lo largo de este camino. Una tendencia que permanece cerrada nacionalmente durante determinado período de años, se condena en forma irrevocable a la degeneración.²¹

Trotsky escribió estas palabras en medio de una polémica contra la secta ultraizquierdista del italiano Bordiga, cuando todavía defendía la política de reformar los Partidos Comunistas existentes. Estaba argumentando en favor de una fracción internacional dentro de una Internacional existente. La lógica de la posición, al contrario de los argumentos usados para sustentarla, parecía irrefutable.

Los argumentos en sí no resistían un examen crítico. Marx y Engels no comenzaron con la “creación de un movimiento internacional”. El *Manifiesto Comunista* fue escrito para una Liga Comunista existente (aunque de ideas comunistas muy primitivas), la cual solo era internacional en el sentido de que ya existía en varios países. Era esencialmente una organización alemana y consistía de emigrados alemanes, artesanos e intelectuales en París, Bruselas y otros lugares, como también grupos en la región Renana y en la Suiza alemana.

La Primera Internacional comenzó como una alianza entre organizaciones sindicales británicas existentes, bajo influencia liberal, y organizaciones sindicales francesas bajo influencia prudhoniana, acogiendo solo más tarde a otros agrupamientos de características y nacionalidades diversas. Lejos de “repetir” la experiencia de la Liga Comunista, la Primera Internacional se desarrolló exactamente en sentido opuesto –sin una base programática inicial y sin una organización centralizada. Lo mismo es verdad, en menor grado, en relación a la Segunda Internacional, la cual Trotsky no menciona.

Tampoco es correcta la referencia a la Izquierda de Zimmerwald. La Izquierda de Zimmerwald (al contrario de lo argumentado, como un todo) consistía en el Partido bolchevique, un partido nacional de masas, más individuos aislados.²²

Hablando en términos prácticos, Trotsky no tuvo opción. En aquel momento no disponía de ninguna base en el movimiento obrero. Todo contacto con sus partidarios en la URSS había quedado cortado desde la primavera boreal de 1933.²³ Era cuestión de reunir todo aquello que pudiera, donde quiera que existiese, para crear una tendencia política. Además, el argumento de que una plataforma internacional era necesaria –un análisis básico de los problemas del movimiento obrero– era irrefutable. Trotsky lo suministró. Pero se introdujo la confusión de ideas y organización, entre tendencia política y partido internacional. En algunos años, Trotsky abandonó tácitamente su concepción del partido revolucionario como “órgano histórico a través del cual la clase se vuelve conciente de sí” y lanzó una “Internacional” sin una base significativa en ningún movimiento obrero.

Antes de esto, Trotsky intentó encontrar nuevas fuerzas. Los grupos trotskistas eran minúsculos. La fuerza de los estalinistas los había llevado hacia un gueto político. Este, además, tenía una localización social específica, en una sección de la intelectualidad pequeño-burguesa. ¿Dónde estaba la salida? ¿Cómo “proletarizar” al trotskismo atrayendo a un número significativo de trabajadores a los nuevos partidos comunistas?

Habían obstáculos enormes en el camino. Un efecto duradero de la derrota en Alemania fue la creación de un sentimiento extremadamente fuerte de la necesidad de unidad entre los militantes de la clase trabajadora. El llamado a formar nuevos partidos y una nueva Internacional, buscaba una nueva división, no pudiendo caer en terreno más estéril. Trotsky había estado al frente del llamado a constituir frentes de unidad de los trabajadores contra el fascismo, pero cuando este llamado comenzaba a ganar terreno en los partidos socialistas a partir de 1933 (y, brevemente, también en los partidos comunistas), sus seguidores fueron presentados como divisionistas. Ahora defendían la creación de nuevos partidos y una nueva Internacional. Su aislamiento se reforzó.

Después de algunos intentos iniciales de “reagrupamiento” con varios grupos centristas y reformistas de izquierda (como por ejemplo, el Partido Laborista Independiente británico) que fracasaron, Trotsky propuso el drástico paso de la entrada en los partidos socialdemócratas. Siendo estrictos, esa táctica fue pensada para casos específicos –primeramente para Francia (de ahí el término utilizado: “el viraje francés”)– pero después fue generalizada en la práctica. Los argumentos eran que los socialdemócratas estaban caminando hacia la izquierda, creando un clima más favorable para el trabajo revolucionario, y que estaban atrayendo nuevos sectores de trabajadores y presentaban un ambiente incomparablemente más proletario que los aislados grupos de propaganda generados por el trotskismo.

La táctica fue concebida como una operación de corto plazo: una lucha fuerte y aguda con los reformistas y los centristas, después una división y la fundación del partido. “Entrar en un partido reformista o centrista excluye una perspectiva de largo plazo. Es apenas una fase que, bajo ciertas condiciones, puede ser limitada a un episodio”.²⁴

En los hechos, la operación falló en su objetivo estratégico. Fracasó en cambiar la relación de fuerzas o mejorar la composición social de los grupos trotskistas. Las razones fundamentales para el fracaso fueron la consecuencias de la derrota en Ale-

mania, los virajes de la Internacional Comunista –primero hacia los frentes de unidad (1934) y luego hacia los frentes populares (1935)–, y el gran impacto causado por estos cambios y el consecuente desplazamiento hacia la derecha del movimiento obrero. Además, las campañas de Stalin contra Trotsky afectarían tanto a este como a sus seguidores, denunciados como agentes fascistas.

Las circunstancias que habían posibilitado la conquista de los partidos centristas de masas para la Internacional Comunista (como es el caso del Partido Socialdemócrata Independiente Alemán, y la mayoría de los socialistas franceses) entre 1919 y 1921, simplemente no existían para 1934-1935. Sean cuales fueran los errores cometidos por Trotsky y sus seguidores en el curso del “viraje francés”, ellos solo fueron efectos menores en comparación con los efectos de una situación profundamente desfavorable.

Algunos de los beneficios reivindicados en la táctica entrista fueron reales. Implicó la ruptura con muchos de los que Trotsky llamó “sectarios conservadores”, esto es, aquellos que no pudieron adecuarse a una política activa en vez del propagandismo de los pequeños círculos del ambiente intelectual. Hacia el final de 1933 Trotsky escribía:

Una organización revolucionaria no puede desarrollarse sin depurarse, especialmente bajo las condiciones del trabajo legal, cuando no es excepcional que elementos extraños y degradados se junten bajo la bandera de la revolución [...] Nosotros estamos realizando un viraje revolucionario importante. En estos momentos, crisis internas o divisiones son absolutamente inevitables. Temerlos, es sustituir la política revolucionaria por el sentimentalismo pequeño-burgués y por las intrigas personales. La Liga [grupo trotskista francés] está atravesando una primera crisis bajo la bandera de criterios revolucionarios grandes y claros [...] En estas condiciones el apartamiento de una parte de la Liga será un gran paso adelante. Eliminará todo aquello que es enfermizo, inútil e incapaz; dará una lección a los elementos irresolutos y vacilantes; endurecerá a las mejores secciones de la juventud; mejorará la atmósfera interna; abrirá a la Liga nuevas y grandes posibilidades.²⁵

No hay duda que todo era correcto en principio, y de hecho, algunas fuerzas nuevas fueron reclutadas en las organizaciones socialistas juveniles, para sustituir aquellas que habían sido eliminadas (o que, como fue en la mayoría de los casos, simplemente se habían salido). No obstante, el equilibrio de fuerzas –la patética pequeñez de la izquierda revolucionaria– permaneció básicamente inalterada. ¿Y entonces?

Trotsky tenía prisa en fundar la Cuarta Internacional. Después de declarar repetidas veces que no podía tratarse de una perspectiva inmediata, pues las fuerzas para esto no estaban disponibles –en 1935 había denunciado como “un chisme estúpido” la idea de que “los trotskistas quieren proclamar una Cuarta Internacional el próximo jueves”– Trotsky propuso, un año después, justamente eso: la proclamación de una nueva Internacional. En dicha ocasión no logró persuadir a sus seguidores, pero para 1938 los había ganado para esta propuesta.

Las fuerzas que adhirieron a la Cuarta Internacional en 1938 eran más débiles, no más fuertes, de las que existían en 1934 –el SWP de Estados Unidos era la única excepción seria. La revolución española había sido estrangulada en esos años. Trots-

ky justificó su decisión por medio de un regreso parcial no reconocido, al espontaneísmo que había defendido antes de 1917, y también a través de una analogía con la posición de Lenin en 1914.

La distancia entre nuestras fuerzas y las tareas de mañana es percibida mucho más claramente por nosotros que por nuestros críticos –escribía Trotsky al finales de 1938– pero la severa y trágica dialéctica de nuestra época está trabajando en nuestro favor. Las masas, llenas de extrema exasperación e indignación, no hallarán ninguna otra dirección a no ser la que ofrece la Cuarta Internacional.²⁷

Pero las experiencias de 1917 (positivamente), las de 1918-1919 (negativamente) y, sobre todo, la de España en 1936, habían demostrado la necesidad indispensable de partidos enraizados en sus respectivas clases trabajadoras nacionales durante un largo período de luchas por demandas parciales. Trotsky reconocía esto de manera más clara que la mayoría. Pero dado que tales partidos no existían, y su necesidad era extremadamente urgente, lo que hizo fue refugiarse en un *Wiltgeist* [espíritu del mundo] de la revolución, que los crearía de alguna manera a partir de la “exasperación e indignación” espontánea, siempre y cuando “una bandera inmaculada” fuese levantada bien alto. La excitación espontánea llevaría en el curso de la guerra o luego, a los aislados e inexperientes “liderazgos” de las secciones de la Cuarta Internacional, a liderar partidos de masas.

La analogía con los planteos de Lenin de 1914, era doblemente inadecuada. Cuando Lenin escribió ese año: “La Segunda Internacional ha muerto [...] Viva la Tercera Internacional”, ya era el dirigente más influyente de un verdadero partido de masas en un país importante. No obstante, Lenin no pensó en llamar a la fundación de la Tercera Internacional hasta un año y medio después de la Revolución de Octubre, y en una época en que él creía que existía en Europa un movimiento revolucionario de masas en ascenso. Que Trotsky ignorase todo esto era un tributo de su voluntad revolucionaria. Pero, políticamente, esto descarrilaría y desorientaría a sus seguidores cuando, fruto de su muerte, una verdadera crisis atravesaría a todos ellos –lo que era inevitable dado su aislamiento– y les hizo mucho más difícil desarrollar una orientación revolucionaria realista.

Había un elemento cercano al mesianismo en las concepciones que expresó Trotsky en sus últimos años. En una situación desesperadamente difícil, con el fascismo en ascenso, derrotas sucesivas del movimiento obrero y una nueva guerra mundial inminente, la bandera de la revolución debía ser levantada, el programa del comunismo reafirmado, hasta que la propia revolución transformase la situación.

Quizás hubiera sido imposible unificar a quienes le seguían sin una perspectiva con estas características, que en este caso, fue una desviación “necesaria” de su visión madura. Pero el precio a pagar posteriormente fue muy elevado.

Capítulo 5

El legado

Trotsky escribió cierta vez que la esencia de la tragedia era el contraste entre grandes objetivos e insignificantes medios. Independientemente de lo que pueda decirse sobre esta generalización, ciertamente ella resume la propia situación de Trotsky durante sus últimos años de vida. El hombre que organizó la Insurrección de Octubre, que dirigió las operaciones del Ejército Rojo, que había lidiado –como amigo o enemigo– con los partidos obreros de masas (revolucionarios y reformistas) en el Comintern, se hallaba reducido a luchar para mantener unido a un puñado de grupos minúsculos, esparcidos por todas partes, todos ellos impotentes en la práctica para influir en el curso de los acontecimientos, incluso marginalmente.

Trotsky estuvo obligado a intervenir repetidas veces en centenares de disputas insignificantes entre media docena de pequeños grupos. Algunas de estas disputas implicaban claro, asuntos serios de principios políticos, pero incluso estos tenían sus raíces, como Trotsky llegó a verlo con claridad, en el aislamiento de estos grupos con respecto al movimiento obrero y en la influencia en ellos del ambiente pequeño-burgués –porque ese era el ambiente al cual fueron empujados y al cual muchos de ellos ya se habían adaptado.

No obstante, Trotsky luchó hasta el fin. Inevitablemente, su aislamiento forzado y la imposibilidad de participar efectivamente del movimiento obrero, en el cual había desempeñado un papel clave, afectó hasta cierto punto su comprensión del curso que seguía una lucha de clases en constante cambio. Ni incluso su vasta experiencia y sus magníficas reflexiones tácticas podían sustituir completamente la falta de retroalimentación con los militantes implicados en las luchas del día a día, lo que solo era posible en un verdadero partido comunista. En la medida en que el período de aislamiento se prolongaba, esto se hizo más claro. Compárese su “Programa de Transición” de 1938 con aquel que sirvió de prototipo al mismo, el “Programa de Acción” para Francia de 1934. Si medimos cuan frescos, relevantes, específicos y concretos eran respecto de la lucha real, el “Programa” de 1934 era claramente superior.

Indudablemente, esto no se debía a “fallas” intelectuales. Algunos de los últimos escritos de Trotsky, como el titulado *Los sindicatos en la época de la decadencia imperialista*, constituyen aportes claves al pensamiento marxista. Se debía más a la falta de contacto íntimo con cantidades significativas de militantes implicados en la verdadera lucha de clases.

No obstante, cuando Trotsky fue asesinado en Agosto de 1940 por el agente enviado por Stalin, dejó un movimiento. Fuera cuales fueran las debilidades y defectos que tenía dicho movimiento, y tenía muchos, era una enorme realización. El crecimiento del estalinismo y el triunfo del fascismo en la mayor parte de Europa, casi destruyeron toda huella de la auténtica tradición comunista en el movimiento obrero. La acción

destruccion del fascismo fue directa: aplastó las organizaciones de los trabajadores donde quiera que llegó al poder. Dentro de la URSS el estalinismo hizo lo mismo, a través de métodos diferentes. Fuera de la URSS, el estalinismo corrompió y después efectivamente estranguló la tradición revolucionaria en tanto movimiento de masas.

Es difícil hoy tener noción de la fuerza que disponía el torrente de calumnias y mentiras que fueron hechas tanto contra Trotsky como contra sus seguidores en los años 30s. Todos los recursos de la propaganda de la URSS y de los partidos del Comintern fueron puestos a funcionar para denunciar a los “trotskistas” como agentes de Hitler, del Emperador japonés y de todo tipo de reacción. El asesinato de los viejos cuadros bolcheviques en la URSS (algunos luego de los espectaculares “juicios-shows”, y la mayoría de manera sumaria sin juicio alguno) fue presentado como un triunfo para las fuerzas “del socialismo y de la paz”, como decía la consigna estalinista de aquellos años.

Todos los débiles traidores, corruptos y ambiciosos del socialismo dentro de la Unión Soviética fueron contratados para hacer el trabajo sucio del capitalismo y del fascismo –decía el Informe del Comité Central al XV Congreso del Partido Comunista de Gran Bretaña en 1938. Al frente de toda destrucción, sabotajes y asesinatos, está el agente fascista Trotsky. Pero las defensas del pueblo soviético son fuertes. Bajo el liderazgo de nuestro camarada bolchevique Yezhov, el espionaje y la destrucción fueron expuestos al mundo y enfrentados a la justicia.¹

Yezhov, que subiría la poder con el asesinato judicial de su predecesor, Yagoda, fue el jefe de la policía que presidió la masacre de los comunistas y de muchos otros en la URSS entre 1937-1938, en el momento máximo del terror estalinista. La línea oficial, expuesta por el propio Stalin, era que el “trotskismo es la punta de lanza de la burguesía contrarrevolucionaria en guerra contra el comunismo”.² Esta campaña masiva de mentiras, ayudada por numerosos “liberales” y “compañeros de viaje” socialdemócratas que fueron atraídos hacia los partidos comunistas luego de 1935, fue mantenida por más de veinte años. Sirvió para vacunar a los militantes de los partidos comunistas contra las críticas marxistas al estalinismo. De igual importancia para las pequeñas organizaciones revolucionarias de aquel tiempo, fue la desmoralización generalizada que provocó el colapso de los Frentes Populares y la aproximación de la Segunda Guerra Mundial. Trotsky expresó este hecho vívidamente en un discusión en la primavera de 1939:

No estamos progresando políticamente. Sí, esto es un hecho, el cual es expresión de la decadencia general del movimiento obrero en los últimos quince años. Esta es la causa más importante. Cuando el movimiento revolucionario en general está declinando, cuando una derrota sigue a otra, cuando el fascismo se disemina por el mundo, cuando el “marxismo” oficial es el más poderoso instrumento para engañar a los trabajadores, y así con todo, es inevitable una situación en la cual los elementos revolucionarios se encuentran obligados a marchar en contra de la corriente histórica general. Aunque nuestras ideas sean exactas y sabias, las masas no son educadas con pronósticos, sino por las experiencias de sus vidas. Esta es la explicación más general –la situación como un todo está contra nosotros.³

La pequeña Cuarta Internacional que sobrevivió en estas condiciones glaciares, bajo inspiración y dirección de Trotsky, se hallaba más atemorizada políticamente por la experiencia de lo que aparentaba. Posteriormente, sufrió mutaciones adicionales. No obstante, era la única tendencia auténticamente comunista de alguna importancia que sobrevivió a esa edad de hielo.

La situación mundial entre 1938 y 1940

En el centro de la visión de Trotsky sobre el mundo, en los últimos años de su vida, estaba la convicción de que el sistema capitalista estaba próximo a su último suspiro.

Las condiciones económicas necesarias para la revolución proletaria ya alcanzaron, en general, el más alto grado de maduración posible bajo el capitalismo. Las fuerzas productivas de la humanidad dejaron de crecer. Las nuevas invenciones y los nuevos progresos ya no producen un crecimiento de la riqueza material

Bajo las condiciones de la crisis social de todo el sistema capitalista, las crisis coyunturales sobrecargan a las masas de privaciones y sufrimientos cada vez mayores. El crecimiento del desempleo profundiza, a la vez, la crisis financiera del Estado y debilita los inestables sistemas monetarios. Los gobiernos, tanto democráticos como fascistas, van de una bancarrota en otra.⁴

De hecho, esta era una buena descripción del estado en que se encontraba en aquella época la mayor parte de la economía mundial. Como se ha dicho, Trotsky estaba profundamente impresionado por el contraste entre este estancamiento y el acelerado crecimiento de la URSS (había otras excepciones importantes también, las cuales Trotsky no tomó en cuenta: la producción industrial de Japón se duplicó entre 1927 y 1936 y luego continuó creciendo, mientras que en la Alemania de Hitler el desempleo prácticamente desapareció en el marco del impulso armamentista).

Pero Trotsky buscaba algo más que una descripción de la coyuntura mundial. Consideraba que la situación del capitalismo era irreparable. “La desintegración del capitalismo alcanzó límites extremos, igual que la desintegración de la vieja clase dominante. La continuidad de este sistema es imposible”,⁵ escribía en 1939.

Siendo así, los partidos obreros reformistas no podrían conquistar mayor respaldo, “cuando cada reivindicación sería de la clase trabajadora, e incluso cada reivindicación de la pequeña burguesía, conducen, inevitablemente, más allá de los límites de las relaciones de propiedad capitalistas y del Estado burgués”,⁶ como decía el Programa de 1938.

Pero esto no significaba que los partidos reformistas de masas desaparecieran automáticamente —la inercia histórica y la falta de una alternativa clara los preservarían por algún tiempo. Pero ellos ya no tenían ninguna base segura. Habían sido desestabilizados. El estallido de la guerra y la crisis de posguerra los destruiría.

Según Trotsky, esta previsión incluía a los partidos comunistas.

El pasaje definitivo del Comintern hacia el lado del orden burgués, y su papel cínicamente contrarrevolucionario alrededor del mundo, particularmente en España, Francia,

Estados Unidos y otros “países democráticos”, creó dificultades suplementarias excepcionales para el proletariado mundial. Bajo la bandera de la Revolución de Octubre, las políticas conciliadoras practicadas por los “Frentes Populares” condenan a la clase trabajadora a la impotencia.⁷

El había sostenido desde 1935 que “ya nada distingue a los comunistas de los socialdemócratas, excepto la fraseología, la cual no es difícil de cambiar”.⁸ La realidad, no obstante, se mostraría más compleja, un hecho que acabó por llevar a la Cuarta Internacional a una crisis profunda. Trotsky señalaba una tendencia efectiva, pero la escala de tiempo de su desarrollo era mucho más larga de lo que había imaginado. Después del pacto Hitler-Stalin (Agosto de 1939), los partidos del Cominter permanecieron leales a Moscú y durante la Guerra Fría de 1948 en adelante, ellos no capitularon así como así ante “sus” burguesías. Sus políticas no eran revolucionarias, pero no eran reformistas en el sentido más ordinario. Mantuvieron durante casi veinte años una línea de “izquierda” en relación al Estado burgués (consolidada por su exclusión sistemática del poder en Francia, Italia y otras partes luego de 1947), lo que hizo extremadamente difícil la creación de alternativas revolucionarias, incluso aunque otros factores hubieran sido más favorables.

Y en un caso importante, el de China, y otros menos importantes (entre ellos los de Albania, Yugoslavia y Vietnam), los partidos estalinistas en verdad destruyeron Estados burgueses débiles y los sustituyeron por regímenes moldeados según el modelo ruso. Particularmente, la Revolución china de 1948-1949 puso en cuestión el análisis trotskista clásico del papel de los partidos estalinistas, y particularmente, en los países atrasados. Si esta revolución era caracterizada como proletaria, la razón de existencia de la Cuarta Internacional —la naturaleza contrarrevolucionaria del estalinismo— quedaba destruida. Por otro lado, si fuese en algún sentido una revolución burguesa —una “Nueva Democracia” como Mao reivindicó en alguna oportunidad— la teoría de la revolución permanente sería puesta en cuestión. Estos aspectos serán considerados más adelante. Lo importante aquí es que la ocurrencia de la revolución, cualquiera sea la visión acerca de su naturaleza, renovó la imagen revolucionaria del estalinismo por mucho tiempo.

Pero el error más importante de Trotsky en su momento, fue considerar que no había salida económica para el capitalismo, incluso si la revolución de los trabajadores fuese impedida. Que este era su punto de vista, es algo incuestionable. Hacia finales de 1939, escribía:

Si admitimos que la actual guerra no provocará la revolución, sino el debilitamiento de la clase trabajadora, entonces resta considerar otra alternativa: el avance de la decadencia del capitalismo monopolista, una mayor fusión del mismo con el aparato estatal, y la sustitución de la democracia por un régimen totalitario, donde quiera que siguiera existiendo. La incapacidad de la clase trabajadora de tomar la dirección de la sociedad en sus manos podría conducir, bajo estas condiciones, al surgimiento de una nueva clase explotadora a partir de una burocracia fascista bonapartista. Este sería, de acuerdo con todas las indicaciones, un régimen decadente, señalando el eclipse de la civilización.⁹

Tal vez, presionado, Trotsky hubiera admitido que cierta expansión económica temporal era posible sobre una base cíclica. Había percibido rápidamente la recuperación limitada del capitalismo europeo entre 1920 y 1921 (y extrajo conclusiones políticas de ese hecho) y también había señalado la efectiva recuperación económica del abismo de 1929-1931 durante los 30s. Pero excluyó completamente la posibilidad de una recuperación económica prolongada, como para dar esperanza al reformismo en cuanto fuerza de masas en las décadas posteriores a la Primera Guerra Mundial.

Su visión era común a toda la izquierda de aquella época. No obstante, ya existía evidencia de que la producción de armas a gran escala podría producir un crecimiento económico global –crecimiento que no se limitaba al sector militar de la economía. Indudablemente esta evidencia se relacionaba con los preparativos para la Segunda Guerra Mundial. ¿Y si suponemos que los preparativos para la guerra pudiesen volverse permanentes o parcialmente permanentes?

De hecho, después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo experimentó una masiva recuperación. Lejos de la contracción y la decadencia económica, ocurrió una expansión incluso mayor a la verificada durante la época imperialista anterior a 1914. Como Michael Kidron afirmaba en 1968, “el sistema como un todo nunca creció tan rápidamente y por un período tan largo como después de la guerra –dos veces más rápido entre 1950 y 1964 que entre 1913 y 1950 [...]”.¹⁰

El reformismo recibió un nuevo soplo de vida en los países capitalistas avanzados, gracias al creciente nivel de vida de la clase trabajadora. El hecho de que la masiva recuperación económica –el largo *boom* de los años 50s y 60s– se debiera principalmente al crecimiento de la inversión estatal (particularmente en el sector militar), fue cuestionado, incluso de manera absurda, tanto por autores reformistas como marxistas. Lo que no puede ser cuestionado, es el hecho de que el pronóstico de Trotsky estaba bastante equivocado. Las consecuencias políticas del *boom* negaban la previsión de que las alternativas inmediatas eran la revolución de los trabajadores o una “dictadura fascista bonapartista” que antecediera el “eclipse de la civilización”. Por el contrario, la democracia burguesa y el dominio reformista del movimiento obrero fueron de nuevo la norma en la mayoría de los países avanzados.

Una condición indispensable para este desarrollo fue que sobrevivieran los regímenes burgueses luego de las grandes revueltas de 1944-1945, cuando los Estados fascistas se derrumbaban como resultado de la combinación del poder militar aliado y crecientes revueltas populares. En la mayoría de los países europeos los partidos comunistas y socialdemócratas crecieron rápidamente en esta fase crítica, jugando un papel contrarrevolucionario tanto en Europa oriental como occidental, especialmente en Francia e Italia.

Trotsky había dado por descontado el renacimiento de los partidos obreros existentes junto con las revueltas (sus escritos sobre la Revolución rusa bastan para dejar esto fuera de duda) y también su política contrarrevolucionaria. Pero fruto de que su perspectiva se basaba en la catástrofe económica, el emprobecimiento generalizado de las masas y el surgimiento de regímenes totalitarios, siendo la única alternativa la revolución de los trabajadores a corto plazo, creía que ese renacimiento del reformismo duraría muy poco tiempo –una especie de intervalo, como fue el gobierno de Kerensky.

Es por esto que escribió con tanta confianza a finales de 1938: “En los próximos diez años el Programa de la Cuarta Internacional se volverá la guía de millones, y estos millones de revolucionarios tomarán por asalto el cielo y la tierra.”¹¹ El tono mesiánico introducido de estas palabras, hizo que los seguidores de Trotsky tuviesen serias dificultades en realizar evaluaciones meditadas y realistas de los cambios en la conciencia de la clase trabajadora, de la alteración de la correlación de fuerzas entre las clases, y así extraer el máximo provecho de dichas situaciones a través de tácticas adecuadas (la esencia de la práctica política leninista).

Aquí debemos hacer mención del énfasis dado por Trotsky a la importancia de las “reivindicaciones transicionales”, a las cuales debe su nombre el Programa de 1938, denominado popularmente como “Programa de Transición”:

En el proceso de las luchas cotidianas es necesario ayudar a las masas a encontrar el puente entre sus reivindicaciones actuales y el programa socialista de la revolución. Este puente debe incluir un conjunto de reivindicaciones transitorias, que parta de las condiciones actuales y de la conciencia actual de grandes sectores de la clase obrera, y conduzca invariablemente hacia una única y misma conclusión: la conquista del poder por parte de la clase trabajadora.¹²

Si es o no posible encontrar consignas o demandas que cumplan exactamente con estas especificaciones, dependerá obviamente de las circunstancias. Si en un determinado momento “la conciencia actual de grandes sectores” es decididamente no revolucionaria, entonces dicha conciencia no podrá ser transformada con consignas. Son necesarios cambios en las condiciones existentes. El problema es, en cada etapa, encontrar e impulsar consignas que además de que logren eco en algunos sectores de la clase trabajadora (el ideal, claro, sería que lo tuvieran en toda la clase obrera) sean capaces de conducir a dichos sectores a la acción. Y consignas como estas, frecuentemente no son transicionales en el sentido estricto de la definición de Trotsky.

Es claro que Trotsky no es responsable por la tendencia de la mayoría de sus seguidores a transformar en un fetiche no solo el concepto de reivindicaciones transicionales, sino incluso a las reivindicaciones específicas del Programa de 1938 –principalmente la “escala móvil de salarios”. El énfasis dado por ellos a este aspecto fue excesivo, y sustentó su convicción de que las “reivindicaciones” eran independientes de la organización revolucionaria de la clase trabajadora.

La URSS, el estalinismo, la guerra y sus consecuencias

La Segunda Guerra Mundial comenzó con la invasión alemana de Polonia, la que fue rápidamente seguida por la división del territorio del Estado polaco entre Hitler y Stalin. Durante casi dos años (del verano boreal de 1939 al de 1941) Hitler y Stalin fueron aliados, y en este período, el régimen de Stalin se anexó los Estados bálticos, Ucrania occidental, Bielorrusia occidental y otros.

Desde 1935 hasta entonces, la política exterior de Stalin se había dirigido a lograr una alianza militar con Francia y Gran Bretaña contra Hitler. La política de los Frentes Populares del Cominter era su complemento. Fruto del pacto Hitler-Stalin,

los partidos comunistas adoptaron una posición “antiguerra”, cuyo contenido real era cualquier cosa menos revolucionario, hasta el ataque de Hitler a la URSS (lo que los llevó a posicionamientos superpatrióticos en los “países aliados”).

El pacto Hitler-Stalin y la división de Polonia produjeron mucho rechazo contra la URSS en los círculos de izquierda situados fuera de los partidos comunistas (y un buen número de deserciones también), y tuvo impacto en los grupos trotskistas. En el mayor de ellos, el Socialist Workers Party (SWP) de Estados Unidos, un sector comenzó a cuestionar la consigna de Trotsky de “defensa incondicional de la URSS contra el imperialismo”, la cual era consecuencia de la definición de la URSS como un “Estado obrero deformado”. Luego, el cuestionamiento también se extendería a esta definición.

En el curso del debate que siguió, Trotsky llevó su análisis del estalinismo en la URSS hasta su máximo desarrollo, y consideró algunas posiciones alternativas con el fin de rechazarlas. El escribió en Septiembre de 1939:

Comencemos por colocar el problema de la naturaleza del Estado soviético, no en un nivel sociológico abstracto, sino en el plano de las tareas políticas concretas. Admitamos por un momento que la burocracia es una nueva “clase”, y que el régimen actual en la URSS es un sistema especial de explotación de clases. ¿Qué conclusiones políticas nuevas podemos extraer de estas definiciones? La Cuarta Internacional hace mucho tiempo reconoció la necesidad de derribar a la burocracia a través de una insurrección revolucionaria de los trabajadores. Nada más es propuesto o puede ser propuesto por esos que proclaman que la burocracia es una “clase” explotadora. La meta buscada por el derrocamiento de la burocracia es el reestablecimiento del dominio de los soviets, expulsando de ellos a la burocracia actual. Nada diferente es propuesto o puede ser propuesto por los críticos de izquierda. Es la tarea de los soviets regenerados colaborar con la revolución mundial y la construcción de una sociedad socialista. Por esto, el derrocamiento de la burocracia presupone la preservación de la propiedad estatal y de la economía planificada [...] En la medida en que la cuestión del derrocamiento de la oligarquía parasitaria permanece ligado con la preservación de la propiedad nacionalizada, nosotros llamamos a la futura revolución una revolución política. Algunos de nuestros críticos (Ciliga, Bruno y otros) quieren, a cualquier precio, llamarla revolución social. Admitamos esta definición. ¿En qué altera la esencia? En sí no modifica en nada las tareas de la revolución que nosotros estamos debatiendo.¹³

A primera vista, este es un argumento muy fuerte. ¿Pero y al respecto de la defensa de la URSS?

La defensa de la URSS coincide para nosotros con la preparación de la revolución mundial. Solamente son admisibles aquellos métodos que no entren en conflicto con los intereses de la revolución. La defensa de la URSS está relacionada a la revolución mundial, así como una tarea táctica está relacionada con una estratégica. Una táctica está subordinada a un objetivo estratégico, y en ningún caso puede estar en contradicción con este último.¹⁴

Pero si las exigencias de la operación táctica entran, de hecho, en conflicto con el objetivo estratégico (como creían aquellos que criticaban desde la izquierda a Trotsky),

entonces la táctica —esto es, la defensa de la URSS— debía sacrificarse. Sobre esta base, aparentemente, los críticos de Trotsky (quienes se consideraban ellos mismos como revolucionarios) podían fácilmente acordar en diferir con esta terminología. [...]

En realidad, Trotsky creía que estaba en juego mucho más. Si la burocracia realmente constituyese una clase y la URSS fuera una nueva forma de sociedad de explotación, entonces, no se podría considerar que la Rusia estalinista era un producto excepcional de circunstancias únicas, ni se podría afirmar que estaría condenada a desaparecer en breve, tal como Trotsky creía.

Pero el asunto no terminaba aquí. Trotsky llamó la atención sobre una visión que estaba en el “aire”, por así decir, a finales de los años 30s, de que la “burocratización” y la “estatización” estaban avanzando en todos lados, indicando las características de la sociedad venidera —un “estatismo totalitario”, el cual Trotsky mismo esperaba que se desarrollase, a menos que una revolución de los trabajadores siguiese a la guerra. El libro *1984* de George Orwell (1944) expresaba ese temor. Esta cuestión fue confundida con “la perspectiva histórica mundial para las próximas décadas, si no siglos: ¿estamos entrando en la época de la revolución social y de la sociedad socialista, o de lo contrario, en la época de la sociedad decadente de la burocracia totalitaria?”¹⁵

Las alternativas fueron planteadas falsamente. Las previsiones de *La burocratización del mundo* (título del libro de Bruno Rizzi citado por Trotsky) eran impresionistas, no el producto de un profundo análisis. Tampoco se podía concluir que si la URSS realmente fuese una sociedad de explotación en el sentido marxista (y era entorno a esto que giraban los argumentos aparentemente escolásticos de si la burocracia era una “clase” o una “casta”), ella sería una sociedad de explotación de tipo fundamentalmente nuevo. ¿Y si suponemos que era una forma de capitalismo? Si esto era así, todos los argumentos sobre la “perspectiva histórica mundial” caían por tierra. Por supuesto, Trotsky estaba familiarizado con el concepto de capitalismo de estado. En la *Revolución traicionada* escribió:

Teóricamente es posible concebir una situación en la cual la burguesía como un todo se constituye en una sociedad anónima que, por medio de su Estado, administra la economía nacional en su conjunto. Las leyes económicas de un régimen como este no representarían un misterio. Un único capitalista, como es bien conocido, recibe en la forma de ganancia, no aquella parte de plusvalía que es creada por los trabajadores de su empresa, sino una parte de la plusvalía combinada creada en todo el país, proporcional al tamaño de su propio capital. Bajo un “capitalismo de estado” integral, la ley de la tasa de ganancia igual sería realizada, no a través de distintos caminos —esto es, por la competencia entre capitales diferentes— sino inmediata y directamente a través de la contabilidad estatal. Por esto, tal régimen nunca existió, y fruto de las profundas contradicciones entre los propietarios, nunca existirá —además, porque en su calidad de depositario universal de la propiedad capitalista, el Estado sería un objeto por demás tentador de la revolución social.¹⁶

Aunque Trotsky pensase que un sistema de capitalismo de estado “integral” (lo cual quiere decir, total) fuese teóricamente posible, decía que tal sistema no existiría. Pero supongamos que la burguesía fuese destruida por una revolución y los trabaja-

dores –debido a su debilidad numérica o cultural– fallaran en tomar el poder, o después de haberlo tomado, en mantenerlo. La burocracia que emergiera como sector privilegiado (tal como Trotsky había descrito gráficamente el caso de la burocracia estalinista de la URSS) controlaría al Estado y la economía. ¿Cuál sería en realidad su papel económico? ¿No sería una clase capitalista “sustituta”? No se puede argumentar que la burocracia estalinista no era capitalista porque controlaba toda la economía nacional. Trotsky había admitido que, en principio, una burguesía estatal podría ocupar tal posición [...]

La cuestión principal es saber quien controla el proceso de acumulación. Retomando esta cuestión en 1939, Trotsky escribía:

Rechazamos, y seguimos rechazando esta expresión [capitalismo de estado] la cual, si bien caracteriza correctamente ciertos aspectos del Estado soviético, ignora su diferencia fundamental en relación con los Estados capitalistas, esto es, la ausencia de la burguesía como clase de propietarios, la existencia de la propiedad estatal de los medios de producción más importantes y, finalmente, la economía planificada vuelta posible por la Revolución de Octubre.¹⁷

Trotsky analizó siempre la sociedad estalinista desde el punto de vista de la forma de propiedad, y no desde las relaciones de producción concretas –aunque haya usado frecuentemente esta expresión y, en realidad, las haya tratado como idénticas. El asunto, es que no son idénticas. En una crítica a Proudhon, Marx explica que:

para definir la propiedad burguesa es necesario realizar una exposición de la totalidad de las relaciones sociales de producción burguesas. Intentar definir la propiedad como si fuese una relación independiente, una categoría separada –o sea, una idea eterna y abstracta– no es nada más que una ilusión metafísica o jurídica.¹⁸

Y de esta misma forma se debe analizar a la URSS. La forma de propiedad (en este caso, la propiedad estatal) no puede ser considerada independientemente de las relaciones sociales de producción. La relación de producción dominante en la URSS (especialmente luego de la industrialización) era la relación trabajo asalariado-capital, característica del capitalismo. El trabajador en la URSS vendía la mercancía fuerza de trabajo, de la misma forma en que lo hacía un trabajador en Estados Unidos. A cambio de su trabajo no recibía raciones, como un esclavo, tampoco una parte de lo producido, como si fuese un siervo, sino dinero, el cual era gastado en mercancías producidas para vender.

Trabajo asalariado implica capital. No había burguesía alguna en la URSS. Pero había ciertamente, capital –tal como este fue definido por Marx. Capital, el cual es necesario decirlo, no consiste –para un marxista– en materias primas, créditos y demás. Capital es “un poder social independiente, esto es, el poder de una parte de la sociedad, que se mantiene e incrementa a través de la compra de fuerza de trabajo. La existencia de una clase que posee solo su capacidad de trabajo es condición preliminar y necesaria del capital. Es exclusivamente el dominio de la acumulación lo

que transforma el trabajo acumulado en capital”.¹⁹ Tal situación sí existía en la URSS.

Para Marx, la burguesía era la “personificación” del capital. En la URSS la burocracia cumplía esta función. Este último punto fue negado directamente por Trotsky. En su opinión, la burocracia era simplemente un “gendarme” en el proceso de distribución, determinando quién recibía qué parte de la riqueza y cuándo. Pero esto es inseparable del proceso de acumulación de capital. La sugerencia de que la burocracia no dirigía el proceso de acumulación, esto es, que no actuaba como “personificación” del capital, no resiste exámen alguno. Si no era la burocracia, entonces ¿quién lo dirigía? Indudablemente, no era la clase trabajadora.

El último punto ilustra exactamente la distinción esencial entre cualquier forma de capitalismo y una genuina sociedad de transición (un Estado obrero, el poder de los trabajadores, la dictadura del proletariado), en la cual el trabajo asalariado inevitablemente seguirá existiendo por algún tiempo. Dicha sociedad de transición radica en el control colectivo de la clase trabajadora sobre la economía planificada y sobre la relación trabajo-capital. Si se pierde ese control, en una sociedad industrial, el poder del capital es reestablecido. El concepto de Estado obrero carece de sentido sin algún grado de control de los trabajadores sobre la sociedad.

Claro que si la sociedad de la URSS fuera descrita como una forma de capitalismo de estado, se debe admitir que era una sociedad capitalista altamente peculiar. Una discusión de las peculiaridades y de la dinámica de la URSS no cabe aquí. Sin duda, un mejor análisis puede ser hallado en la obra de Tony Cliff, *El capitalismo de estado en la URSS*.²⁰ Lo que aquí es relevante, es el error de Trotsky al examinar las relaciones de producción concretas existentes en la URSS y sus consecuencias. Su visión final fue:

Un régimen totalitario, sea del tipo estalinista o fascista, por su propia esencia, solo puede ser un régimen transitorio, temporal. En la historia, las dictaduras generalmente fueron producto y la señal de una crisis social seria, y de forma alguna, regímenes estables. Las crisis agudas no pueden ser condición permanente en ninguna sociedad. Un Estado totalitario es capaz de suprimir las contradicciones sociales durante cierto período, pero es incapaz de perpetuarse. Las purgas monstruosas en la URSS son testimonio convincente de que la sociedad soviética tiende, orgánicamente, a rechazar a la burocracia [...] Síntoma de la proximidad de su agonía mortal, es la extensión y fraudulencia monstruosa de dichas purgas. Stalin no muestra otra cosa que no sea la incapacidad de la burocracia para transformarse en una clase dominante estable. ¿No quedaríamos en una posición ridícula si justamente unos años antes, o algunos meses antes de la caída desonrosa de la oligarquía bonapartista, le diéramos la denominación de nueva clase dominante?²¹

Esta caída, recordemos, era esperada por Trotsky porque la burocracia “se volvería más y más un órgano de la burguesía mundial [...] y destruiría las nuevas formas de propiedad”, o porque estallaría una revolución proletaria (o, claro, porque ocurriría una invasión extranjera). Y todo esto era esperado para el futuro cercano.

Esta fue la valoración legada por Trotsky a sus seguidores y, de igual forma que su perspectiva para el capitalismo occidental, serviría para desorientarlos. La existencia de un sector de la burocracia deseoso de restaurar el capitalismo de mercado

probó ser solo un mito, durante el período analizado. Además, esta convicción de Trotsky se contradecía con sus previsiones respecto de la posibilidad de un estatismo totalitario en los países capitalistas avanzados.

La URSS emergió de la Segunda Guerra Mundial más fuerte que antes (en relación con las otras potencias), con una burocracia firme al mando, sobre la base de una industria estatizada. Además de esto, se produjo la imposición de regímenes similares al ruso en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Alemania Oriental y Corea del Norte. Y surgieron regímenes estalinistas “nativos” en Albania, Yugoslavia y, un poco más tarde, en China, Cuba y Vietnam, sin ninguna intervención del ejército ruso. El estalinismo, evidentemente, no estaba en su “agonía mortal”, sino que era, en ausencia de la revolución de los trabajadores, un medio alternativo de acumulación de capital al capitalismo monopólico “clásico”.

La revolución permanente desviada

La clase trabajadora industrial no desempeñó ningún papel en la conquista del poder por el Partido Comunista Chino (PCCh) en 1948-1949. Los trabajadores industriales tampoco desempeñaron papel alguno dentro del PCCh.

Tomemos primeramente este último punto. Si bien hacia fines de 1925 los trabajadores componían más del 66% del Partido Comunista Chino (los campesinos formaban el 5%, y el resto correspondía a distintos sectores de la pequeña burguesía urbana, entre los cuales los intelectuales eran los más importantes), en Septiembre de 1930 la proporción de trabajadores, según los propios datos del PCCh, había caído al 1,6%.²² A partir de entonces el número de trabajadores en el partido fue prácticamente cero, hasta después que las fuerzas de Mao dominaron China.

Después de la derrota de la “Comuna de Cantón” a finales de 1927, el Partido Comunista Chino retrocedió hacia el campo y adoptó la guerra de guerrillas. Se fundó la “República Soviética de Kiangsi”, con un territorio variable dentro de China central, hasta que fue finalmente invadida por las fuerzas de Chiang Kai-Shek en 1934, lo que llevó al Ejército Rojo a emprender su “larga marcha” hacia Shensi, en el extremo noroeste del país. Esta operación heroica, llevada a cabo en una situación extremadamente adversa, llevó al partido-ejército (entre los cuales era cada vez más difícil hacer una distinción) a un área distante de la vida urbana, de la industria moderna y de la clase trabajadora china. Chu Teh, entonces principal jefe militar, admitió que “las regiones bajo la dirección de los comunistas son las más atrasadas económicamente en todo el país”.²³ Y ese país era uno de los países más atrasados del mundo de entonces.

Fue ahí que, por más de diez años, las fuerzas del Partido Comunista Chino continuaron su lucha por sobrevivir contra los ejércitos de Chiang Kai-Shek (aunque fuesen fuerzas nominalmente aliadas desde 1935) y los invasores japoneses. En dicha región campesina fue erigido un aparato estatal, con las características jerárquicas y autoritarias habituales, con intelectuales urbanos en la cima y campesinos en la base. Por su parte, el ejército japonés controló todas las áreas de desarrollo industrial importante desde 1937 a 1945.

Con la rendición japonesa de 1945, las fuerzas del Kuomintang (KMT) ocuparon la mayoría de China con la ayuda de Estados Unidos, pero el régimen extremadamente corrupto del Kuomintang estaba entrando en un estado avanzado de descomposición. Después de que los intentos de formar un gobierno nacional de coalición entre el Kuomintang y el Partido Comunista Chino fracasaron, el PCCh derrotó a su desmoralizado y fragmentado oponente, utilizando medios puramente militares. El apoyo y la masiva ayuda material y militar de Estados Unidos al KMT no alteraron el resultado. Unidades y divisiones, y hasta los propios cuerpos de ejército completos, desertaron con sus generales.

La estrategia de Mao fue alentar esos cambios de lealtad y abatir cualquier acción independiente por parte de campesinos y trabajadores –especialmente de estos últimos. El Partido Comunista Chino estaba totalmente divorciado de la clase trabajadora. Antes de la caída de Pekín, Lin Piao, el comandante del ejército del PCCh en el área, y más tarde sustituto de Mao al caer este en desgracia y además morir en 1971, emitió un comunicado instando a los trabajadores a que no se sublevaran, sino que “mantuvieran el orden y continuaran con sus ocupaciones habituales. Los funcionarios del Kuomintang y el personal de policía de la ciudad, municipio u otro nivel de institución de gobierno [...] deben permanecer en sus puestos”.²⁴ En Enero de 1949 el general del Kuomintang, a cargo de la guarnición de Pekín, se rindió. El “orden” fue mantenido. Un gobernador militar sucedió a otro.

Lo mismo aconteció cuando las fuerzas del Partido Comunista Chino se aproximaron al río Yang-Tse y a las grandes ciudades de China central como Shangai y Hankow, que habían sido los epicentros de la revolución de 1925-1926. Un comunicado especial, emitido con las firmas de Mao Tse-Tung (jefe de gobierno) y Chu Teh (comandante en jefe del ejército), declaraba que:

trabajadores y empleados continúen trabajando, y todos los negocios funcionen normalmente [...] oficiales del Kuomintang [...] de todos los niveles... personal de la policía, tienen que permanecer en sus puestos y obedecer las órdenes del Ejército de Liberación del Pueblo y del Gobierno Popular.²⁵

Extraña revolución, con los “negocios funcionando normalmente”... Y todo fue así hasta la proclamación de la “República Popular” en Octubre de 1949. Por esto, muchos de los seguidores de Trotsky, inclusive los líderes del SWP de Estados Unidos, negaron durante muchos años que algún cambio real estuviese ocurriendo.

Esto se demostró errado. Una verdadera transformación había ocurrido. ¿Pero de qué tipo? Un aspecto central de la teoría de la revolución permanente era la convicción de que la burguesía de los países atrasados era incapaz de conducir una revolución. Esto fue más de una vez confirmado. Igualmente central era la convicción de que solo la clase trabajadora podría conducir a la masa de campesinos y a la pequeña burguesía urbana durante una revolución democrática, la cual se fundiría con la revolución socialista. Esto se demostró falso. La clase trabajadora china, en ausencia de un movimiento obrero revolucionario de masas en otra parte del mundo, perma-

neció pasiva. Tampoco el campesinado chino transgredió la visión de Marx sobre su incapacidad en desempeñar un papel político independiente. La Revolución china de 1949 no fue un movimiento campesino.

No obstante, ocurrió una revolución. China fue unificada. Las potencias imperialistas fueron expulsadas de suelo chino. La cuestión agraria, si no fue “solucionada” fue, de cualquier forma, resuelta en tanto liquidó la propiedad señorial. Todos los trazos esenciales, característicos de la revolución burguesa o democrática, como el propio Trotsky los entendía, fueron realizados, excepto la conquista de la libertad política, en el marco de la cual el movimiento obrero hubiera podido desarrollarse.

Estos cambios fueron hechos bajo la dirección de intelectuales que, en circunstancias de un colapso social general, habían construido un ejército campesino y derrotado a través de medios militares a un régimen en camino hacia su disolución. Más de 2000 años antes, la dinastía Han había sido fundada en circunstancias semejantes, bajo el liderazgo del fundador de la dinastía, que como Mao provenía de una familia campesina rica. Pero en medio del siglo XX, la sobrevivencia del nuevo régimen dependía de la industrialización. El estalinismo chino tuvo sus raíces en esta necesidad. Fue un desarrollo no previsto por Trotsky. En sí, eso no es ni sorprendente ni trascendente. Pero, tomado en conjunto con los otros resultados inesperados, tendría un efecto significativo en el futuro del movimiento trotskista.

Aquí solo consideramos el caso chino –fruto de su enorme importancia– pero, poco antes, Yugoslavia y Albania, luego Cuba y Vietnam, mostraron ciertos rasgos semejantes. El término “revolución permanente desviada” fue introducido por Tony Cliff para describir un fenómeno,²⁶ muy diferente de la teoría de la revolución permanente tal como Trotsky la entendía.

El trotskismo después de Trotsky

Los dilemas políticos que enfrentaron los seguidores de Trotsky en los años siguientes a su muerte son relevantes aquí por dos razones: primero, porque el propio Trotsky daba importancia suprema a la Cuarta Internacional; segundo, porque mostraron la vitalidad y las debilidades de sus ideas.

El internacionalismo revolucionario intransigente de Trotsky permitió que sus seguidores se resistieran a acomodarse al “imperialismo democrático” del campo aliado durante la Segunda Guerra Mundial, a despecho de la enorme presión (inclusive la presión de la masa de la clase trabajadora, y de la mayoría de sus mejores y más combativos elementos). Ellos realmente “nadaban contra la corriente” y emergieron orgullosos, a pesar de la persecución, el encarcelamiento (en Estados Unidos y Gran Bretaña, para no mencionar los países ocupados por los nazis) y las ejecuciones que eliminaron un número significativo de los activistas trotskistas de Europa.

Ellos preservaron la tradición, a pesar de todas las adversidades, ganaron nuevos miembros y, en algunos casos al menos, lograron una composición más obrera (esto se aplica principalmente a los americanos y los británicos). Ellos fueron inspirados y fortalecidos por la visión de una revolución proletaria en el futuro próximo. En este marco, el principal grupo británico publicaba un folleto en 1944 (un documento de

1942 sobre las perspectivas de futuro) bajo el título “¡Preparándose para tomar el poder!”. En esta época ese grupo no tenía más de 200 o 300 miembros... Esa magnífica indiferencia hacia las dificultades inmediatas y aparentemente insuperables, combinada con una esperanza inamovible en el futuro, fueron inspiradas por las ideas de Trotsky. Esto era típico de sus seguidores en todas partes.

Infelizmente, existía el otro lado de la moneda: una creencia al pie de la letra en el acierto hasta el detalle de la perspectiva mundial presentada por Trotsky entre 1938 y 1940, y sus previsiones. Dos elementos distintos habían sido unidos: el internacionalismo revolucionario y la fe en el futuro seguro del socialismo, con las valoraciones específicas de las perspectivas del capitalismo y del estalinismo. Consecuentemente, la atención de las realidades en constante cambio se volvió sinónimo de “revisiónismo”, para los seguidores más “ortodoxos” de Trotsky. Durante varios años luego de 1945, la mayoría del movimiento quedó encerrado en el marco de 1938.

Cuando sobrevino la crisis del movimiento trotskista, varias corrientes diferentes emergieron, algunas preservando muchos elementos de la tradición comunista, y otras muy pocos. Su mayor debilidad fue la incapacidad de la mayoría para resistir completamente la atracción gravitacional del estalinismo y, después en los años 50s y 60s, la atracción del tercermundismo. Esto, por su lado, los apartó de manera práctica y sostenida de la tarea de recrear una tendencia revolucionaria dentro de la clase trabajadora. Siendo así, el carácter predominantemente pequeño-burgués del movimiento terminó reforzado, y el círculo vicioso se perpetuó.

Habiendo dicho todo esto, sigue siendo verdad que el legado de la lucha de la vida de Trotsky, cuyos últimos años fueron vividos en condiciones extremadamente difíciles, es inmensamente valioso. Para todos los marxistas, para todos quienes el marxismo es una síntesis de la teoría y de la práctica, el legado de Trotsky es una contribución indispensable para esa síntesis en el día de hoy.

NOTAS

Introducción

Este libro fue traducido del portugués al español por Javier Carlés, en base a la traducción del original en inglés realizada al portugués por Günther Bachmann y corregida por Annie Nehmad.

1. P. Anderson, *Considerations on Western Marxism*, London: New Left Books, 1976, p.29.

Capítulo 1. Revolución permanente

1. Engels a Kautsky, *Marx and Engels: Selected Correspondence 1846-1895*, London: Lawrence & Wishart 1936, p.399.
2. “Manifesto of the Russian Social Democratic Workers’ Party”, (1898), en R.V. Daniels (ed.), *A Documentary History of Communism*, New York: Vintage 1962, Vol.1, p.7.
3. Lenin, *Collected Works*, Moscow: Foreign Languages Publishing House 1960, Vol.9, pp.55-57.
4. Ibid. Vol.21, p.33
5. Trotsky, “Our differences”, en *1905*, New York: Vintage 1972, p.312.

6. Ibid.
7. Ibid. pp.313-14.
8. Trotsky, "Results and prospects", en *The Permanent Revolution*, 1962, pp.194-95.
9. Lenin, *Collected Works*, op.cit. Vol.9, p.28.
10. Trotsky, "Our differences", op.cit. p.317.
11. Intentar justificar estas afirmaciones sobrepasa los objetivos limitados del presente trabajo. *La Historia de la Revolución Rusa* del propio Trotsky, vols 1 e 2, y la obra *Lenin* de Tony Cliff, London: Pluto Press 1976, Vol.2, proporcionan, aunque sea desde ángulos ligeramente diferentes, las evidencias decisivas.
12. T. Cliff, *Lenin*, London: Pluto Press 1976, Vol.2, p.138.
13. I. Deutscher, *The Prophet Unarmed*, London: Oxford University Press 1959, p.323.
14. Trotsky, "The Chinese Communist Party and the Kuomintang", *Leon Trotsky on China*, N.York: Monad 1976, pp.113-15.
15. Trotsky, "First speech on the Chinese question", *Leon Trotsky on China*, op.cit. p.227.
16. Trotsky, "Summary and perspectives of the Chinese revolution", *Leon Trotsky on China*, op.cit. p.297.
17. Trotsky, "The Chinese revolution and the theses of Comrade Stalin", *Leon Trotsky on China*, op. cit. pp.162-63.

Capítulo 2. Análisis del estalinismo

1. Lenin, *Collected Works*, Moscow: Foreign Languages Publishing House, 1960, Vol.33, pp.65-66.
2. E.H. Carr, *The Bolshevik Revolution*, Harmondsworth: Penguin 1963, Vol.2, pp.194-20.
3. V. Serge, *From Lenin to Stalin*, New York: Monad 1973, p.39.
4. Trotsky in I. Deutscher, *The Prophet Armed*, London: Oxford University Press 1954, p.509.
5. Lenin, op. cit. Vol.32, p.24.
6. Ibid. p. 48.
7. Un relato detallado puede hallarse en I. Deutscher, *The Prophet Unarmed*, London Oxford University Press 1959, especialmente en los capítulos 2 y 5.
8. *Platform of the Opposition*, London: New Park 1973, pp.35-36.
9. Stalin, in Trotsky, *The Revolution Betrayed*, London: New Park 1967, p.291.
10. Trotsky, "Where is the Soviet Republic going?", *Writings of Leon Trotsky 1929*, New York: Pathfinder Press 1975, pp.47-48.
11. Ibid. p.50.
12. Ibid. p.51.
13. Trotsky, 'Problems of the development of the USSR'. *Writings of Leon Trotsky 1930-31*, New York: Pathfinder Press 1973, p.215.
14. Ibid. p 225.
15. A. Nove, *An economic History of the USSR*, Harmondsworth: Penguin 1965 p 206.
16. Trotsky, 'The class nature of the Soviet State', *Writings of Leon Trotsky 1933-34*, New York: Pathfinder Press 1972, pp.117-18.
17. Trotsky, 'The workers' state, Thermidor and Bonapartism', *Writings of Leon Trotsky 1934-35*, New York: Pathfinder Press 1971, pp.166-67.
18. Ibid. p. 182.
19. I. Deutscher op cit. p. 139.
20. Trotsky, 'The Workers' state, Thermidor and Bonapartism', op. cit. pp.172-73.
21. Trotsky, 'The death agony of capitalism and the tasks of the Fourth International', *Documents of the Fourth International*, N. York: Pathfinder Press 1973, p.220.
22. Ibid p.211.
23. Trotsky, *The Revolution Betrayed*, London: New Park 1967, p.278.
24. Ibid.
25. Ibid.
26. Trotsky, *The Revolution Betrayed*, op.cit. p.254

Capítulo 3. Estrategia y táctica

1. Trotsky, 'Manifiesto of the Communist International to the workers of the world', *The First Five Years of the Communist International*, New York: Pioneer 1945 Vol.2, pp.29-30.
2. J. Degas *The Communist International 1919-43*, London: Cass 1971, Vol.1, p 26.
3. Ibid. p 6.

4. Lenin, *Collected Works*, Moscow: Foreign Languages Publishing House 1960, Vol 28 p 455.
5. S.Haffner, *Failure of a Revolution: Germany 1918-19*, London: Andre Deutsch 1973 p 152.
6. Lenin, op. cit., Vol 21 p.40.
7. J. Degras op. cit., cit Vol I, pp.12-13.
8. J. Degras op cit p 19.
9. Lenin, op cit., Vol 25 p.393.
10. Ibid., Vol 29 p.311.
11. J. Degras, op cit p 13.
12. Lenin, op.cit. Vol.31, pp.206-07.
13. Ibid. p.206.
14. J. Degras, op.cit. p.109.
15. Este medio párrafo resume una extensa cita de Trotsky insertada por Hallas. Para una lectura completa de la misma, ver Trotsky 'Speech on Comrade Zinnviev's report on the role of the party', *The First Five Years of the Communist International*, op.cit. Vol.1, pp.97-99.
16. Ibid. p.101.
17. Ibid. p.141.
18. Ibid. pp.303-05.
19. Ibid. pp.294-95.
20. J. Degras, op.cit. Vol.1, p.230.
21. Trotsky, *The First Five Years of the Communist International*, op.cit. Vol.2, pp.91-95.
22. Trotsky. *Writings of Leon Trotsky 1932-33*, New York: Pathfinder Press 1972, pp.51-55.
23. E.H. Carr, *The Interregnum 1923-1924*, Harmondsworth: Penguin 1965, p.221.
24. Trotsky, 'Lessons of the General Strike', *Trotsky's Writings on Britain*, London:New Park 1974, Vol.2, pp.241,245.
25. Ibid. p.244.
26. Ibid. pp.252-53.
27. J. Degras, *The Communist International: Documents*, London: Cass VolIII, p.44.
28. Ibid. p.159.
29. Ibid. p.224.
30. Trotsky, 'The turn in the Communist International', *The Struggle Against Fascism in Germany*, New York: Pathfinder Press 1971, pp.57-60.
31. Trotsky, 'What next?', *The Struggle Against Fascism in Germany*, op.cit. p.248.
32. Ibid. p.254.
33. J. Degras, op.cit. Vol.III, p.375.
34. Ibid. p.390.
35. Ibid. p.384.
36. Ver F. Morrow, *Revolution and Counter-Revolution in Spain*, New York: Pioneer 1938, p.34.
37. Ibid. p.35.
38. Trotsky, 'The lessons of Spain: the last warning', *The Spanish Revolution (1931-39)*, New York: Pathfinder Press 1973, p.322.

Capítulo 4. Partido y clase

1. I. Deutscher, *The Prophet Armed* [El Profeta Armado], London : Oxford University Press 1954, p45.
2. *1903: Second Congress of the Russian Social-Democratic Labour Party*, London New Park p.204.
3. Trotsky, 'Our political tasks', in R.V. Daniels (ed.), *A Documentary History of Communism*, New York: Vintage 1962, Vol. I, p.31.
4. Ver Schurer, 'The Permanent Revolution', in Labeledz (ed.) *Revisionism*, London: Allen&Unwin 1962, p.73.
5. Ibid. p.74.
6. Ver (T. Cliff, *Lenin*, London : Pluto Press 1976, Vol.1, pp.168-179, Vol.2, pp.97-139.
7. Trotsky, 'What next?', *The Struggle Against Fascism in Germany*, New York Pathfinder Press 1971, p.163.
8. Ibid. pp.163-64.
9. Ibid. p. 159.
10. Trotsky, 'Manifiesto of the Communist International to the workers of the world', *The First Five Years of the Communist International*, New York: Pioneer Vol. 1 p 29.
11. Trotsky, 'What next?' op. cit p.254.
12. Trotsky, 'The Spanish revolution and the danger threatening it' *The Spanish Revolution (1931-39)* New York: Pathfinder Press 1973, p.133.

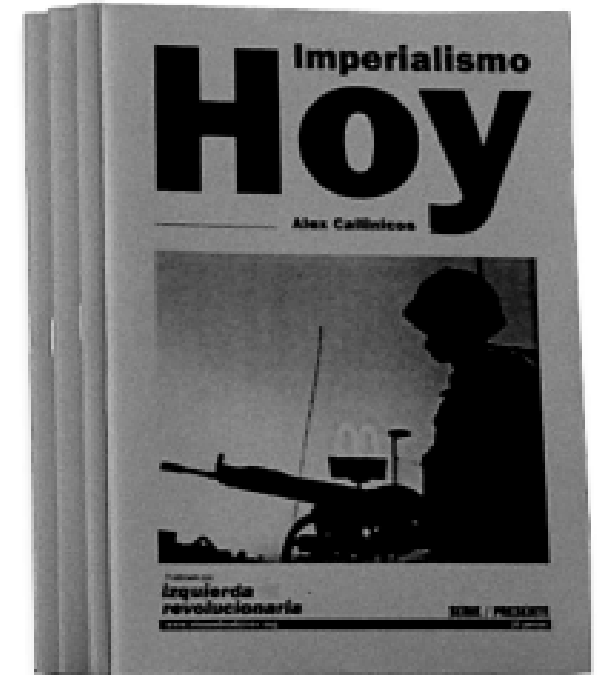
13. Trotsky 'The groupings in the communist opposition', *Writings of Leon Trotsky 1929*, New York Pathfinder Press 1975, p.81.
14. Trotsky, 'The international left opposition its tasks and methods', *Writings of Leon Trotsky 1932-33*, New York Pathfinder Press 1972, p.56.
15. Trotsky, *History of the Russian Revolution*, London : Sphere 1977, Vol.1, p306.
16. Trotsky, 'The evolution of the Comintern', *Documents of the Fourth International*, New York: Pathfinder Press 1973, Vol.1, p.128.
17. Trotsky, 'Thermidor and Bonapartism', *Writings of Leon Trotsky 1930-31*, New York Pathfinder Press 1973, p 75.
18. Trotsky, 'For a workers' united front against fascism', *The Struggle Against Fascism in Germany*, op cit. p.134.
19. Trotsky, 'Germany: key to the international situation', *The Struggle Against Fascism in Germany*, op cit. pp.121-22.
20. Trotsky, 'The Stalin bureaucracy in straits', *Writings of Leon Trotsky 1932*, New York, Pathfinder Press 1973, p.125.
21. Trotsky, 'To the editorial board of *Prometeo*', *Writings of Leon Trotsky 1930*, New York Pathfinder Press 1975, pp 285-286.
22. T. Cliff, *Lenin*, London: Pluto Press 1976, Vol.2, p.12.
23. J. van Heijenoort, *With Trotsky in exile*, Boston: Harvard University Press 1978 p 38.
24. Trotsky, 'Lessons of the SFIO entry', *Writings of Leon Trotsky 1935-36*, New York Pathfinder Press 1970, p.31.
25. Trotsky, 'It is time to stop', *Writings of Leon Trotsky 1933-34*, New York: Pathfinder Press 1972, pp.90-91.
26. Trotsky, 'Centrist alchemy or marxism', *Writings of Leon Trotsky 1934-35*, New York: Pathfinder Press 1971, p.274.
27. Trotsky, 'A great achievement', *Writings Qf Leon Trotsky 1937-38*, New York: Pathfinder Press 1976, p.439.

Capítulo 5. El legado

1. Ver *The Moscow Trials: An Anthology*, London: New Park 1967, p.12.
2. Ver I. Deutscher, *The Prophet Outcast*, New York: Vintage 1964, p.171.
3. Trotsky, 'Fighting against the stream', *Writings of Leon Trotsky 1938-39*, N.York: Pathfinder Press 1974, p.251-52.
4. Trotsky, 'The death agony of capitalism and the tasks of the Fourth International' [Programa de Transición], *Documents of the Fourth International*, New York: Pathfinder Press 1973, p.180.
5. Trotsky, 'The USSR in war', *In Defence of Marxism* [En defensa del marxismo], London: New Park 1971, p.9.
6. Trotsky, 'The death agony...', op.cit. p.183.
7. Ibid. p.182.
8. Trotsky, 'The Comintern's liquidation congress', *Writings of Leon Trotsky 1935-36*, New York: Pathfinder Press 1970, p.11.
9. Trotsky, 'The USSR in war', op.cit. p.10.
10. M. Kidron, *Western Capitalism Since the War*, Harmondsworth: Penguin 1967 p 11.
11. Trotsky, 'The founding of the Fourth International', *Writings of Leon Trotsky 1938-39*, op. cit. p.87.
12. Trotsky, 'The death agony...', op. cit. p.183.
13. Trotsky, 'The USSR in war', op. cit. pp.4-5.
14. Ibid p.21.
15. Ibid. p.18.
16. Trotsky, *The Revolution Betrayed* [La revolución traicionada], London: New Park 1967, pp.245-46.
17. Trotsky, 'Ten years', *Writings of Leon Trotsky 1938-39*, op.cit. p.341.
18. Marx, *Poverty of Philosophy* [Miseria de la filosofía], London: Lawrence&Wishart 1937, pp.129-30.
19. Marx, 'Wage labour and capital' [Trabajo asalariado y capital], Selected Works of Marx and Engels, London: Lawrence & Wishart 1934, pp.265-66.
20. T. Cliff, *State Capitalism in Russia*, London: Pluto Press 1974, p.276.
21. Trotsky, 'The USSR in war', op.cit. pp.16-17.
22. Isaacs, *The Tragedy of the Chinese Revolution*, Lottton: Secker & Warburg 1938, p.394.
23. Ver T. Cliff, 'Permanent Revolution', *International Socialism*, 1962, No.12, p.17.
24. Ibid. p.18.
25. Ibid.
26. Ibid.

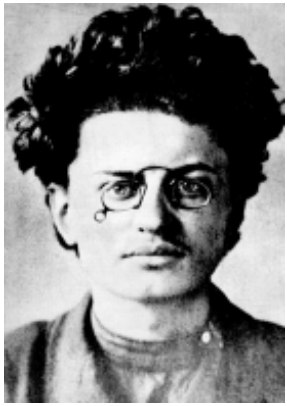
Socialismo Internacional

Teoría y política marxista



Imperialismo Hoy

La sangrienta guerra lanzada por las grandes potencias contra Irak en 1991 demostró que el imperialismo, en el sentido más general de utilización directa de la fuerza por parte de las grandes potencias para imponer su voluntad sobre Estados menores, se encuentra prosperando. Alex Callinicos argumenta en este folleto que pueden identificarse tres fases por las que ha atravesado el imperialismo: el **imperialismo clásico**, 1875-1945 –que es el imperialismo que dio lugar a la "Guerra de los Treinta Años" de 1914 a 1945; el **imperialismo de las super-potencias**, 1945-1990 –período en el cual el mundo fue repartido entre dos grandes bloques militares rivales–; y el **imperialismo posterior a la Guerra Fría** –el "Nuevo Orden Mundial" de Bush (padre), que en realidad es una versión más inestable del antiguo orden mundial. Y culmina su trabajo planteando las perspectivas del desarrollo futuro del imperialismo.



León Trotsky

socialista revolucionario

Tuvo su primera detención a la edad de 19 años. Escapó de Siberia escondido debajo de una carga de heno, en 1902. En unos meses había llegado al centro dirigente de la socialdemocracia rusa, situado en Londres. Dos años más tarde, Trotsky regreso a Rusia. La revolución de 1905 estaba en camino. En el curso de la misma, se elevaría a su máxima estatura. Se unió al partido bolchevique en Julio de 1917. Algunas semanas después le confiaron la Insurrección de Octubre. Fue el principal creador y dirigente del Ejército Rojo y tuvo influencia en todos los campos de la política. Desde esos altos lugares, caería bien abajo. Ascendió con la revolución, y cayó al declinar esta. Sin lugar a dudas, la contribución de Trotsky es clave para los socialistas revolucionarios de estos días.

Folletos editados

- Imperialismo hoy
- ABC del socialismo
- Una sociedad socialista
- Un partido revolucionario
- Globalización y resistencia. ALCA
- Globalización y resistencia. Deuda Externa
- Rusia 1917. El partido bolchevique
- Chile 1973. Revolución y contrarrevolución
- Europa oriental 1989. Una explicación de lo sucedido
- Argentina 2001. Revuelta y después
- León Trotsky. Socialista revolucionario
- Antonio Gramsci. Socialista revolucionario
- Rosa Luxemburg. Socialista revolucionaria
- Los orígenes de Socialismo Internacional
- Partido y Clase. Distintas concepciones
- ¿Cómo funciona el marxismo?
- Marxismo 2004. Ponencias
- Todos somos gays

www.elmundoalreves.org

**El Mundo al revés
SERIE / ACTIVISTAS**